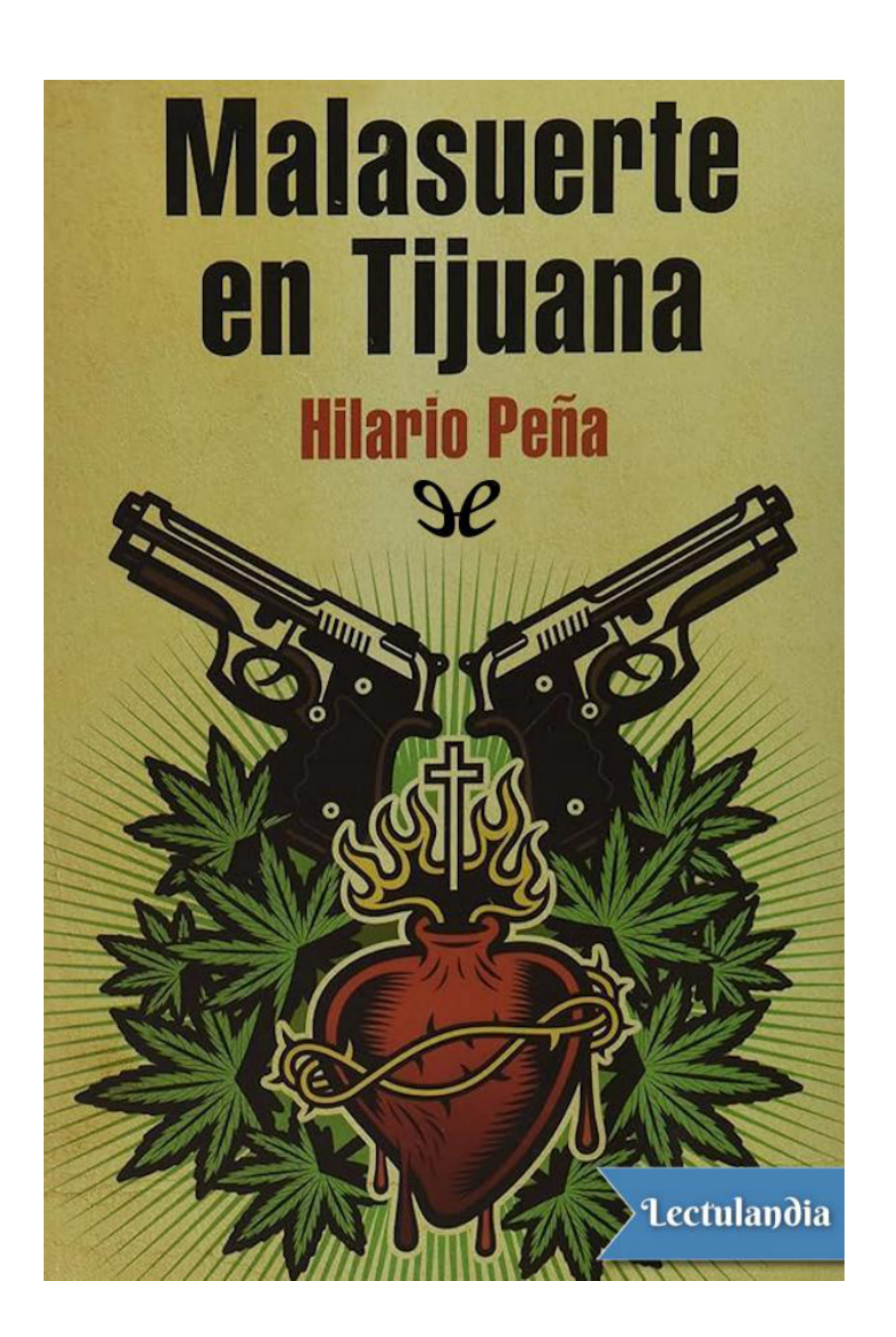

Malasuerte en Tijuana
Hilario Peña
Lectulandia

Malasuerte es dueño de un gallo de pelea desnutrido, unas cuantas cintas de música norteña, un encendedor, una grabadora descompuesta, una baraja española completa, otra francesa incompleta, una camisa de seda, un gato hidráulico y un juego de llaves y dados que supuestamente le había regalado un tío suyo. Su sobrenombre se debe a que su cabello es de color rojo, mientras que su voz, la cual le sirve para presumir a los cuatro vientos que es «feo pero de buen cuerpo», suena como si «trajera grava atorada en la garganta».

En este libro atestiguaremos cómo Malasuerte huye de su pueblo ubicado en la sierra de Sinaloa, luego de un violento altercado con la mafia local, hacia Tijuana, donde comenzará a forjar su reputación como el mejor detective privado de la ciudad.

Malasuerte en Tijuana es una estupenda novela sobre una realidad cruda, brutal y desesperanzadora: la frontera norte de México. Hilario Peña es un escritor impactante.

Hilario Peña

Malasuerte en Tijuana

ePub r1.0

Titivillus 29.01.2025

Título original: *Malasuerte en Tijuana*
Hilario Peña, 2009
Ilustrador de la cubierta: Dr. Alderete

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido



Para Isabel González

SINALOA

1

Vivía en la vulcanizadora El Loco Peraza. Tenía mi cama hecha de llantas viejas, un gallo de pelea desnutrido, unas cuantas cintas de música norteña, mi encendedor, una grabadora descompuesta, una baraja española completa, otra francesa incompleta, una camisa de seda, un gato hidráulico, y un juego de llaves y dados que me había regalado mi tío el Canelo. Él decía que no que porque no se acordaba. La herramienta la ocupaba en el trabajo.

Días antes de la Semana Santa había ido a La Discoteca, un salón que usaban para juntas ejidales y fiestas. Los sábados se le llamaba La Discoteca. Ponían música, vendían cerveza, cobraban a 10 pesos la entrada. La cantina y la tiendita eran para los viejos. La Discoteca para la juventud. Ahí estuve bromeando con gente que no me quería para nada. Los empujaba. Les palmeaba la espalda. Les propinaba el clásico sape a la cabeza. Esos ojetes me tenían por apestado desde hacía mucho.

—Saca la tres —así le pedí un cigarro a uno que iba acompañado de su novia. Un enano de bigote, sombrero y botas de armadillo.

—¿Qué? —preguntó.

—Saca la tres —le repetí.

—Escupe el cascajo, no se te entiende —la gente decía que hablaba como si trajera grava atorada en la garganta.

—Saca un cigarro —tratando de modular la voz lo más que pude.

—No traigo.

—Te acabo de ver la cajetilla llena.

—Eh, Malasuerte, lárgate. —Malasuerte era yo. Así nos decían a

mi mamá y a mí por pelirrojos. Los Malasuerte.

Antes de irme de ahí tomé la cerveza de la mesa del chango aquel, con la mayor de las confianzas, empinándomela en el ínter. No lo hice con maldad.

—¿Adónde vas? —dijo.

Me tomó del brazo, a lo que respondí con una cachetada entre ceja y oreja. Una cachetada propinada por mi mano equivale a tres puñetazos de cualquier otro porque soy hombre de campo, de fuerza; sé arar y sé lazar; le sé a la mecánica y sé talar; le sé a la siembra y le sé a la construcción. Esto pensaba mientras sacaba todo mi coraje, cuando vi que una cantidad de gente me comenzó a rodear.

—Uno por uno —dije. La idea no les entusiasmó.

Dos saltaron encima de mí. Intentaban tumbarme. No pudieron. Me movía a voluntad aún con ellos encima. Otros dos me tomaron de las piernas y me hicieron caer. En el suelo fui víctima de aquello que se conoce como una zapatiza.

Sólo quería conocer una muchacha. Por todos lados daban malas referencias de mí. La gente no se cansaba de hablar pestes de mi familia. Nos tenían por sucios, siendo que nos bañábamos a diario y con agua helada, y nos creían de mal augurio, sólo por ser pelirrojos. Encima de todo me acusaban de matar ganado y de robo. Quería ser igual que mi tío Canelo, gatillero de don Agustín Zamora. No sabía nada de estrellas del *rock and roll* ni de futbolistas. Mi modelo de persona era mi tío Canelo.

«Soy sobrino del Canelo… Es gatillero de don Agustín Zamora… Ellos tienen a don Germán secuestrado…».

Entonces la gente iba con el chisme de que andaba de lengua larga. Don Agustín regañaba a mi tío:

«Ese pariente tuyo la está cagando. Mátalo, pégale, hazle lo que quieras pero cállale el hocico, Canelo».

Entonces mi tío venía conmigo:

—¿Qué te he dicho? ¡Cabrón!… ¿No te he pedido que no me menciones más?… ¿Quién chingados te dijo que secuestramos

gente?

—Nadie. Yo no he dicho nada, tío. Dígame quién dijo que ando diciendo eso. Que me lo diga en mi cara, a ver si es cierto.

—No te hagas pendejo, cabrón, te conozco… Y regrésame mi herramienta.

Terminó el último zapateado sobre mi cuerpo. Me levanté con la mayor naturalidad. Salí de La Discoteca, ya acostumbrado. A eso estaba expuesto cada fin de semana. Me perseguía esa suerte por todos lados. Las cosas iban empeorando para mí en el pueblo. Esa misma noche, al salir de La Discoteca y doblar en la esquina, me topé con el hijo de don Agustín y sus primos, el Hipólito, el Gaspar y el Rogelio. Le tendí la mano al hijo de don Agustín, mostrándole respeto, a pesar de tener su misma edad.

—¿Cómo estás, Agustín? —dije.

Él respondió jalándome del brazo con fuerza, para luego arrojarme al suelo. Me agarró desprevenido. Luego sacó su pistola. Me apuntó con ella.

—Deja de andar de hocicón.

Sólo quería quedar bien con sus primos. Ya le había pegado a cada uno por separado, al Hipólito, al Gaspar y al Rogelio, en distintas ocasiones. El único que se había ido liso era el hijo de don Agustín, eso por el respeto que les tenía a su padre y a su hermana.

Su hermana Sandy para mí siempre ha sido como un ángel.

Yo le pedía permiso al papá de Sandy para tirar, en parte por quedar bien. Si era gente de don Agustín podía impresionar a su hija. Estar más cerca de ella.

—Don Agustín, quería pedirle permiso para tirar en la ciudad.

—Vete de aquí, muchacho. Órale.

Luego iba con mi tío Canelo:

—Tío, ¿no tiene una pistola que me preste?… Tan siquiera una 22… Sí me animo a secuestrar… ¿Por qué no me pone a prueba?

—Deja de estar chingando, Malasuerte.

La reputación de la hija de don Agustín estaba limpia, a pesar de las habladurías que comúnmente corrían por las lenguas de los

carcamanes en el pueblo. A ella no se le conocía pareja. No participaba en juegos toscos como las otras muchachas que jugaban voleibol y a los encantados en la plazuela. Ella no. Tampoco se le veía en la calle a altas horas de la noche ni bailando con nadie.

Si no era reclutado por don Agustín tenía mi plan B. Ir a la frontera, amasar una fortuna y regresar al pueblo a desposar a Sandy. No dejaría que don Agustín diese un solo centavo para la boda. Llegaría y me ganaría el respeto de todos, construyéndoles un caserón a mis papás primero que nada. A ellos los quiero mucho.

Nos decían los Malasuerte por pelirrojos. Las niñas en el pueblo me gritaban: «¡Tomás, qué feo estás!», porque, además, soy muy velludo. Mi barba es de color rojo rojo, y me crece hasta en los pómulos. El rastrillo me irritaba la piel. La mayor parte del tiempo me la dejaba.

Existía otra razón para lo de Malasuerte. Mi papá sembraba chile allá abajo. También hacía huaraches. Salía a venderlos. Me levantaba a las cinco de la mañana. Me instalaba en la plazuela a las cinco y media. Todos los días. La gente no compraba huaraches a las cinco y media de la mañana. Luego, al comenzar las acusaciones de que el hijo tonto de don Tomás andaba matando ganado, la gente dejó de comprarnos huaraches completamente.

Mi papá se las vio duras. Trataba de convencer a la gente de que las acusaciones en mi contra eran falsas. Se las vio duras con el dinero. Frijoles. Día, tarde y noche. Por mí no había problema. Mi madre tampoco se llegó a quejar.

Luego llegaron los cirqueros.

Vivíamos retirados de las demás casas, en la salida, antes de subir a la sierra por el lado este. A un costado de nuestra casa estaba el baldío, ahí se asentaba a veces un hipnotizador… Nunca había llegado ningún circo.

Nuestro pueblo era imposible para vehículos grandes. Para llegar a él se tomaba una desviación a la izquierda, metros después de un vado famoso por donde corre el agua bien clarita. Sobre la carretera hacia Durango. Adentrándose en esa desviación se comenzaba a

subir hasta abrirse paso por un camino angosto que bordeaba una serie de cerros. Había que tener cuidado al ir manejando; el trayecto era de un solo carril. Muchas fatalidades han ocurrido ahí, sobre todo en año nuevo y Navidad. Al ir rodeando el sexto cerro se comienza a distinguir mi pueblo, el cual es atravesado a la mitad por un arroyo que desciende de la sierra, justo a sus espaldas.

Mi pueblo estaba arrinconado, no llegaba el gobierno, ni los turistas, ni los comercios. Tampoco llegaban los circos. Ya se imaginarán… Un pueblo sin ley… Qué bueno. Lo peor que podría pasarle a uno es toparse con una patrulla en un lugar de ésos. Así estábamos bien.

Luego llegaron éstos en su caravana. Tenían mucho ánimo. Se instalaron. Yo tendría unos 17 años. Mi madre entró en confianza con todos. La trataban bien. Le pagaban para que les guisara, y Leonora, la del trapecio, le ayudaba. Un mujerón. Guapa, alta y fuerte… Luego le dio por ir mucho a la casa.

Su esposo era Francisco. El otro trapecista. Un señor serio, delgadito. Muy pulcro. Leonora también escupía fuego, bailaba sobre el trapecio y hacía el salto mortal. Francisco no hacía nada. Él nomás se quedaba colgado de los pies en el trapecio, esperando a que Leonora lo tomara de sus brazos. Vi el espectáculo y Pancho no hacía más que eso. La agarraba cuando terminaba de hacer las piruetas en el aire.

Todos hablaban raro, eran de no sé dónde, el único mexicano era Pancho. También era el único que siempre estaba de mal humor. No le hablaba a nadie más que a Leonora, y le pegaba también. Luego un día Pancho desapareció. Ni lo buscaron. Dijeron que se fue… Caminando. A mí eso me suena imposible. Que se enfadó y que se fue solo, caminando. No lo creo.

Luego Leonora sonsacó a mi papá. Le hizo brujería. Se lo llevó. Se hicieron amantes… Habíamos notado a mi papá por la casa con movimientos torpes y una cara rara. Desencajada. Caminaba con los ojos desorbitados. Babeando. Sobre todo cuando Leonora se encontraba ahí. Nunca se nos ocurrió hacer la asociación.

Desapareció el circo y con él mi padre. Se había ido con los cirqueros para el sur. En el camino Leonora lo quiso hacer trapecista. Lo hizo, sólo que no duró. Cerca de Nayarit mi papá salió volando, se dio con la cabeza en las gradas y se partió el cráneo. Los cirqueros lograron pegarle el cráneo de no sé qué forma y lo dejaron ahí mismo. Luego él solito llegó a la casa. Sucio y con una rajadota en la cabeza, pidiéndole perdón a mi mamá con lágrimas en sus ojos. Ya no quedó bien. No pudo trabajar más… Tonto, pues. Aquel hombre fuerte, inteligente, se acabó. Ya sólo le importaba fumar sus delicaditos. Robaba dinero y vendía nuestras cosas para conseguir cigarros.

También por eso nos llamaban los Malasuerte. Toda la gente se enteró de eso. En el pueblo la gente es muy chismosa.

Después de que mi papá se enfermó comencé a trabajar en la vulcanizadora. Ésta quedaba sobre la carretera, a 12 kilómetros cuesta abajo del pueblo. Visitaba a mi mamá y a mi papá cada fin de semana.

Aquel domingo, al salir de la disco, llegué de madrugada a la vulcanizadora con el labio reventado y con moretones en todo el cuerpo. No quise ir a casa de mi mamá por no mortificarla. Sabía lo que iba a decir. Que si siempre me meto en problemas; que si pareciera que le quiero hacer honor a mi apodo; que le regresara la herramienta a mi tío Canelo, y que me fuera preparando para la llegada del Viernes Santo, el día del Vía Crucis.

La semana siguiente me tocaba participar en la Pasión. Nadie más podía con la cruz, sólo yo. Aún no habían construido una más liviana; además, yo era el único con barba. Mi madre me comprometía cada año.

El que la hacía de Jesús tenía que aguantar primero los latigazos. Los latigazos se daban con unas tiras largas de hule. Después venía la corona de espinas en la cabeza. Luego de eso había que cargar con una cruz de 70 kilos, desde la primera casa del pueblo hasta la punta del cerro que se encuentra al otro extremo, a espaldas de la iglesia. Una vez ahí, era mi deber fincarla sobre un

agujero ya hecho, para luego treparme en ella como por tres horas. Se recitaban las siete palabras de la cruz, se pasaba a la procesión del silencio y, por último, el rosario del pésame.

No había ningún Simón que me ayudara con la carga, tampoco había quién interpretara a los bandidos. No, yo era el único crucificado. Eso sí, había muchos romanos con látigo. Se alquilaban solos.

Don Peraza me dejó irme desde el miércoles al pueblo. El Jueves Santo también me alquilaba para participar en el lavatorio de pies. Ese año tampoco alcanzamos pan bendito. Al siguiente día yo cargaría con la cruz. Al llegar por la noche a casa, mi madre y yo comenzamos a discutir.

—Nomás nos hablan para eso, mamá. Nos han hecho muchas —le decía.

—Creo que tu papá vendió mi olla de bronce… No la encuentro… —dijo ella, cambiándome el tema.

—¿Ya le preguntaste si fue él?

—Dice que no… Que la plancha sí la vendió pero que la olla no… La vez pasada que le pregunté por la plancha me dijo que mi cadena sí pero que la plancha no… No le he podido quitar el vicio de fumarse tres cajetillas diariamente.

El día llegó y se volvió a repetir lo de cada año, pero con ciertos detalles diferentes. Me estuvieron azotando como a una mula. Antes no era así. Ahora parecía que lo hacían con saña. El hule dolía. Además, hacía un calor de los mil demonios. Nadie me fue a ayudar. Ningún Simón llegó.

«¡Tomás, qué feo estás!», la gente se iba burlando.

«¡Cascajo! ¡Cascajo!».

Yo estaba a punto de desmayarme.

«¡Malasuerte! ¡Malasuerte!».

Creen que no me fijé quién se burlaba… Les quería pedir que se burlaran de mí más tarde… Bola de ignorantes. Esa gente no respeta ni lo sagrado.

Llegué al cerro. Puse la cruz. Me trepé. Otras tres horas en el

solazo y al final ni las gracias… Ninguna María Magdalena me esperaba abajo. Sólo mi madre con mi pantalón y mi camisa. Regresamos a la casa a alistarnos para la procesión. No alcancé a bañarme. No había nada de agua, nomás me puse mi camisa de seda y mi perfume.

Yo era el único hombre en la procesión, además del padre Mateo. Las señoras caminaban con sus velos negros puestos encima. Dándose de golpes en el pecho. Unos metros adelante alcancé a ver a la hija de don Agustín. Sola. Como siempre. Fui tras ella.

—Hola, Sandy —dije, al ponerme a su lado.

—Apestas, hazte para allá… —me contestó.

—No es verdad.

—Sí, apestas.

Era verdad, algo olía mal ahí. Me había llegado el olor. Me dio vergüenza. De todos modos, si olía así era por haber cargado esa cruz todo el día. Me entra sentimiento de que me digan apestoso. Siempre he sido limpio. Si llegaba a apestar sería porque era un hombre de fuerza, de trabajo.

Me separé de la procesión y fui a la tienda por una cerveza. Estaba lleno. Le invité una a un forastero que estaba solo. Sabía lo que se sentía. Nunca lo había visto en el pueblo, esperaba que me hablara sin ningún problema. Le dije que era sobrino del Canelo, que lo podía recomendar porque estaban necesitando gente. Le dije que don Agustín Zamora tenía a don Germán secuestrado. Le dije que eso todo mundo lo sabía. Le dije también que estaba vendiendo mi herramienta Craftsman. Él se estaba callado. Le invité un cigarro pero no quiso. Saqué uno para mí. Estuvimos un rato callados. El forastero se terminó la cerveza y se fue. Ni las gracias. Fue derecho para con el hijo de don Agustín, que estaba en la calle. Luego me enteré, el forastero era precisamente el dueño de la casa donde tenían secuestrado a don Germán. Salí corriendo de la tienda.

Nada, ni el nuevo lío en el que me hallaba metido, me preocupaba tanto como el recuerdo de Sandy llamándome apestoso. Llegué a la casa. Mi papá se encontraba atascándose de tamales en

la mesa de la cocina.

—No me dejaron vender —me dijo mi madre.

—Te digo que no agradecen, mamá, no agradecen —le dije mientras la abrazaba.

—Dios sí agradece, mijo —me contestó ella.

Había tenido suficiente. Suficiente de insultos.

«Ahora sí van a tener su mala suerte…».

Me empiné una taza de café de olla. Agarré mi navaja. Salí a la calle. La calle del mercado se encontraba mojadita por la brisa de la noche, clarito brillaba debajo de una lunota grande, como de plato de porcelana, al mero encima del quiosco, esa que se pone siempre los viernes santos. Caminaba volteando para todos lados, el hijo de don Agustín y sus primos seguro que estaban buscándome.

Actuaba por instinto, ni siquiera tenía perfectamente claro lo que pretendía hacer al llegar a la casa de Sandy. Según yo, y con aquella inocencia que me caracterizaba en aquel entonces, iba a llegar, me iba a meter a su cuarto, y luego le plantaría un besote en la boca a Sandy, como si todo eso fuese tan sencillo. Ya habían sido demasiadas humillaciones. Además, no se me quitaba de la mente *La ley del monte*, la película. Cómo les gusta a las viejas que las tomes por la fuerza cuando uno es un hombre de a de veras. Esto era lo que me pasaba por la cabeza, repito, combinado con los apodos, los insultos y las humillaciones.

«Nos vamos a casar», estaba decidido.

Las doce. Me detuve una cuadra antes. Había gente platicando en la banqueta. Se escuchaba música. Me asomé. Su casa estaba en la esquina, tenía una barda larga. Me brinqué la barda sin problemas por la parte lateral. Caí en el patio. Me escondí en el rincón más oscuro. Volteé a ver a los hombres que estaban en la banqueta. Entonces los reconocí. Uno era el forastero que estaba en la tienda conmigo. El otro era precisamente el Canelo. Seguro que el forastero ya le habría contado de cuando le quise vender la herramienta suya. En eso salió don Agustín de la puerta de su casa. Se unió a los otros dos.

—Ahora sí vamos a matar a ese hijo de la chingada —alcancé a oír decir a don Agustín.

El hijo de la chingada era yo. No cabía duda. Me entró miedo. Pronto le iba a poner remedio a esa persecución. Era hora de hacerse parte de la familia. Dios sabía que lo había intentado por las buenas.

Todo se iba dando. Dios estaba de mi lado esa noche. Don Agustín había dejado la puerta emparejada. Corrí hacia adentro de la casa con la espalda baja. La sala se encontraba sola. Sabía que el hijo de don Agustín andaba en la calle buscando problemas conmigo. Las mujeres ya debían estar dormidas. El estéreo sonaba a todo volumen. No había por qué andar silencioso. Subí las escaleras.

La ley del monte.

En la planta alta no podía ir abriendo cada puerta. Intenté guiarme por el tamaño de cada cuarto. La pieza más grande debía de ser la de don Agustín. Escuché un ruido cerca de una de las puertas. Salí corriendo, bajé y me metí debajo de la escalera. A los segundos bajó también la señora de la casa. Iba al baño.

En el pueblo las letrinas las tenemos afuera. Mi mamá tenía una bacinica debajo de su cama.

Me armé de valor. Lo mejor sería volver a subir y abrir cada cuarto. Según mis cálculos no quedaba nadie más que Sandy en el segundo piso. Así lo hice. Subí corriendo de nuevo. El primer cuarto se encontraba con la puerta abierta; supuse que era el de los señores. Abrí la puerta del siguiente. Sombreros, cintos, botas. El del *junior*. El cuarto que quedaba debía ser el de Sandy.

Saqué mi navaja. Me temblaba la mano. Me sudaba también. Limpié el sudor de mi mano en el pantalón. Giré la perilla. Abrí la puerta.

—¿Qué pasa? —dijo Sandy, aún sin percatarse de quién era el que entraba a su cuarto. La música seguía sonando fuerte allá afuera.

Sin decir agua va cerré la puerta con el pie y pegué un saltó

desde la entrada hasta la cama, cayendo encima de Sandy, con una mano sobre su boca y la otra apoyando mi navaja contra su vientre. Me pareció raro lo que usaba para dormir. Un vestido blanco de una sola pieza. Arriba, pegado al cuerpo y de muchas capas. La falda era abultada y le llegaba hasta los tobillos, llena de holanes.

—¿Qué tal huelo? —le pregunté.

Intentó gritar y la callé con mis labios. Le sabían a ciruela. Estuve a punto de despegarme de ella cuando en eso su boca se abrió para mí. Inmediatamente después sentí sus brazos recorriéndome la espalda. En su rostro, una mirada esperanzadora. Como si le estuviese haciendo un favor. Yo. Lo juro. Ni Pedro Infante. Ya había visto demasiadas películas mexicanas. La escena parecía calcada: su oposición se fue reduciendo, poco a poco, hasta extinguirse. Me encontraba en las nubes. Para nada me quería ir de ahí. Aquello parecía más un sueño húmedo que otra cosa. Era demasiado para ser real.

Su disposición era ahora absoluta. Con la navaja le corté su traje. Un olor agrio se filtró por no sé dónde. No le di importancia. Le besé el cuello. Disminuyó el volumen de la música allá abajo. Comenzaron a escucharse voces. Provenían de la sala. Distinguí la voz de don Agustín. Había entrado a la casa junto con mi tío Canelo y el forastero. Me estuve quieto un rato. Sentía la respiración agitada de Sandy bajo mi pecho. Escuché cerrarse una puerta en la planta alta. La señora. Don Agustín seguía platicando abajo. Decidí tomarme mi tiempo. Irme con más calma. Con mucho cuidado le hice una abertura vertical al vestido por la parte del pecho. La besé en esa parte. Me emocioné, la sacudí y soltó un gemido. Le agarraba con mi mano su nuca y la hacía como quería. Me percaté de algo más que estaba ocurriendo en aquel cuarto. Algo espantoso que había surgido de la nada, justo en el momento en que me distraje. Era monstruoso… El hedor.

Cómo me iba a quejar de algo así si soy hombre… Había estado en los lugares más putrefactos. Sin quejarme. En nada me afectó estar en estanques podridos, ni en rastros, ni frente a cadáveres. Era

bueno para matar ratas y tejones. En la vulcanizadora dormía lleno de cucarachas. No me dan asco.

Aquello era diferente. Aquello era una marmota descompuesta sobre un charco de drenaje, aderezada con una mezcla de vomito, orines y excremento. Peor que eso.

Volteé para todos lados, tratando de identificar la procedencia de esa peste… Entonces la ubiqué… Era ella.

—¿Qué es esto? —dije, apartándome.

—No te vayas —me dijo, desesperada y jalándome hacia ella con sus brazos todavía en mi espalda—. Estoy enferma. Son mis riñones.

—Eso no son tus riñones; ése es el olor del infierno —le dije, comenzando a sentir mareos y náuseas.

—Nunca nadie me va a querer —y entonces Sandy comenzó a sollozar.

—Yo mejor me voy —dije, comenzándome a zafar de sus brazos.

—Si te vas, grito —dijo ella.

No había consumado el acto. Todo había quedado en intento. Si me llegaban a sorprender, habiendo descubierto el peor secreto de la familia, seguro me cortarían en pedazos. Recapacité. Volví a apreciar la chulada de mujer que tenía enfrente, a pesar de la pestilencia… Me sentí querido y afortunado. Me envalentoné, tomé aire lejos de ella y regresé abrazándola. Aguanté la respiración un poco más. Me quité los pantalones. Su falda venía agarrada con un listón. Lo corté. Me levanté para quitarle el vestido. Tomé aire. Me sumergí en ella.

Me desmayaba, mis músculos se aflojaban, mi mente se nublaba. Bajo mi cintura concentré mi pasión. Mi espíritu estaba en ello. El movimiento de mi pelvis extraía un manantial de fetidez inacabable. Luego de un rato la concentración de aquel tufo transmutó en otra cosa. Ahora era algo distinto. Algo en mí me había hecho asimilarlo. Ahora todo era goce. Comencé a respirar con regularidad. Me restablecí. Agarré mi ritmo. Ella se acopló a mí. Nos amamos.

Mientras tanto, la peste, completamente desatada, conquistaba nuevos territorios. Llegando a cada rincón, cruzó a través del bastidor de la puerta hacia el pasillo de la planta alta. Ahí se esparció. Bajó las escaleras y llegó a la sala. El olor estaba en todas partes. De pronto:

—¿Qué es eso que huele, vieja? —escuchamos gritar a don Agustín desde abajo.

El olor había ido a dar hasta la sala, en medio de los tres señores. La música se apagó del todo. Un portazo. Venía de abajo, de la puerta de la entrada. Don Agustín había despedido a sus amigos. Pasos en la escalera.

—¿Eres tú, mija? —preguntó, mientras iba subiendo.

Di un brinco hacia la puerta. Puse seguro. Tomé mi pantalón y mi camisa y me metí bajo la cama.

—Tomás… —ella me dijo.

—¿Qué? —le contesté, tirado en el piso.

—Bésame —dijo, agachándose.

La besé. Su papá tocaba a la puerta.

—¿Qué vamos a hacer si nos descubre? —dijo Sandy.

—Yo me voy del pueblo por un tiempo.

—Prométeme que vas a regresar a pedir mi mano.

Lo pensé un instante.

—Te lo prometo.

—Tienes que regresar, Tomás, tienes que regresar; yo ya me entregué a ti, no creas que me voy a casar con nadie con este maldito olor.

—Voy a regresar por ti.

Los golpes a la puerta se volvieron más fuertes.

—¿Por qué estás encerrada? —gritó don Agustín.

—Ahí voy —dijo Sandy, mientras sacaba otro vestido y deslizaba bajo la cama la prenda rota.

—Sandina, ¿qué está pasando?… Está peor que nunca, ahora huele hasta la sala, mija. ¿Estás sudando?

—Tuve una pesadilla. Ahí voy, ahora te abro —dijo Sandy.

Por fin abrió la puerta. La patada que tenía aquella peste hizo retroceder varios pasos a don Agustín.

—¡Qué es esto, mija!

—Estaba sudando y me quité la ropa, papá.

—¿Quieres que te lleve al doctor?

—No, papá. Me siento bien. De verdad.

—Deja la puerta abierta para que se ventile, hija… ¿Qué es eso?

—¿Qué cosa?

—Unos pies bajo tu cama —dijo don Agustín, incrédulo.

Don Agustín podía ver las suelas de mis botas bajo la cama de Sandy.

—¡Qué hiciste, cabrona!

Desapareció. Sabía que había ido por una pistola. Don Agustín aún no sabía que era yo quien estaba debajo de la cama de su hija. Me apresuré a salir de ahí.

Camino a las escaleras, justo a mi lado, él iba saliendo de su cuarto. Ya me apuntaba con su 38. Forcejeamos, logré alzar su brazo, disparó hacia el techo. Las mujeres comenzaron a gritar. Con una mano inmovilicé su brazo derecho, con la otra lo comencé a ahorcar; mientras tanto él me tiraba puñetazos inofensivos con su brazo izquierdo. Don Agustín ya estaba viejo. Me tiró un rodillazo en la ingle, atentado contra mis testículos. Falló. Lo estrangulé con más fuerza aún y cedió soltando la pistola. Se la quité de las manos, lo empujé al suelo y salí corriendo. A mis espaldas lo escuché gritar:

«¡Te vas a morir!».

En la puerta de la entrada ya estaban mi tío Canelo y el forastero intentando regresar a la casa después de haber oído el disparo.

Por fin entré en razón: mi tío Canelo no me quería, quizás hasta me odiaba. No podía atenerme a nuestro parentesco. Seguro él se encontraba del otro lado de la puerta con su arma desenfundada.

Quité el pasador, abrí la puerta y de inmediato puse el cañón sobre la frente de mi tío Canelo. El forastero me quiso empujar abalanzándose sobre mí. No pudo. Soy fuerte. Ni me movió.

Le solté un plomazo en el estómago.

—Ya estuvo bueno, cabrón —dijo mi tío.

—¡Levante las manos! —dije, y mi tío las levantó.

Desarmé a mi tío. Salí corriendo. No sin antes dispararle a una llanta de la camioneta de don Agustín. (Soy listo además). El corazón se me salía del pecho. Corrí como alma que lleva el diablo.

Directo a casa de mis padres.

Tres cuadras antes me estaban esperando el hijo de don Agustín y sus primos. Comenzaron a bajarse lentamente de su camioneta, uno por uno. Me fui sobre ellos sin pensarlo. Puse a la vista mis dos pistolas.

—¡Qué! —les dije, saltando—. ¿Quieren de esto? —y les apunté a los cuatro alternadamente.

—Cálmate, Tomás, cálmate —exclamó el hijo de don Agustín.

—¿Quieren que los rocíe de plomo? ¿Eso quieren? —pegando de brincos con las dos pistolas.

Sonó el motorola que el hijo de don Agustín tenía en su camioneta. Nos quedamos callados.

—Hijo… Hijo… ¿Cuál es tu 20? ¿Cuál es tu 20?… Necesito que busquen al Malasuerte. Tráemelo vivo o muerto. Se metió con tu hermana. Repito, se metió con tu hermana. Anda armado. Repito, anda armado. Cambio…

Agustín hizo un movimiento brusco intentando sacar su pistola. Reaccioné disparándole en la cara; después comencé a repartir disparos a diestra y siniestra.

Gritaban y se revolcaban en el suelo. Yo les seguía disparando. Luego corrí hacia mi casa. Llegué completamente agitado. No podía hablar. Mi madre estaba asustada, había escuchado los disparos. Mi papá seguía comiendo de la cacerola de tamales.

—¿Qué te pasó, mijo? ¿En qué te metiste ahora, corazón?

—Los maté, mamá. Los maté a todos… Al hijo de don Agustín y a sus primos.

Mi madre duró unos segundos completamente pasmada y luego se recuperó.

—Tienes que irte, mijo. Aquí te van a venir a buscar.

—¿Pero adónde?

—Pues para el norte. Agarra monte, busca la vía del ferrocarril, espera a que pase uno y te vas. Pero ya, mijo. Vete.

—Perdóname, mamá…

—No, no, no. Ellos se lo buscaron. Ni modo. Lo hecho, hecho está. Nomás déjeme darle tamales y un bule con agua, hijo. Espérese.

Entró a la cocina y salió con el bule y una docena de tamales envueltos en una toalla.

—Ahora váyase y no vuelva. Nomás acuérdese de que aquí lo quieren mucho su madre y su padre. Déjeme darle la bendición… Ahora váyase… ¡Hijo!

—Mande…

—Otra cosa… Usted está muy guapo, diga lo que diga la gente de aquí. Por favor, tenga cuidado. No quiero que le pase lo que a su padre. Tenga cuidado con lo que tome. No acepte tragos de extraños, hijo, por favor… Hay muchas brujas en el mundo.

—Hay muchas brujas —repitió mi padre desde el fondo con la mirada puesta aún en su plato de tamales.

—Está bien, madre… Los quiero.

Salí de ahí con lágrimas en los ojos e hice como mi mamá me dijo. Agarré monte.

2

Mis pies me estaban matando. Debía evitar la carretera. Por ningún lado veía el riel que me llevaría hasta la frontera. Pasaba días sin comer mientras mi mente alucinaba la presencia de algún venado o liebre al alcance de una pedrada.

El sol aparecía por entre las ramas de los pinos sin hacerme llegar nada de su calor. Podía sentir el sudor en mi espalda haciendo escarcha mientras mi garganta se veía atacada por carámbanos filosos con cada bocanada de aire. Día, tarde y noche caminaba tropezando con piñas de abeto y piedras, preguntándome si toda aquella situación pudo haber sido evitada. Extrañaba mi casa.

Tenía los pies hinchados y los nervios deshechos. Llevaba días caminando a campo traviesa y sin poder parar. Mi tío Canelo me perseguía para matarme. Lo escuchaba llamarme por las noches. Me invitaba a que me rindiera a cambio de una tregua. Ya no creía en él.

No quise usar mi pistola. Podía delatar mi ubicación. Intentaba cazar ardillas a pedradas. Ni siquiera una fogata podía hacer. A los dos días acabé mis tamales. Al quinto comenzaron a llegarme alucinaciones. Sentía que los árboles y las ramas se reían de mí. Luego comenzaban a platicar entre ellos. Luego se peleaban entre rama y rama. Una maltrataba a la otra, y luego ésta le respondía. Siempre que duraba mucho en un mismo lugar las escuchaba hablar. Eso era de día. De noche era mucho peor. Alucinaba con monstruos que me rodeaban, a pesar de que nunca les había tenido miedo ni a la oscuridad ni al monte. Yo soy hombre.

De noche también me daba por recordar la historia del niño

gallo, esa que tanto se contaba en el pueblo acerca del hijo maricón de un tal don Jonás, un ganadero que había vivido en el pueblo. Se dice que don Jonás optó por inyectarle hormonas de gallo a su hijo maricón con la intención de volverlo hombre… Pronto el muchacho comenzó a cacarear. Luego de esto llegaron las plumas…

La familia lo abandonó en lo profundo de la sierra. Yo nunca había llegado a creer ni tantito en ese cuento, al menos no hasta esas noches en las que me encontraba solo y con hambre, creyendo ver en la oscuridad a un ser emplumado de más de metro y medio, con cresta y pico, moviendo sus alas y cacareando.

Me estuve ahí, cerca del arroyo, y se me ocurrió treparme de nuevo a un árbol. Distinguí lo que parecían ser postes de luz, y en la ruta de ellos se distinguía un camino continuo. Quedaba como a cuatro kilómetros de distancia. Hacia allá me dirigí. Llegué por la noche y encontré mi salvación. Efectivamente, era una vía del ferrocarril. Sólo me quedaba esperar.

Pasaron las horas y nada. Esa noche la pasé en vela, a un lado de la vía, procurando no dormirme. He escuchado historias de gente mutilada a causa de ello.

Entrando la madrugada, el metal de las vías comenzó a vibrar. Me preparé. Comencé a calcular su velocidad y supe que iba a ser un abordaje complicado. Me fui preparando para correr. Como era lógico, era un tren de carga. Llegó el locomotor, lo dejé pasar. Pronto los vagones comenzaron a rebasarme precipitadamente, uno tras otro.

No hallaba cómo sujetarme. Intenté trepar a un vagón cisterna pero perdí el agarre. Los que seguían me parecían aún más inaccesibles. A mis espaldas vi venir un vagón abierto con gente dentro. Uno de ellos se aproximaba con el brazo extendido. Lo esperé. Nunca olvidaré aquel brazo tatuado. Me sujeté de él y éste me arrastró dentro, con ayuda de sus acompañantes, otros tres muchachos, de esos cholos. Eran cuatro en total, bastante parecidos entre sí.

—Gracias —dije, tratando de recuperar el aliento—. ¿Éste va

para el norte?

—¿Para dónde vas? —dijo uno con tono golpeado y la mirada clavada en mi pistola, la cual yo aún llevaba amarrada al cinturón.

—A Mexicali… ¿Ustedes?

—Al otro lado… ¿Me prestas tu fusca?

Cargaba mi barba larga, mi ropa estaba sucia y rasgada, y mi cuerpo lleno de raspones. Parecía un vagabundo, aunque bastante grande de tamaño. Fácilmente hubiese podido con todos esos pelones en el vagón si hubiesen intentado algo en mi contra.

—¡Te quieren chingar! —se escuchó una voz desde la oscuridad del vagón.

Noté a los muchachos nerviosos. Se habían formado en línea, intentando ocultar a sus espaldas aquel misterioso pasajero. Forcé un poco más la vista por encima de sus hombros y alcancé a notar a un viejo visiblemente maltratado en lo profundo del vagón. El viejo fue hasta donde estaba yo, se colocó a mi lado y montó guardia inglesa.

—¿Cuidas que no se metan?… Voy a agarrarme uno por uno.

—Ándele pues —le respondí, haciéndome a un lado.

—¿Quién le va a brincar primero?… ¡Uno por uno!

Los malandrines se quedaron pasmados por un momento, sin acatar a nada, y entonces uno, el mismo que me había ayudado a subir, dio un paso al frente y se quitó su camiseta, en plan resolutivo. Rápido comenzó a dar de brincos alrededor del viejo, quien lo seguía girando en su posición, aún en guardia. El señor tenía fuego en la mirada. El tatuado de la cara, con un semblante más inseguro, no paraba de saltar. Eran unos saltos raros, con la guardia descubierta, sobre una sola pierna y con la otra ligeramente alzada. El veterano lo seguía rotando sobre el mismo punto.

Yo ya había sacado mi pistola, por lo que se ofreciera, manteniendo a los demás a raya como me había pedido el viejo, con justo derecho. Sabía lo que era ser atacado en bola y no era algo con lo que yo simpatizara.

Por fin, después de tanto brinco, el pelón se decidió a atacar

pegando un salto con su rodilla por delante, a lo que el viejo respondió esquivándolo ágilmente y conectándolo con un *upper* en pleno vuelo. Todo en un solo movimiento. Aquello no fue un tontazo como los que es común ver, no, éste era un auténtico, fino y bien delineado *upper* a la mandíbula. El viejo tenía brazos largos, de gorila, y una agilidad felina. El maleante aterrizó de espaldas e inmediatamente después ya tenía toda la humanidad del viejo encima de su cuello.

Yo simplemente me limitaba a ver cómo expiraba la vida del malandrín. No intervine y no dejé intervenir a sus amigos, quienes por más que gritaran: «¡Que lo deje levantarse!», «¡En el suelo no se vale!», yo sabía que no eran precisamente autoridades en lo que a legalidad pugilística se refería, habiéndose ocupado entre todos del viejo tan sólo unos minutos antes hasta hacerlo enojar de aquella manera.

—No, no creas que te voy a dejar que me prediques en el semáforo ya que te arrepientas…

El pandillero intentaba zafarse de la llave pero le era imposible; sólo se sacudía en su mismo lugar, lo cual era lo único que el ruco le permitía al superarlo en peso, salud y fuerza. Incluso llegaba a hacer esfuerzos por quitárselo de encima impulsándose con pies y manos, pero el don seguía en lo suyo con una determinación implacable, concentrando todo su peso y fuerza en la pierna colocada justo sobre la garganta de su víctima, en cuyo rostro se iba posando un semblante desesperanzado de tintes morados.

Por momentos el señor debía soportar los puños del cholo golpeándolo y arañándole la espalda baja y el vientre, y sin embargo seguía empecinado en su tarea.

—Ya muérete… —le aconsejaba el viejo—. Por favor.

Después de unos minutos el cholo cedió, dejó caer sus extremidades, le sobrevino una serie de espasmos, hasta que por último se quedó del todo quieto… El viejo siguió encima de él por unos segundos más, presionando todavía su pierna contra el cuello del cholo, ya inmóvil.

—Ya está… Listo… ¿Quién sigue? —dijo el viejo, después de levantarse.

—Ya estuvo bueno —dije yo.

No quería más problemas, yo simplemente deseaba descansar, así que obligué a los malandrines a descender del vagón en ese mismo instante, cosa que aceptaron sin ningún problema. Por mi parte, debo confesar que después de días de brutal soledad ya sentía la necesidad de un acompañante, por lo que dejé al viejo quedarse.

No avanzamos gran cosa. Sólo alcanzamos a llegar hasta el puerto. Ahí tuvimos que transbordar. Resultó que había tenido suerte en haber tomado ese tren en tan poco tiempo de espera. La actividad ferroviaria era mínima ya desde esos días. Tuvimos que esperar en la estación de Mazatlán un tren que siguiera el rumbo del norte.

Don Leonardo aparentaba unos 52 años. De estatura y complexión media, cabello castaño y ojos verdes, pequeños e incrédulos. De brazos largos, lo cual hacía simiesco su caminar, y voz ronca y cavernosa de viejo lobo de mar.

Fue durante nuestra estancia en el puerto que entramos en confianza. Ahí le platiqué a don Leonardo la razón de mi viaje, contándole todo, paso por paso, los hechos ocurridos aquella Semana Santa en mi pueblo, omitiendo únicamente la parte de la pestilencia en el cuarto de Sandy, esto por caballerosidad.

El miedo se volvió a apoderar de mí, por lo que don Leonardo se dio a la tarea de tranquilizarme, juzgando comprensibles mis reacciones y seguro mi porvenir en una ciudad nueva y lejana como Mexicali. Aun así, durante las noches no podía evitar las pesadillas. Se me aparecía el Junior y el Hipólito y el Gaspar y el Rogelio y el Forastero… Me jalaban las patas. No me dejaban dormir. Me dolía el pecho y sentía que ya nada tenía caso, que ya no iba a vivir mi vida tranquilo, que todo se había jodido. Que había caído de la gracia de Dios. Luego pensaba en la bendición que me había dado mi madre y me tranquilizaba un poco.

En la estación de Mazatlán había toda una comunidad de

trampas que se iban y que llegaban, brincando de vagón en vagón. Gente de todos lados. De Chiapas, de Centroamérica, de Guerrero, en fin. Se pasaba la voz acerca de qué ferrocarril iba para dónde.

Todos los viejos de Jalisco que he conocido son alcohólicos, y éste no era una excepción. Tan pronto conseguía unas monedas iba y las cambiaba por mezcal, el cual pasaba a un recipiente más grande, donde lo mezclaba con agua de la llave.

—Tengo una hija aquí… No se ha de acordar de mí…

En eso se detuvo, empinó el pomo y dio un enorme trago. Bajó el codo y quedó inmóvil por unos segundos. Parecía atolondrado. Sacudió la cabeza e intentó proseguir.

—¿En qué estaba? —me preguntó.

—En que tenías una televisión.

—¿Eso dije? —me preguntó, incrédulo.

—Sí.

Poco a poco los ojos de don Leonardo se fueron cerrando hasta quedar profundamente dormido en la estación. Al siguiente día reanudamos nuestro viaje, sobre un tren que nos llevó hasta Mexicali, pasando primero por Topolobampo, Guaymas y Hermosillo.

«¿Ya te conté del muchacho que falleció por la muerte del maní?… Era amigo mío, íbamos a la primaria juntos. Gamaliel se llamaba. Tenía un perico que lo levantaba por las mañanas… Otro amigo de la infancia al que le gustaban los cohetes voló en pedazos mientras cargaba un barril de pólvora», me platicaba don Leonardo, mientras curaba su cruda con el pomo recién llenado.

Atravesamos el desierto de Sonora de día. La arena se metía al vagón, remolinándose con fuerza y raspando nuestros cuerpos. Matorrales fugaces pasaban a nuestro lado mientras don Leonardo y yo intentábamos establecer comunicación con los tres indígenas de Chiapas que nos acompañaban y que hablaban exclusivamente en su idioma. Íbamos todos sentados en el fondo, con nuestras cabezas metidas dentro de las rodillas para evitar que la arena nos picara la cara.

Era amor del bueno lo que sentía por Sandy; sin embargo, su recuerdo aún me traía sentimientos encontrados. Su familia, su hedor, mi crimen, sus labios, sus caricias, mi promesa de regresar por ella…

Una vez en Mexicali, me comunicaría con Sandy lo más pronto posible, aclarándole mis sentimientos por medio de una carta, la cual, sabía, sería difícil que llegase a sus manos. Pensaba mandarla sin remitente, con la dirección de mis padres como destinatario, pero dirigida a mi amor… Mi madre me tendría que ayudar.

Durante el viaje, constantemente me hacía las mismas preguntas: «¿Me permitiría algún día don Agustín casarme con su hija? ¿Comprenderían a la larga ellos mis acciones?». Pero es que cuando estás enamorado nada te parece imposible. También me preguntaba por lo que habría sido de mis padres… Estaba preocupado por ellos, por su integridad. La reacción de don Agustín ante el asesinato de su hijo me era imposible de calcular.

Sandy me vio con ojos de amor. Eso era innegable. Había visto cómo se aferraba a mi cuerpo como si fuese su salvación. Entonces pensé que quizá lo era en la medida en que calculaba que sólo una persona tan rechazada como yo la hubiese aceptado a pesar de su secreto… Quizás era que me veía tan solo y desesperado como ella… ¿Acaso no veía lo hermosa que era?

Cerca de Guaymas me hice la promesa de serle fiel a Sandy en el norte, donde trabajaría duro y guardaría dinero para mi regreso al pueblo. Primero que nada confesaría mis crímenes en la iglesia, para limpiar esos pecados míos que arrastraba y que pesaban ya más que el mismo arado en tierra seca.

«La capital de Marruecos es Rabat, y la capital de Turquía es Ankara, y la de Rumania es Bucarest. De Hungría es Budapest, y la de Bélgica Bruselas. Bulgaria, Sofía; Nueva Zelanda, Wellington; Noruega, Oslo; Dinamarca, Copenhague; Suecia, Estocolmo; Portugal, Lisboa; Túnez, Túnez; Libia, Trípoli; Paraguay, Asunción; Uruguay, Montevideo; Grecia, Atenas… Me sé las capitales desde la primaria y todavía no se me olvidan, cabrón…».

En eso dirigí mejor mi atención hacia los chiapanecos, en busca de algo más coherente. Don Leonardo no tardó en caer botado. Yo le seguí. Las pesadillas regresaban cada noche a atormentarme, sólo que no les cuento cómo es que eran sencillamente porque me choca que me lo hagan a mí. No me gusta mucho que la gente me cuente sus sueños.

—Voy a Mexicali a buscar a una puta que me las debe… Dejé a mi familia… Conseguí trabajo en Calexico. En el campo. Vivía en Mexicali… Un viejo de la cuadrilla no me hablaba… No le hablaba a casi nadie. Creía que todos andábamos tras de su vieja… Un hijo de su puta madre correoso, eso sí. Vicente… Buen trabajador pero muy orgulloso el cabrón. Un burro… La vieja era una cuarentona de Veracruz que mesereaba ahí en la cantina. Bonita, culona y de buen muslo, aunque bajita, sin cintura y descuellada también… Mucho *sex appeal*, eso sí. Algo tenía que nos traía locos a todos los cabrones, te lo digo en serio. El aroma, yo digo. Todos queríamos reproducirnos en ese cuerpecito enjuto pero nadie sabía a ciencia cierta por qué… Parecía que la madre naturaleza nos mandaba a ello como moscas al excremento. Lo sentíamos aquí, cuando pasaba. Coqueta, a todos nos sacaba su sonrisa de piruja, sin discriminar… Vicente era el que se iba con ella pero siempre muy silencioso. Hacía como que iba al baño y desaparecía. De ese tipo de salida silenciosa que uno hace cuando se quiere dar a notar más. Haciéndose el discreto nos restregaba en la cara que a pesar de viejo todavía se le paraba… Regresaba sin un quinto pero nunca lo vi pedir prestado… No comía en días si era necesario… Era un viejo cabrón… También tenía familia. En Michoacán. Nietos, hijas, esposa, todos dependían de él… Aguantaba esa presión… La Chivo siempre andaba toda puteada. Pensábamos que se desquitaba con ella. Unos putazotes… Siempre llegaba con un nuevo detalle. La retina sanguinolenta, la nariz chueca, chimuela, el labio roto, el ojo morado, pero no andaba llorando. La vieja como si nada. Al contrario, siempre bien alegre… Hasta que lo dejó… Después se fue conmigo. Yo la trataba bien. Le daba su dinero… La doña se

encariñó pues… Me atendía de maravilla. Luego me volvió a llegar puteada… Como que el viejo todavía la buscaba… En la chamba el Vicente no me podía ni ver… Me detestaba pero nunca me dijo nada… Una noche llega la vieja a mi cuarto y me dice que lo había matado en defensa propia. Yo agarré la onda… Lo encontraron todo tasajeado, con no sé cuántas puñaladas. La policía me preguntó, le dije que la doña había estado conmigo toda la noche… Ese mismo día fui a parar al bote… Me cansé de echarle la culpa a la ruca pero resultó que ésta ya había salido con otra coartada: que estuvo con una amiga, y a mí me terminó dejando como un pendejo diciendo mentiras… ¿Cómo la ves?… Todos los del jale también pensaron que había sido yo cuando les fueron a preguntar… Trece años me eché… Adentró me enteré por otro maitro que la conocía que la vieja tenía un hijo que se picaba las venas y que la agarraba a putazos si no le daba dinero para su vicio… Sé que ese cabrón mató a don Vicente… Los voy a matar como perros… Quince años cuatro meses. Cinco mil quinientos noventa y siete días en total… Cuando los mate como perros voy a quedar a gusto. Un tiro a cada uno en la frente, para quedar a gusto… Nomás fui al sur a ver a mi mamá, antes de regresar al bote; si es que me agarran. Son tan pendejos que esta vez que sí sea yo culpable quizá salga impune… Le está yendo bien a mi hija. Se casó con un ingeniero civil de allá del puerto. Ella está de maestra en una primaria. Tienen dos morros. Me pidieron que me quedara con ellos pero no… No… Para qué los molesto. Que ellos hagan su vida… Muy buena mi hija…

En eso don Leonardo se río.

—Pobre don Vicente, a él le fue peor…

—¿Cuántos años tiene usted, don Leonardo?

—Cincuenta y uno… creo.

Al llegar a Mexicali el calor era aún peor que en Sonora. El horizonte terroso temblaba a través del vapor de aquellas calles vacías, sin árboles donde resguardarse del sol, ni transeúntes, ni perros, ni niños, ni vida. Un paisaje dominado por restaurantes de comida china, maquiladoras, lotes de autos usados, bancos, oficinas

móviles y supermercados. Nadie parecía estarse divirtiendo ahí. Señores obesos salían corriendo del aire acondicionado de los bancos, esperando ser refrescados de nuevo por el viento caliente de su coche en movimiento. La calle era un comal.

Don Leonardo y yo quedamos de acuerdo en buscar primero trabajo y después conseguir un lugar donde rentar. Mientras tanto nos quedaríamos en la central camionera, a la cual don Leonardo sabía llegar por sí solo. En el camino a pie hacia la central las tiendas y abarrotes se me aparecían como oasis inalcanzables. No llevaba ni un peso, estaba hecho un asco. La gente me sacaba la vuelta. Era realmente deprimente.

«¿Sí te conté que mi abuelo me enseñó a tocar el acordeón?».

Dejé de escuchar a don Leonardo. En realidad ya no escuchaba nada más que una voz interna que me exigía un tonicol bien frío cuanto antes. Una y otra vez. No aguantaba más. Las tripas me gruñían del hambre, pero lo más apremiante era la sed. El sol parecía enfocar toda su furia sobre mi lomo. Siendo el sol de las doce de la tarde, éste se encontraba justo sobre mi cabeza. Sentía que me aplastaba. Caminaba con la vista puesta en el suelo, con la esperanza de encontrarme un billete o unas monedas que canjear por un tonicol. Don Leonardo parecía a gusto con su pomo caliente. Yo no me atrevía a pedirle de lo suyo, no era nada apetecible.

Dame cinco pesos, así le dije a la primera persona que nos topamos en la calle, sin esperanza de nada. Babeando. Era un greñudo vestido de *short* y playera negra de roquero, con unos audífonos puestos y una revista de videojuegos en su mano, la cual hojeaba al caminar, distraído.

Los pocos transeúntes con los que nos habíamos cruzado hasta ese momento nos habían sacado la vuelta o de plano se cruzaban la calle al vemos a varias cuadras de distancia. Éste era el primero que pasaba a nuestro lado.

—Cinco pesos… —dije.

El muchacho levantó la mirada de su revista, nos vio a don Leonardo y a mí y rápido metió la mano en su bolsillo. Me dio 10 y

salió corriendo. No quise sonar tosco, fue mi estómago quien habló, habiendo tomado las riendas de mi cuerpo ante mi pasividad y desatención.

A unas cuadras estaba otra tienda.

—¿Usted no quiere nada? —le pregunté cortésmente a don Leonardo antes de cruzar la calle, corriendo hacia la tienda.

—No, yo estoy bien. Con éste tengo —dijo, señalando su pomo.

—Ahora vengo.

La tienda se encontraba vacía, sólo estaban dentro el dependiente y el guardia, quien leía el periódico sentado sobre una mesita junto a la ventana, disfrutando de la frescura del aire acondicionado. El empleado tendría mi edad, era blanco y de cuerpo flácido, como el muñeco de las llantas Michelín. Se veía que no era hombre de fuerza. Trabajaba sentado. Yo traía mis 10 pesos en la mano y en mi mente hacía cálculos estimando lo que me podría comprar con esa cantidad, mientras caminaba por los pasillos de la tienda con la boca abierta y un hilo de baba colgando. Pasé las sopas de camarón instantáneas, los cacahuates, las fritangas, las paletas, los helados, los chocolates y llegué hasta los refrigeradores. Mi prioridad. No vendían tonicol, al parecer no lo manejaba esa cadena de autoservicios. Estuve a punto de sacar una fanta de naranja cuando me percaté de una lata sudorosa con la palabra Chocomilk impresa. Pensaba matar dos pájaros de un tiro con ella. Aquel producto se me presentaba como un desayuno completo, refrescante y acorde con mi presupuesto. La tomé y fui directo a la caja.

—Nueve pesos con 50 centavos… —dijo el cajero antes de pagarle—. ¿Gusta redondear su cuenta para la compra de computadoras en las escuelas primarias para niños de escasos recursos de comunidades rurales en México?

—Sí.

Salí a la calle para acallar al calor en su propia cara, abrí la lata y sorbí. Tan pronto llegó el líquido a mi paladar supe que había cometido un error. Era la porquería más desagradable que jamás

haya probado. Regresé corriendo a la tienda con la lata en mi mano alzada.

—¡Qué es esta madre! —me estaba volviendo loco de la desesperación.

—Chocomilk gasificado, señor. Está bueno.

—¿Chocomilk gasificado?

—Así es.

—¡A quién se le ocurre! ¿Gasificado?… ¡A quién se le ocurre! ¡Dame el dinero de la caja, cabrón! ¡Dámelo, hijo de tu chingada madre! —le grité, apuntándole con mi escuadra.

No sabía lo que hacía. No lo había planeado. Ni siquiera recuerdo haberlo decidido. Estaba poseído. Con el rabillo del ojo miré al guardia haciendo un intento por levantarse. Su panza no le dejaba sacar su pistola por debajo de la mesa.

—¡Te voy a matar! —le dije al guardia apuntándole con la mía —. ¡Puto calor! ¡Puto Chocomilk gasificado!

El guardia perdió color inmediatamente. Poco a poco me iba percatando de que mi físico intimidaba fácilmente a las personas de esa ciudad. En eso entró don Leonardo. Al parecer había escuchado los gritos desde afuera.

—¡Agarre el dinero de la caja! —le ordené a don Leo.

Don Leonardo dio la vuelta al mostrador y sacó los billetes de la caja.

—¿Ya? —le pregunté a don Leonardo mientras apuntaba al guardia con mi fusca y mi mirada más psicótica.

—Ya está —dijo echándose los billetes a sus bolsas.

—Vaya por un bote de agua y métalo en el micro. Tres minutos por favor.

—Espérame —dijo don Leo, quien después de acatar mis órdenes ya metía varias botellas de tequila Hornitos etiqueta verde dentro de unas bolsas de plástico.

Estuvimos ahí, aprovechando la ausencia de vida en las calles durante las horas de calor más aplastante. Nadie entraba. Nos creíamos de acero, que podíamos con cualquiera que hubiese

entrado. Yo desarmaba al guardia mientras don Leonardo estaba muy obediente y tranquilo, observando el reloj del microondas.

—Dile al cajerito que te dé las llaves de su carro —don Leonardo me dijo, sin apartar la vista del reloj y con una fina sonrisa en su rostro.

—¿Carro?… Este pendejo no tiene carro —repliqué.

—Aquí todos tienen carro —me advirtió sabiamente don Leo, quien seguía con la mirada fija en el reloj del microondas.

—Dame tus llaves —le ordené.

Comenzó a sacarlas lentamente de la bolsa de su pantalón.

—¿Cuál es? —le pregunté al cajero.

—Ésta —me dijo, separando una llave de las otras y sosteniéndola con su dedo antes de entregármela.

—¡No!… ¿Cuál es tu carro?

—Aquel guinda —señalando afuera del cristal de la ventana, sobre el estacionamiento.

—Ya se acabó —dijo don Leonardo, refiriéndose al microondas.

—Vaya por dos sopas de camarón con chile. Prepárelas. Traiga cucharas, servilletas y un 12 de tecates.

Salimos de manera relajada, tomando nuestro tiempo. Don Leo iba cargado de bolsas que colgaban de sus codos, mientras en sus manos sostenía las sopas de camarón. Desactivé la alarma del carro a cierta distancia para cerciorarme de que era el que me había señalado el cajero.

—Usted maneje —le dije a don Leonardo al tiempo que lo libraba de su carga y le entregaba las llaves.

Nos trepamos a un Toyota Corola 88 color guinda, decorado con una enorme navaja de afeitar sobre una base de lámina pegada a la cajuela. Dentro era un horno. El hule de los asientos estaba a punto de derretirse.

—¡Ah! ¡Mis hemorroides! —gritó don Leo—. Chingada madre, necesito una lavativa… Cosa más rica para mi culo, sabes… Unas fresotas que traigo dentro, y lo peor es que no las dejo cicatrizar, el dolor ni te lo imaginas.

En eso don Leonardo comenzó con otra de sus disertaciones interminables acerca de las hemorroides, sus causas y su tratamiento. Yo estaba, mientras tanto, en el asiento del copiloto, con toda mi atención puesta en mi ansiada sopa de camarón con chile y mi tecate.

—Una hinchazón de las venas del recto que dejan de retornar la sangre que circula y luego se forman estas fresotas por dentro que cómo duelen al cagar y al estar sentado, carnal.

—No trajo limones, don Leo —le reproché mientras sorbía mi sopa calientita.

—No me los pediste.

—¿Adónde vamos?

—Al centro.

—¿Qué tal si nos topamos con una patrulla?

—Saben que andamos armados… éstos no arriesgan el pellejo a menos que andes de muy mala suerte y te toque un policía honesto… O seas inocente, je… —y soltó una risotada.

—¿Sí? —pregunté incrédulo.

—Seguro.

—¿Usted cómo sabe tanto? —le dije, en remarcado tono burlesco.

—Duré años con suscripción en el *Selecciones*.

—Don Leo, ¿no va a querer su sopa?

—Ah, ¿era para mí? —me contestó, sin mover la mirada de la carretera.

—Una y una.

—No, gracias, estoy bien.

Abandonamos el carro a tan sólo unas cuadras de los cuartos de renta donde nos instalamos.

Dos camas. Baño. Agua caliente. Setecientos al mes entre los dos era el alquiler. Pagamos el depósito y el primer mes. Don Leonardo se encargó pronto de decorarlo con botellas de licor, de soda y vasos de plástico regados por todas partes.

—Leo, ¿no cree mejor que yo me vaya de la ciudad? ¿Qué tal si

me buscan?… Yo no puedo caer al bote.

—Te digo que no va a pasar nada… Tú preocúpate cuando no la debas… Pero rasúrate esa barba, no seas tan descarado, luego se pueden ofender. Digo, pon de tu parte.

—Es que no puedo. Me salen ronchas —le dije, quejándome.

—Para eso está la crema de afeitar… Cómprate una, un buen rastrillo y tu loción. Sirve que te curas ese olor. No te va a pasar nada.

Comenzaba a aprender mucho de don Leonardo. Para empezar, en el pueblo ni sabía de la existencia de alguna crema para afeitar. De haberlo sabido antes, la de vergüenzas que me hubiese ahorrado…

Tan pronto me quité todos esos pelos de la cara me vi bello. No me reconocía. Me sentía bien conmigo mismo. Libre y dispuesto a comenzar una nueva vida. Quizás era verdad que no tenía cargos en mi contra y que estaba limpio. Por lo pronto, el primer paso hacia mi nueva vida había sido ir a la iglesia a primera hora de la mañana.

3

Las ratas, del tamaño de castores, pasaban con toda confianza sobre mis pies, mordiendo las suelas de mis botas. Las cucarachas escalaban sobre mis piernas el camino hacia mis trusas, forzando espasmos en mi cuerpo a intervalos indeterminados mientras me ocupaba del lavabo. Los malditos taka takas, ya acostumbrados a la convivencia con aquellas alimañas, se divertían de lo lindo al verme intentando sacudírmelas de encima infructuosamente.

Yo era ayudante de lavaplatos. Un chino lavaplatos era mi jefe inmediato. Un verdadero cabrón. Yo me encargaba del reciclaje. Era mi deber clasificar las sobras de cada plato de regreso a su respectivo contenedor dentro de los refrigeradores. Luego de esto pasaba los platos, vasos y cubiertos a mi jefe, el lavaplatos, quien me los dejaba enjuagados por el otro lado, listos para ser ordenados por mí.

El mismo aceite era usado sobre los sartenes a lo largo del día, y al final, el restante era vaciado de nuevo en el envase. Nada se tiraba. La comida era levantada del suelo, debido a alguna torpeza casual, y llevada de regreso a su platillo. Las moscas, gordas como abejorros, caían sobre mis hombros y cabeza, fatigadas después de tanto comer. El bote de basura rebosando de gusanos siempre.

Los chinos me gritaban a todas horas con su taka taka. Al cabo de un mes comprendí que mis movimientos jamás serían lo suficientemente rápidos para sus exigencias. El lugar siempre estaba atestado de clientes, lo cual aceleraba mi trabajo y provocaba mi torpeza. Platos rotos, té derramado, comida mal clasificada… Todas las noches llegaba a mi cuarto aporreado y tenso, pero todo tiene un límite…

El piso de madera tenía una gruesa capa de cochambre que a nadie parecía molestarle, por lo que no me sentí con la necesidad de limpiarlo la vez que, accidentalmente, hice caer uno de los salseros en el suelo, derramándose por completo su contenido. Los platos sucios se apilaban, la torre crecía por segundo, por lo que decidí seguir con mi tarea de reciclaje y clasificación, cuando de pronto sentí una fuerte palmada en mi nuca. Volteé y ahí estaba el jefe de cocineros gritándome enfurecido mientras señalaba al suelo.

Supuse que me pedía limpiar la salsa derramada, por lo que inmediatamente tomé un trapo y me arrodillé para limpiar el suelo. De pronto sentí su pie en mi hombro arrojándome hacia atrás con fuerza. Caí de culo. Me tendió una cuchara y el salsero. Entendí que me pedía recoger la salsa a cucharadas para luego reciclarla. De haber hecho esto, el otro chino encargado del lavabo me hubiera hecho compensar el tiempo perdido a la fuerza…

Tomé por la cola la rata más gorda a mi alcance y agarré al jefe de cocineros a ratazos por toda la cocina, en dirección a la puerta y fuera de ésta hacia el comedor. Yo lo mantenía a raya a punta de patadas a la vez que lo perseguía con la ratota agarrada de la cola. El chino encargado de la puerta de la cocina se me colgaba del cuello con desesperación pero mi cólera me hacía indomable. Apenas sentí su peso. Yo estaba hecho un toro salvaje. El cuerpo gelatinoso de la rata terminó por reventarle al jefe de cocineros en el hombro, quedándome con la pura cola en mi mano. Se escuchaban gritos de pavor en español provenientes de los clientes.

Los chinitos salían volando por todo el restaurante al intentar hacerme frente. La dueña estaba vuelta loca. Los clientes boquiabiertos. Una vez más me daba cuenta de mi potencial en una ciudad como ésa, donde la gente no sabía tu nombre ni conocía tu fama ni a tu familia. Podía atacar de la nada, aprovechándome del factor sorpresa. Me hice a la idea de que en una ciudad la gente no está en tu cara todo el tiempo como en el pueblo, donde todos ya esperaban de antemano un arranque de mi parte… Apenas comenzaba a aprovecharme de esta ventaja nunca antes

experimentada. Me sentía invencible.

«No ocupo bules para nadar… ¡Soy el Tomás! Feo pero de buen cuerpo porque soy hombre de campo, de fuerza; sé mecánica y sé talar; le sé a la siembra y le sé a la construcción. ¡Soy cabrón!».

Llegué a la pensión y me recosté en mi cama escuchando música… En el cuarto ya teníamos una radio. Don Leo la había comprado antes de partir a tomar venganza, hacía ya varios días… con mi escuadra. No había sabido nada de él desde entonces. Me comenzaba a preocupar.

Al caer la noche decidí salir a tomar un paseo a pie. Caminé por la calle de las farmacias y los congales con una Fanta de naranja en la mano hasta llegar al cine. La película trataba de una mujer cuyo marido, fallecido tres años antes, se ve reencarnado en el cuerpo de uno de sus perros. La mujer es detenida por la policía y llevada al manicomio justo antes de concretar el acto sexual con el animal, siendo acusada por sus propios hijos de locura. No me gustó. A mí todavía me gustaban las de Sergio Goyri, Valentín Trujillo y los Almada, casi exclusivamente.

Al regresar a mi cuarto la puerta no se dejaba abrir fácilmente. Había algo detrás que la estorbaba. Empujé con fuerza y ésta se abrió arrastrando algo pesado. Me asomé al entrar y vi dos cajas de cartón amarradas con una cuerda. Había botellas de brandy y de Coca-Cola por todo el cuarto. Ninguna de tequila. Del baño se escuchaban voces. Una era la de don Leonardo. Al parecer tenía compañía. Su cama se encontraba destendida… Escuché una voz de mujer.

—Alguien entró, Leo —dijo la voz.

—Espérate, no salgas… Cámbiate —ordenó don Leonardo.

Salió don Leo del baño con nada puesto más que una toalla enredada en la cintura. Caminaba extraño y su mirada era evasiva. Daba pequeños pasos… Como de imbécil. Su comportamiento me parecía familiar. Demasiado familiar…

—Hola, Tomás. Te traje estas dos cajas llenas de revistas de *Selecciones* para que las leas. Eran mías —me dijo don Leonardo

con una extraña voz infantil, mientras sobaba sus manos y daba sus pasitos. Aquellos ademanes yo los conocía.

—¿Quién está ahí? —pregunté, sospechando que algo raro estaba sucediendo.

—Nos metimos a bañar. En un momento sale —dijo don Leonardo, con la misma voz de niño atemorizado.

—¿Quién?

—La Chivo —me dijo en secreto.

—¿Su exvieja?

—Sí. Baja la voz.

—¡Qué está haciendo aquí! —le pregunté a modo de susurro.

—Vamos para afuera… —me dijo don Leonardo tomándome del hombro.

Apenas nos dirigíamos a la puerta cuando salió la misteriosa mujer del baño. Ésta encajaba a la perfección con la descripción hecha previamente por don Leo en la estación. Bonita, de cara agradable, era bajita, sin cuello ni cintura, y de cabello platinado. Su piel aún lograba mantenerse bastante firme; lo cual se podía constatar gracias a su minifalda.

—Hermosa, déjame presentarte a un verdadero cabrón —dijo don Leo, regresándome al cuarto con su mano en mi espalda y un inédito comportamiento zalamero—. Éste es el famoso Tomás.

—Mucho gusto, Silvia. Para servirle. Todos me dicen Chivito —dijo la señora, con marcado acento del sur, al tenderme la mano.

—Mija, luego venimos, vamos a ir afuera un ratito, ¿sí? —intervino don Leo inmediatamente después de nuestro saludo y presentación.

—Está bien.

Salimos al pasillo y ahí continuamos hablando en secreto, con don Leo continuamente asomándose de manera nerviosa dentro del cuarto para cerciorarse de que su acompañante no escuchara nuestra conversación.

—¿Y eso, don Leo? ¿No se pudo enredar con otra mujer de la ciudad? Hay un montón en esta misma calle, a esta misma hora,

mejores que ésa y más baratas. No me chingue.

Don Leo me escuchaba callado.

—¿No la piensa matar, verdad? —le pregunté.

—¡No! No. Cómo dices eso.

—¿Entonces?

Tú no entiendes, Tomás… Cuando te pase vas a saber.

Don Leonardo me comenzaba a atemorizar, me recordaba macabramente la imagen de mi propio padre durante los días previos a su fuga con Leonora. Era la misma mirada desquiciada de cuando nos abandonó. Sus pupilas parecían balancearse como dos péndulos.

—Cuando llegas a conocer a alguna mujer como ésa su aroma te atrapa y quedas prendido de por vida, sin remedio… Tú no sabes porque no lo has vivido y dicen que es un embrujo, pero quién sabe… No sé. La gente me lo ha dicho… No he hecho nada con mi vida en mucho tiempo, Tomás, sólo pensar en ella.

Y entonces fue que quise hacer entrar en razón a don Leonardo tomándolo de los hombros y hablándole de cerca. Frente a frente.

—Mi padre pasó por lo mismo. Él sólo se curó partiéndose el cráneo y quedando imbécil para toda su vida. Yo sé de lo que le hablo, don Leo.

—¡Chicos! —gritó la mujer desde dentro del cuarto.

—Ahora vamos —le contestó don Leo.

—Yo me voy mañana —le dije.

—¿Adónde?

—A Tijuana.

—Haces bien, creo que allá hay más trabajo.

—Tengo que comprar una maleta —dije.

—Llévate por favor las revistas, Tomás. Te van a servir… La radio también.

Al siguiente día partí a la central, con rumbo a la ciudad de Tijuana, de la que había escuchado hablar tanto. Al parecer ahí la gente levantaba el dinero con pala, de tanto y tan fácil… No tardaría más que unas horas en enfrentarme a mi error.

4

Al llegar a Tijuana tenía bastante claro que no debía trabajar en una fábrica. Por mi propia salud. En Mexicali ya había tenido oportunidad de echarle un ojo a esa gente. Gente sin vida, es lo que digo. Como cuerpos sin alma, quiero decir. Los veía todavía más atrasados que a mí. Les saqué la vuelta. Con el dinero que tenía ahorrado me instalé en una pensión cerca del centro. Al menos cerca de los congales y las calles alegres, que era lo que a mí me llamaba la atención. No quería estar solo y en una zona industrial. No con mi conciencia que estaba más mugrosa que el pañuelo de un mecánico.

Al día siguiente ya buscaba trabajo en el clasificado. Un anuncio llamó mi atención en particular:

«Se solicitan jóvenes atractivos, de buen físico y excelente presentación para espectáculo en centro nocturno. Interesados presentarse martes 14 y jueves 16 en el salón de baile Mondo Bizarro…».

Era yo. Me hablaban. Debo decir que andaba volado con mi nueva apariencia, la cual mejoró considerablemente desde mi llegada a Mexicali, donde me había rasurado y comprado camisas de seda con gallitos de pelea dibujados en las solapas, en los puños y en los hombros. Tenía buen cuerpo, mientras que mi trasero era aún velludo pero carnoso. Alto, de pelo en pecho, cara varonil y seguridad en mí mismo. Mi madre siempre me ha dicho que, no importa lo que los demás digan, yo soy guapo, y que hasta me parezco al Astuto, el del programa de televisión. También me decía que me parecía al McGiver, ahí para que se den una idea…

Todo pintaba bien para mí en esta nueva ciudad; sin embargo, al

tercer día el dinero se me iba acabando. Éste goteaba fuera de mi cartera en forma de cigarros, cervezas, chicles, propinas y huevos a la mexicana. Aún faltaban otros tres días para mi entrevista laboral y la urgencia de conseguir un empleo era apremiante. Estaba desesperado, pero aun así me era imposible reprimir la tentación de salir a la calle emprendiendo labores de reconocimiento.

La ciudad me parecía amable, a pesar de su fama. El aire, limpio y transparente de día, se volvía helado y brumoso por las noches; sin embargo, el frío se quitaba con un cigarrito. Yo estaba muy a gusto. La ciudad te abre los brazos. Uno ya siente que pertenece cuando va llegando. En las banquetas había una sensación de que cabíamos todos.

Alquilé un cuarto en la zona norte. Una pensión no muy barata, a mi parecer, pero al mismo tiempo la más económica que encontré. Setecientos al mes. Baño compartido, agua caliente. El cuarto de la derecha, el cual se mantenía todo el tiempo cerrado, emanando un ligero vapor del borde de la puerta, se encontraba siempre lleno de tipos que salían sudorosos y oliendo a cáscara de camarón. Algo turbio pasaba ahí adentro, suponía, ya que en vez de voces sólo escuchaba murmullos de vez en cuando. Lo que sí era permanente las 24 horas del día era el sonido de utensilios metálicos, muebles y cilindros siendo desplazados de un lugar a otro. Con el tiempo me acostumbré a mis vecinos silenciosos y apestosos.

Del otro lado tenía a un veracruzano tísico y amante de la salsa, quien, a pesar de trabajar en una botica, siempre andaba con su gripa colombiana que él decía que era sinusitis. Me tenía harto con su salsa. Y es que no dormía; llegaba del trabajo, metía a sus mujerzuelas y luego ponía su salsa. Cadavéricas, sin dientes, tuertas, cojas, mancas…

El tipo me ganó cierta vez que me invitó a una de sus fiestas.

—Bájale a la música —dije, con serenidad, luego de una serie de ligeros golpes a su puerta, la cual se abrió de golpe segundos después, jalada hacia dentro por un escuálido y sudoroso veracruzano en calzones.

—¿En qué le puedo ayudar, vecino?

—Bajándole a tu escándalo.

—Pásele, tengo unas nenas —me dijo, con toda la cortesía del mundo y retorciéndose aún al ritmo de su salsa.

—Yo tengo novia —contesté tajante.

—Con confianza —insistió.

—Está bien, pues —y pasé.

Dentro se encontraban Azalia y Lucia, un par de arañas metidas en lencería de encaje negro, con sus caras pintarrajeadas de rojo y abundante laca en el cabello. De aquella noche conservo sólo recuerdos vagos. Mis manos ocupadas en los ligueros de piernas huesudas y de aspecto enfermizo; dentaduras gigantescas cubiertas de masilla recorriendo todo mi cuerpo, con su aliento nauseabundo aproximándose cada vez más a mi cara; dos, tres pedos soltados aquí y allá; estrías posparto; gritos y carcajadas estridentes, sábanas sucias, música salsa, nachos y ron con coca.

Enseguida del veracruzano, en el cuarto 21, estaba la doctora. Una muchachita de San Quintín con doctorado en pedagogía que daba clases de manualidades en una escuela primaria de la colonia. Un falso tono femenino encubría su auténtica voz de Tribilín. Recuerdo mi tercer día en la pensión, cuando tocó a mi puerta.

—¿Vecino?… Hola… Soy su vecina, vivo a dos cuartos, Gladis Ayala.

—Tomás.

—¡No inventes! ¿A poco te llamas Tomás?

—Sí.

—¡Ay, no inventes!

—Sí.

—Te llamas igual que un pretendiente que dejé en San Quintín; cuando te vi llegar me recordaste mucho a él, qué bárbaro, qué casualidad… Es un niño muy lindo, muy buen niño… Ay… ¿Has ido a San Quintín?

—No.

—Ay, no inventes, está hermoso, yo a San Quintín no lo cambio

por nada. Es mi pueblo adorado… Yo vivo aquí, a dos cuartos, pero no por mucho tiempo, eh, aquí la gente es bien abusiva y cochina, cuídate mucho, por eso te vengo a traer esta botella de cloro… Sí sabes que vamos a compartir el baño, ¿verdad?

—Sí.

—Desde ahora te advierto que hay alguien con hongos aquí, me parece que es el vecino, por eso te traigo esta botellita de cloro para ti nada más, para que le eches al suelo antes de entrar, por tu bien, aunque también te recomiendo que te bañes con tus sandalias puestas.

Lo cierto es que precisamente en esos días yo sostenía una fuerte adicción al placer emanado de rascarme con furia los hongos entre los dedos de mis pies, hábito que arrastraba yo desde Sinaloa, y al cual no pensaba renunciar; al menos no todavía.

Era mi vicio y, después de todo, había llegado a la conclusión de que definitivamente aquellos pequeños segundos de intenso placer pagaban el tortuoso síndrome de abstinencia, el cual transcurría durante el tiempo en que me veía forzado a portar calzado. Uno elige sus adicciones, ésa era la mía, y que de pronto una muchacha llegara a mi puerta haciendo campaña en contra de las personas con esta misma debilidad, pues me indignaba.

En los días subsiguientes la maestra comenzó a fastidiarme en serio. Yo ya había dejado de tener cualquier queja en contra del boticario, en gran parte debido a sus atenciones, pero la maestra seguía llegando con sus intrigas: que si las orgías del boticario, que su música por la madrugada, que sus mujerzuelas, que sus drogas, en fin. Ataques muy viles en contra de mi buen vecino.

Por fin, una tarde descargué toda mi frustración de desempleado en contra de la pobre doctora en pedagogía. Fue mientras intentaba leer en mi cuarto una de las revistas obsequiadas por don Leo, que alcancé a escuchar apenas un murmullo de esa música que le llaman la trova y que consiste básicamente en un cantante triste acompañándose de su guitarrita. Solo en mi cuarto, sin nadie que respondiera por mí en esa ciudad, escuchar esa música, incluso a lo

lejos, hizo que me deprimiera en serio. Ya yo estaba a punto de cortarme las venas de la desesperación cuando decidí que no iba a aguantar más. Fui hasta el cuarto de la maestra y toqué a su puerta. Me abrió.

—No, pero si se ve que eres bien abusiva… Tú abusas, de plano, por eso estamos como estamos en México, por la falta de consideración al prójimo, por la indiferencia, la impunidad, la corrupción… Qué falta de educación y de cultura demuestras, le subes a tu música y no tienes la más mínima consideración para con los demás que no comparten tu mismo horario ni tus gustos por esa música de trova que te gusta a ti nomás y que yo ni le entiendo, te vale, además de que eres una cochinota, ¿qué crees que no sé que eres tú la que tapas el excusado y lo dejas todo apestoso?… ¡Qué crees que no sé!

—Para empezar, tengo mi música bajita; además, no tienes por qué insultarme, si yo siempre te he tratado bien, no sé por qué estás tan enojado, no sé qué te hice… —me replicaba la doctora en pedagogía, ya con lágrimas en los ojos.

—Bájale a esa música del demonio, es lo único que te pido, ¿sí?

¿Por que esa propensión de los seres humanos a desquitarse siempre con el más débil?… Qué mal estaba yo… Pero ni modo, uno no puede pasársela lamentándose por los errores cometidos en el pasado, ¿no es lo que todo mundo dice?… Lo hecho, hecho está.

La persona más ruidosa de toda la pensión no era el boticario veracruzano ni la profesora de primaria, sino una pareja del piso de abajo. En realidad al hombre no lo oíamos mucho, era su mujer la que hacía todo el escándalo; sin embargo, nadie se animaba a callarlos, y no por miedo al infeliz ese sino a su mujer, la cual era una auténtica perra.

«¡Me tienes en esta pocilga!».

«¡Me quiero morir!».

«¡Huevón!».

«¡Ya no me coges!».

«¡Malditas mallas!».

«¡Esta puta estufa!».

«¡Putos tacones viejos!».

«¡En qué te gastaste ese dinero, huevón!».

«¡Me pegaste, me pegaste! ¡Maldito maricón!… Toma esto y esto…», y se podía escuchar cómo se estrellaban contra la pared las escasas propiedades de aquella pareja de miserables.

«Que le pegue. Dios mío, haz que le pegue por favor. Dale fuerzas», pensábamos todos mientras escuchábamos aquel escándalo de cada noche. Pero el tipo no hacía nada, simplemente se quedaba ahí dentro, callado y aguantándola.

Los primeros días en Tijuana yo los había dedicado a deambular por el centro. Me levantaba y pagaba 23 pesos, más cinco de propina, por unos huevos a la mexicana acompañados de jugo de naranja y música ranchera en una fonda decorada con retratos de Pedro Infante y Lola Beltrán, y con publicidad de la Coca-Cola. Luego caminaba por horas y horas observando los escaparates de los almacenes y tiendas de artesanías, mientras aprendía el inglés de boca de gringos y empleados de bares invitándolos a pasar.

También intenté hacer contacto con los boleadores, los empleados de autobaños, estacionamientos, mercerías y negocios de todo tipo. Recuerdo la vez que entré a la cerrajería de Los Nietos, actuando muy natural y soltándole con la mayor de las confianzas al encargado:

«Coca… Ocupo perico, rápido. Tengo apalabrados a unos gringos que quieren… ¿Cristianos?… Creí que de aquí salía… Pues que era lavado de dinero… ¿No sabe quién tiene tampoco?».

Quería meter mis narices en todos los rincones. Sentía la urgencia de insertarme en ese mundo, haciéndome de la mayor cantidad de amistades posible mientras intentaba pasar por el Astuto. El Macizo. El tipo listo y colmilludo de la ciudad. Por lo pronto le apostaba mi estancia permanente en Tijuana al puesto en el centro nocturno que yo ya estaba seguro de poder conseguir. Creía contar con las cualidades. No me consideraba un mariquita por pedir un trabajo como ése, al contrario, me sentía capaz de

infundirle un poco de dignidad al oficio.

Tres días antes de cumplirse la fecha de mi entrevista laboral, mi dinero se había agotado casi totalmente. Desayunaba una manzana por las mañanas, comía un kilo de tortillas con sal por la tarde, y en la noche me iba a dormir con el estómago vacío. Lavaba mis calzones en el lavabo, me rasuraba con rastrillos oxidados, me limpiaba el trasero con periódico, soñaba con grandes banquetes y me despertaba por las noches sobresaltado por el sonido de mis mandíbulas cerrándose con fuerza ante la ilusión de un bocado. Pero lo que definitivamente hace que te den ganas de llorar es el frío en soledad. Ese frío inconsolable de una pensión sin muebles que lo amengüen y sin calefacción. Ese frío para ti solito y tu frazada que ya ha perdido la batalla y no puede hacer nada en su contra.

Estamos hablando de ese frío seco y ventoso de diciembre que corta la piel como un montón de navajas de afeitar volando en todas direcciones. Y encima de eso el hambre. Mis tripas no dejaban de gruñir día, tarde y noche. Cuando se está en esas circunstancias, es normal, lo que uno hace es que sale a la calle a caminar con la mirada puesta en el suelo, esperando encontrarse dinero tirado y aparentando que no se está haciendo eso mismo, porque la verdad es que yo siempre he sido muy penoso. Me han dicho que es por eso que soy tan conflictivo, que por mi inseguridad. Lo único que sé es que de haberme topado con esos tipos que graban por la tele a la gente que se agacha por dinero, es seguro que los hubiera matado ahí mismo. Quizá luego le siguiera con sus familias y los despellejaría vivos a ellos también. Nadie tiene derecho a tener familiares tan podridos, es lo que yo digo.

Otra cosa que se hace cuando no te queda ningún quinto es que vas y te das una vuelta por los supermercados y simplemente comes de lo que hay de muestra. Terminas comiendo hasta carne. A picotadas, claro, pero carne al fin.

El día llegó. Acudí a la cita convocada en el periódico 15 minutos antes de la hora prevista. Habría otros 15 changos esperando en la

puerta desde entonces. Un montón de maricones. Actuaban muy machos, eso sí, diciendo palabrotas algunos y manteniéndose callados y con mirada dura otros. Casi todos llegaban en motos, las cuales estacionaban ahí mismo.

Llegaban más conforme avanzaba el tiempo. Por fin, las puertas de la disco se abrieron a la hora convenida, dejándonos pasar a todos en bola y cerrándose a nuestras espaldas. La persona que nos abrió, un señor bajito de unos 50 años, hiperactivo y de cabello rubio, nos guio hasta el fondo de la pista de baile, donde se encontraba una plataforma de madera con escalones.

El señor bajito tomó una silla, la colocó en el centro de la pista, se sentó y nos ordenó subir a todos juntos a la plataforma. Comenzó a dar instrucciones. Con dos palmadas fuertes indicó el inicio de la música.

—¿Qué esperan, chicas?… ¡Muévanse!… ¡Con ganas!

Era una especie de techno-merengue-rap-puertorriqueño con un ritmo muy acelerado. Me costaba trabajo acoplarme; sin embargo, algo había escuchado por ahí acerca del secreto de todo baile: todo está en los hombros y las caderas. Me dediqué a ello, batía el bote de manera salvaje.

—¡Fuera camisas! —gritó el señor.

Unos se la arrancaron, otros se la fueron desabotonando lentamente, con cadencia, arrojándola a la pista después de hacerla girar con sus manos. Así lo hice yo también.

—¡Tú! —gritó el viejo—. ¡Tú!… ¡Qué haces aquí! ¿Qué intentas? —gritaba histérico con la mirada fija en mí—. Pedí metrosexuales, no al abominable hombre de las nieves… ¿Qué son esos pelos?… ¿Sabes que ya no se usan?

Tardé unos segundos en asegurarme de que era contra mí la arenga.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¿Qué crees que estás haciendo, hijo? Bailas más feo que una masacre chiapaneca, y esos pelos rojos que te cargas…

—Tengo buen cuerpo —dije categórico—. Esta bola de

maricones no aguantan un vaciado de cemento con los botes de aluminio calándote en la espalda, en segundo piso, y con el sol de las doce. No lo aguantan, se lo aseguro.

—Sin duda, hijo, sin duda, pero aun así te ves mal… Depílate y aprende a bailar como ser humano y luego vienes, por favor.

—¿Quiere a un hombre? Aquí estoy… ¿Quiere jotos? Quédese con éstos —dije, con desprecio, camino hacia la salida.

Me disponía a bajarme del estrado cuando, de pronto, uno de los aspirantes, un greñudo, bien bronceado y con pinta de motociclista, se me aproximó, colocando su mano en mi hombro y empujándome con ella.

—Esa de allá es mi esposa, cabrón, es edecán de Movistar, vino conmigo… Ahora sí, ¿a quién le dijiste joto, hijo de la chingada? —me dijo, muy indignada, la loca.

—Pues a ti.

Está por demás dar detalles acerca de la madriza que le arrimé al renegado ese, sólo aclararé que su cuerpo aterrizó a los pies del viejo de la camisa morada, debajo del escenario. Habiendo despachado de esta manera al motociclista, ahora sí me disponía a abandonar el establecimiento cuando:

«Tengo algo para ti», me dijo el señor.

Fue así como me hice del puesto a la entrada de la disco Mondo Bizarro.

El trauma que habían significado para mí los asesinatos en los que estuve involucrado se veía desplazado poco a poco por esta obsesión mía de reencontrarme con Sandy. Esta obsesión era alimentada por los sueños que llegaban noche tras noche a mi cama, los cuales contenían el resplandor ligado al rostro de Sandy, quien se encontraba conmigo, por fin, abrazándome, queriéndome, mientras yo ponía mi cabeza sobre su hombro suave, dulce y cremoso, y pasaba mis manos por su cabello ondulado color caoba.

Pensaba mucho en ella. El recuerdo de nuestro momento juntos, mis ansias por cumplir la promesa que le hice y los sueños recurrentes me daban a la vez ánimos en mis ratos de soledad. En

ocasiones me entretenía escribiéndole largas cartas, las cuales mandaba sin remitente, para mayor seguridad:

«No me quisieron por feo a pesar de que tengo buen cuerpo mi amor aunque ahora gano mejor y estoy ahorrando para estar juntos te cuento que ayer anduve por la calle de las putas y no les hice caso porque te quiero mucho…».

A falta de televisor, mi tiempo libre también lo dedicaba a cultivar mi mente leyendo las revistas obsequiadas por don Leonardo. Ahí me enteré de las cataratas del Niágara, del partido nazi y del hundimiento del Titanic, de Tutankamón, el penacho de Moctezuma, la fotosíntesis, Machu Picchu, el cáncer de próstata, Shan-Gri-La, las pirámides de Egipto y de las de México también. No cabe duda de que estaba ignorante. Por lo pronto mi cerebro era una esponja que absorbía todo a su paso: inglés, español, geografía, historia, política. La Zona Norte de Tijuana era mi campus, la anticomunista revista de *Selecciones*, mis libros de texto.

Sergio el Yucateco Álvarez fue el encargado de pararme los tacos. Él me paró los tacos cuando yo ya me sentía de acero. Invencible e insoportable. El Yucateco me paró los tacos.

Sergio el Yucateco Álvarez, contrario a lo que algunos pudieron haber pensado, había nacido en Tijuana, no en Yucatán, como su apodo lo sugería. En realidad le llaman el Yucateco por su enorme cabeza, quizá porque ésta se asemeja en tamaño a las cabezas olmecas allá en Tabasco, aunque en tal caso su apodo debió haber sido el Tabasqueño, o quizá sea que la gente de Yucatán en realidad se caracterice por llevar encima una enorme mollera. Quién sabe, el caso es que así le llaman al individuo que me hizo recuperar un poco de mi humildad perdida.

La carrera del Yucateco Álvarez como promesa del boxeo mundial duró hasta perder por tercera ocasión en contra del futuro campeón mundial de los pesos pluma. Se dice que durante cada uno de los combates el futuro campeón jamás tuvo problemas para localizar la cabeza del Yucateco, a quien, a su vez, le costaba

trabajo resguardarla tras sus guantes. Por supuesto, esto era tan sólo un chiste manejado entre la gente que conocía al Yucateco.

Después de este, quizás oportuno, enfrentamiento con el destino, el Yucateco se apresuró a buscar fortuna en otros campos de trabajo. Fue así como, junto con su esposa, abrió su negocio de tortas El Yucateco, del cual yo me convertí en cliente asiduo. Este negocio fue el responsable de mi alimentación por muchos años. Parecía que nunca me podría llegar a hartar de su extenso menú. Torta de milanesa con huevo, de pierna, de jamón con queso, de carne asada, ahogada, hamburguesas, quesadillas y *hot dogs*; un platillo para cada día de la semana.

El Yucateco era un individuo siempre de buen humor y amable, de esos de los que se llega a decir que llevan la música por dentro. Lo que pasaba era que simplemente era una buena persona, rasgo muchas veces reprochado por su propia esposa, quien se empeñaba en hacerle entender lo mucho que se aprovechaba la gente de él por lo mismo.

Cordial con todo mundo, el Yucateco siempre se mantenía tranquilo, a pesar de las desafortunadas incidencias. Una de esas desafortunadas incidencias era yo. El cliente más tormentoso y recurrente de su negocio. Podía ver a la Almita, esposa del Yucateco, enchuecar su cara cuando me veía camino a su negocio a cuadras de distancia.

Tan pronto llegaba iniciaba el tormento. Digamos que me gustaba fastidiar a mi voluntad a esa leyenda del boxeo local, ahora convertido en tortero a mi servicio.

«Ey, Yuca, Yuca, ¿yo estoy más cabezón que tú, verdad?… ¿Cómo sabes?… Cuando te mueras, Yuca, Yuca, hazme caso, cabrón, cuando te mueras, Yuca, cuando te mueras déjame enterrarte la cabeza… Nomás la cabeza te voy a enterrar… ¡Ja!… La pura cabeza… Voy al baño, Yuca, ¿no me la quieres sacudir?… Cuando vayas tú al baño si quieres yo te la sacudo, eh… ¡Pero en el lomo, Yuca!… ¡Ja!… ¡Te la voy a sacudir en el lomo!».

Así pasaron meses, y el Yuca sin rasgo de que pudiera llegar a

impacientarse con mis modales, a pesar de lo mucho que tensaba el ambiente y molestaba a los clientes con mis gritos y groserías. Muy pronto desde mi llegada ya estaba afectando el negocio del Yucateco. Aun así, el Yucateco se mantenía en sus cabales, sólo pidiéndome de vez en cuando que le bajara de tono, cosa que yo obedecía sólo temporalmente, para luego reaparecer con mi tosquedad.

Nunca imaginé que después de tantos insultos todo cambiaría el día que me metí con su madre: «Ey, Yuca, con razón tu mamá ya no aprieta; después de haber parido ese cabezón tuyo la dejaste que ni la mía sintió…».

Error.

Desperté en la Cruz Roja con tres costillas fracturadas, el labio reventado, un ojo vaciado, la nariz rota, 32 puntadas en la cabeza, raspones en todo el cuerpo, dos dientes menos y orinando sangre. Me preguntaron si deseaba entablar una demanda en contra del señor Sergio Álvarez. Me negué.

Sus puños eran de concreto, sus codos eran varillas de acero, sus huesos eran armas punzocortantes, afiladas. Cada roce con su cuerpo era doloroso y entumecía al contacto. No tenía ninguna esperanza de ganar esa pelea. Estaba perdido. Era demasiado rápido, pateaba como mula, se movía como un colibrí. Estaba por todos lados ocupándose de mí. Me conectó con puñetazos, patadas, codazos, rodillazos. Me arrastró hasta la calle y allá me pateó un poco más todavía. Con mi cara sobre el pavimento, me tomó del cabello y comenzó a estrellar mi cabeza con fuerza. Después de ello no recuerdo más nada.

Pensé que me iba a matar. Pensé: «Este cabrón me va a matar». Mientras tanto le gritaba con pavor:

—¡Yuca, espérame! ¡Espérate, Yuca! ¡Por lo que más quieras, Yuca! —decía yo, chillando.

No sé cómo fue que terminé vivo y en el hospital. Era un dolor intenso. Cada milímetro de mi cuerpo lo tenía adolorido. Mi respiración, cada latido del corazón, cada pulso, el movimiento de

mi boca, de mi lengua, mi encía, mis dientes, cada sonido de mi garganta, pasar saliva, mi cuello, mi espalda, mi estómago, la actividad de mis riñones, los pulmones, cada tejido de piel, cada viento que entraba a la sala y movía los vellos de mi cuerpo, todo parecía reavivar el dolor en zonas distintas y simultáneamente, por lo que intentaba moverme lo menos posible. Había sido arrollado por una locomotora.

Mi tiempo en el hospital fue un retiro espiritual. Eso que dicen: «Los golpes educan», bueno, pues nunca fue tan cierto para mí como en esa ocasión. De hecho aquélla fue, por mucho, la putiza más educativa de toda mi vida. Me convirtió en otro. Se podría incluso decir que fue gracias a ella que me convertí en otra persona. Bueno, quizá no tanto, pero al menos sí me hizo arribar a serias reflexiones acerca de mi comportamiento.

A los días regresé rengueando a Las Tortas y Jugos el Yucateco, prácticamente ondeando una bandera blanca.

—¿Qué quieres, Sinaloa? —Sinaloa, así era como me decía el Yuca.

—Vengo a disculparme por haberlos ofendido tanto tiempo, Sergio. A ti, a tu esposa y a tu mamá, que en paz descanse. Discúlpenme, se lo pido de corazón. De verdad.

—Discúlpame tú, tenía una bronca con el banco, me desquité contigo —dijo el Yucateco.

—Sirvió de algo entonces… ¿Puedo sentarme, o ya no? —pregunté, y el Yucateco volteó a ver a la Almita. Ésta asintió.

—Gracias —dije—. Prometo portarme bien y hasta dejar propina, por primera vez en la vida, para que se vea la buena voluntad.

—¿De qué va a ser?

—Milanesa sin huevo, mucho queso, poca cebolla y un tonicol bien frío, por favor.

No me cobró. En los días que siguieron me apresuré a ofrecerles, con acciones, mi amistad al Yucateco y a su esposa. Terminé haciéndoles los mandados. Literalmente. Cada que se les ofrecía

algo del mercado y ellos se encontraban ocupados, yo me acomedía. Nuestra confianza pronto llegó a tal grado que incluso les pedía el carro prestado cada que invitaba a una *baby* al cine. Los Yuca se volvieron mis únicos amigos.

—Yuca, ¿vas a estar el domingo en el gimnasio?

—¿El domingo? Sí… Todos los domingos estoy.

—¿Sigues yendo?

—Sí.

—De *sparring*… ¡Ja!… Voy a ir a darme una vuelta, para que me enseñes uno de los tuyos; yo te enseño uno de los míos.

—¿Cuáles tuyos?… Yo no te vi ninguno la otra vez.

—Me agarraste con la guardia baja.

—¿Cuál guardia? Si nomás me viste saltar la barra y ya estabas gritando como una vieja… «¡Ay, suéltame, suéltame! ¡Quítenmelo, quítenmelo que me desmayo!».

—Mmm…

—No, sí ve, allá voy a estar… Para que le pegues a la pera y al costal un rato, de perdida, a ver si les das… Ahí están las pesas también, si quieres.

—Yo creo que sí, de hecho es lo que quiero, tirar la polilla un rato, eh, estoy engordando, ¿ves?

—Sí, te vi, estás más gordo… ¿O no está más gordo, Alma?

—Bien gordo… Tienes que comer verduras —dijo ella.

—No me gustan.

—Ya ves… Si quieres te preparo otras cosas de vez en cuando. De lo que yo le hago a Sergio, por ejemplo… ¿O tú crees que yo lo dejo comer sólo tortas?… Ya con la cerveza tiene —aclaró Alma.

—No, a mí me gustan las tortas, además de que cómo la voy a hacer batallar más conmigo —dije.

—No te preocupes… Ni te la voy a cobrar, de todos modos la tengo que hacer para nosotros. Un poco de comida saludable te va a caer bien. Sopa, verduras, pescado.

—A mí me gustan las tortas. La única sopa que me gusta es la instantánea, la de vaso. Esa de camarón con piquín. Dos limones y

salsa brava. Es lo que ceno todos los días.

5

Por ejemplo, llegaba un pirrurris a quien le acababan de decir en su barrio que se veía guapísimo, así peinado para atrás con gel, y luego se me ponía a un lado, esperando que yo lo dejara entrar, nomás por bonito. Pues no. Para guapos, yo.

Todavía estaba dolido por el desprecio que por feo había sufrido el día que me contrataron. Me estaba desquitando. Me sentía como el rey de la noche, con toda esa gente suplicándome y humillándose, y yo bien pedante, esperando que alguien tumbara el cordón de contención para darle uno bien dado.

—Tomás, el viejo me mandó a hablar contigo —me dice Braulio, el motociclista.

—¿Qué quiere?

—Para que me hagas un favor.

—¿Otro?

—Tenemos un problema.

¿Se acuerdan del motociclista de colita de caballo ofendido por mi comentario el día de las audiciones en la disco?… Su nombre es Braulio. Él sí consiguió el puesto de *stripper* y ahora se decía mi amigo y me saludaba muy efusivamente cada que me lo topaba en el trabajo, el muy lambiscón.

Pinche mamadote que estaba hecho el cabrón. Con aquellos músculos inútiles que tenía parecía que quería destrozar el mundo de un solo chingadazo. Unos músculos de tonto que ya ni cabían en su tela *spandex*, lo digo en serio. El caso es que ahora me pedía favores con mucha naturalidad, como si yo estuviera siempre a su disposición.

«Ay, Tomás, que si me acompañas a la salida porque me quieren pegar»; o «Que si vas por mi moto y me la pones en la entrada porque me quieren pegar»; o «Pégale a ese que está ahí que dice que le bailé a su esposa y le arrepegué no sé qué»; o «Que no dejes entrar a ese otro porque me vio feo el otro día», y cosas por el estilo. Pues ahora venía con una nueva solicitud y, como siempre, poniendo a nuestro jefe de por medio, diciendo que en realidad era su orden.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—¿Te acuerdas de la fiesta del otro día en casa de don Antonio?

—¿Qué tiene?

—El día de su cumpleaños.

—Sí, ya sé, ¿qué tiene?

—Es que estábamos en la sala todos cuando don Antonio partió el pastel. Tú estabas afuera.

—Sí, yo estaba afuera, ¿y?

—Ah, pues el caso es que don Antonio sopló las velas y le aplaudimos, y él, de la emoción yo creo, me dio un beso… en la boca. Yo estaba bromeando, le seguí de puro juego, pero es que clarito sentí que en lo que me dio el beso se oyó el flashazo de una cámara fotográfica, y es lo que le digo a don Antonio, que sentí ese Hachazo, y que de seguro se las van a llevar a mi señora, porque tengo muchos enemigos.

—¿Tu señora no sabe todavía que eres gay?

—Ay, cómo eres… A mí me gustan las mujeres… ¿No has visto a mi esposa? Está guapísima, era edecán de Movistar.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que me gustan las mujeres.

—Bueno, a ver, ¿qué quieres que haga yo?

—No, yo no quiero, son órdenes de don Antonio, ahí tú verás si le haces caso o no.

—Bueno, ¿qué quiere don Antonio que haga, pues?

—Pues que vayas con este señor y que lo amenaces si no te da las fotos de la fiesta.

—¿Y por qué no se las quitaste tú mismo en la fiesta?

—Acuérdate de que andaba yo ya bien borracho y me valió, no le di importancia, hasta hoy que le dije a don Antonio y que me dijo que te pidiera a ti que resolvieras nuestro problema. Porque a él también le afecta, ¿sabes?

Y yo subo a la oficina de don Antonio para hablar con él acerca de ese supuesto nuevo encargo y resulta que sí, este señor había mandado a su novio a pedirme el mentado favor.

—Ya para que se calme, Tomás, hazme ese favor. Es que no deja de chingar. Está histérico. La vieja ya sospecha, pero ella cree que la engaña con mujeres…

—¿Qué quiere que haga?

—Ah, muy bien, fíjate que el fotógrafo es un amigo mío y le he estado marcando y dejándole recados en su buzón pero no me contesta, así que nomás quiero que vayas a su casa y le pidas las fotos. Primero de buena manera, y luego, si se te pone difícil, a punta de chingadazos. Si te lo da todo de buena manera le dices que yo luego me pongo bien con él, que venga para acá y que le voy a dar lo que le corresponde… Tú no vas a hacer tratos, yo voy a hacer eso, una vez que te haya dado las cosas y venga él para acá. Si no te da las cosas en ese mismo rato, ya sea que te diga que me las va a traer aquí o que te diga que quiere negociarlo contigo, o lo que sea, entonces te lo chingas hasta que las saque. ¿Entendido?

—Entendido… ¿Tiene la dirección?

—Sí, ésta es. El tipo se llama Alfredo Medina. ¿Sí sabes qué calle es?… Es la subida angosta que está cerca de la cuchilla esa que se ve…

—Creo que sí.

—Quiero que vayas mañana lunes; te voy a pagar el día, no te preocupes.

Fue así como recibí mi primer encargo y el que me daría posteriormente la fama de Solucionador de Asuntos en todo Tijuana.

Me levanté a las tres de la tarde con un serio caso de cruda. Me

había acostado a las siete de la mañana de ese mismo día un poco pasado de copas. Estuvimos tomando vodka dentro del local mientras cerrábamos, ese mismo lunes. Además, don Antonio no me había dado indicaciones sobre a qué hora ir a casa del fotógrafo, por lo que decidí llegar de noche, para tener así mayor probabilidad de encontrarlo y de paso darme tiempo de aliviar mi cruda.

Por lo pronto tenía mi boticario de cabecera, con todo y la certeza de encontrarlo en su cuarto, desde que podía oír su música de salsa, a la que había acabado por acostumbrarme a cambio de favores como el que estaba a punto de pedirle. Fui y toqué a su puerta.

—¡Qué tal! —me saludó efusivamente al recibirme—. La música, verdad, ya le bajo, no se preocupe.

—Loco, ¿no tendrás algo para el dolor de cabeza?… Ya no lo aguanto.

—Creo que… A ver, espérame tantito… —dijo el boticario antes de ir a su cama, debajo de la cual sacó un maletín polvoso color negro—. Tengo éstas —dijo al regresar.

Era una cartera plateada con lugares para 12 pastillas, de los cuales sólo cuatro estaban ocupados.

—¿Qué son?

—Tú tómatelas… Te van a gustar, vas a ver. Después hasta vas a venir por más.

—¿Sí son para el dolor de cabeza?

—Curan todo.

—¿Cuántas me tomo?

—Con una tienes… Pero llévatelas todas. Cortesía de tu vecino de lujo.

—Ah, gracias.

Tomé primero una. Esperé unos segundos. El dolor seguía ahí. Tomé luego otra. Nada. Por fin me pasé las dos restantes y salí a la calle con todo y mi dolor de cabeza invencible. Pasé a la tienda y compré dos aspirinas y una Coca-Cola. Tomé ahora éstas esperando que me hicieran mejor efecto que las anteriores.

Eran ya las siete de la tarde cuando iba yo en taxi camino a la casa del fotógrafo. Aquel lunes temprano se puso una luna rojiza y el aire parecía estancado. El cielo tenía el color bermejo del ocaso. El dolor de cabeza seguía presente.

El lugar estaba en el segundo piso de un edificio de departamentos muy angosto pero bonito, color hueso, con muros de cal y ladrillos en los marcos de cada una de las ventanas, lo cual le daba ese tono bohemio. El cancel de la entrada estaba cerrado, así que no me quedó más remedio que timbrar. Afortunadamente iba bien vestido. Unos *jeans* y una camisa de seda con tractorcitos estampados.

Parado frente al edificio de pronto sentí un profundo mareo. El dolor de cabeza por fin se había ido.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó una anciana que había salido del primer departamento.

—Vengo con Alfredo Medina, me dijo que viniera a recoger unas fotos.

—¿Lo conoce?

—Sí.

—¿Es del periódico?

—No, tomó unas fotos en la fiesta de mi patrón y él me mandó a recogerlas hoy —aún no terminaba de decir esto cuando supe que había cometido una imprudencia. No sabía lo que me pasaba.

—Porque le dejaron unas notas en el suelo los del periódico, que lo vinieron a buscar. Ha de haber sido en la mañana, yo no estaba. Si quiere pase, sirve que usted se las sube; yo ya no puedo subir escaleras y menos éstas, tan empinadas. Lo dejo pasar porque se ve buena persona, nomás… Nunca dejo entrar a nadie.

—Gracias.

La anciana entró a su cuarto en lo que yo subía las escaleras, las cuales comenzaron a pandearse y expandirse, dificultándoseme sobremanera la tarea de colocar mi pie en cada escalón.

Toqué a la puerta. Nadie respondió. Lo intenté una y otra vez y nada. Decidí esperarlo sentado en las escaleras, ya que no deseaba

volver al otro día. Sudaba copiosamente. La planta baja me parecía un precipicio desde mi ubicación, donde pronto me vi rodeado por una calurosa niebla color morado que invadía poco a poco el segundo piso. Figurillas de barro con forma de leopardos, monos y tecolotes incrustados en las macetas se despegaban de sus lugares y pasaban corriendo a mi lado, mientras que las enredaderas comenzaron a crecer frente a mis propios ojos.

Estuve por unos minutos sentado ahí cuando de pronto escuché un ruido proveniente de dentro, luego música vaquera, más específicamente la conocida como tambora, una versión bastante dura de *El muchacho alegre*, debo decir, y que precisamente era la versión que a mí se me hacía más bonita y que más recuerdos me traía de mi tierra.

Supuse que Alfredo Medina había esperado que me fuera para poder regresar a sus labores sin preocuparse de que alguien notara su presencia dentro del departamento. En tal caso, al asomarse por el ojo de pescado no hubiese visto a nadie, puesto que yo me encontraba sentado a un nivel lejos del alcance de la mira. Insistí ahora con más fuerza. Nadie me abrió. Como ya he dicho, no pensaba regresar al otro día. Lo intenté de nuevo. De nuevo nada.

He de decir, sobre todo con el fin de justificar mi acción, que tenía muy presente el grado de compromiso que había requerido de mí don Antonio al pedirme este encargo, con quien, cabe aclarar también, yo me sentía muy agradecido y deseoso de retribuir sus favores pero sin caer en la mariconada. Además, como ya he dicho, no quería regresar al otro día.

Había que enfrentar las cosas de una vez, por lo que decidí tumbar la puerta. Así de fácil. Como en las películas. En la práctica esto no fue tan fácil. Tomé la única vía posible, la cual era los tres pasos que iban de la pared a la puerta, donde estrellé mi hombro. En el primer intento sólo la logré hundir un poco dentro del marco. Con el segundo, más determinado, se vislumbraba ya el próximo vencimiento de la chapa. Volví a tomar viada para lo que sería el tercer intento, me abalancé hacia la puerta, ahora sí dispuesto a

tumbarla de una vez por todas, cuando de pronto ésta se abrió con rapidez, presentándose frente a mí un individuo verdoso, de pies zambos y pinta de duende, con todo y su sonrisa grotesca plantada en la cara, la cual, desde la primera vez que la vi, supe que era la de uno de esos puercos que rotulan con su excremento los baños públicos. Uno de esos puercos que abusan de sus hijastras. En pocas palabras, uno de esos puercos con los que hay que lidiar.

Su sonrisa me pareció macabra desde el primer instante, pero lo fue aún más para mí cuando pude ver lo que le hacía tanta gracia, pues su júbilo era debido precisamente a mi inminente encuentro con el cuchillo de cocina en su mano, el cual esperaba mi abrupta llegada. El duende se plantó bien y aguantó el impacto. Se mantuvo tieso con su sonrisa tétrica y su cuchillo de cocina ensartado en mi estómago y girándolo sobre su eje, al tiempo que me decía al oído: «Si no te mueres por la fileteada te mueres de sida, puñal, éste es el mismo con el que piqué al que está adentro, y me cae que era sidoso».

El muchacho alegre seguía sonando a todo volumen pero ahora con un tono más psicodélico e interminable, según me parecía, mientras que la atmósfera, toda, aparecía ya de color morado.

Al ver mi vientre no podía creer que tuviese un cuchillo ensartado en el estómago. Sencillamente no lo podía creer. El duende no se veía ya por ningún lado. Había desaparecido. Como era obvio, dentro del departamento se encontraba un cadáver tirado boca abajo sobre un charco de sangre, al mero pie de la puerta.

—¡Asesino! —escuché un grito chillante justo a mi lado.

Yo seguía junto a la puerta.

—¡Policía! ¡Policía!

Era la bruja de abajo; supuse que había sido ella también quien había hecho subir la temible niebla morada que despertó a todas las criaturas a mi alrededor. Me cagué de miedo en serio y salí de ahí aún con el cuchillo ensartado en mi estómago.

Había leído lo que era el sida en una de las revistas de *Selecciones* y el tema me tenía francamente preocupado, incluso

más que el chorro de sangre que brotaba de mi herida como bebedero para vampiros.

Otros se hubiesen desmayado ante la perspectiva de aquel desangramiento profuso y constante, pero mis huevos bien puestos de siempre y mi ágil instinto de supervivencia me permitieron tomar la decisión que salvaría mi vida, impulsándome a salir inmediatamente del edificio en busca de un taxi antes que esperar a la ambulancia, a la cual nadie parecía estar llamando.

Afuera, la luna no era ya el único elemento color rojo en el firmamento; el cielo, de igual manera, se hallaba infectado de aquel macabro esmalte, lo mismo que mis manos. Era obvio que yo jamás debí haber salido esa noche; sin embargo, y como muestra de que Dios en ocasiones llegaba a abogar por mí, tuve la suerte de encontrar un taxi estacionado tan sólo unos metros colina abajo.

—Al hospital más cercano —ordené.

El taxista tenía el ya clásico parecido con Sadam Hussein.

—¿Qué traes? —me preguntó, sacando su mano y tomándome del brazo justo antes de abordar su taxi.

—Nada —le respondí.

—No, ¿qué es eso?

—¿Esto?

—Sí.

—Sangre… Me voy a morir.

—Me vas a ensuciar los asientos.

—Por favor, tengo prisa, hermano… —le decía, con mis brazos recogidos por el intenso frío y mis piernas tambaleándose—. ¿Cuánto valen tus asientos?… Traigo 2000 pesos ahora mismo —era verdad; desde que ganaba buen dinero siempre cargaba con esa cantidad en la billetera.

—Una prueba: el equipo de la liguilla más puto de todos…

—Los Tecos —adiviné.

—Es verdad —dijo el taxista, meditabundo—. Estaba pensado en el América, pero es cierto, los Tecos son doblemente putos… Súbete.

—Gracias.

—¡No!… ¡Espérate!

—¿Qué?

—¿Tú qué eres?

Dentro de su chamarra de mezclilla se alcanzaba a asomar un cuello con franjas color mostaza sobre una tela sintética color azul marino.

—Pumista, qué más…

—Súbete, cabrón, que nos vamos.

6

—¡Pero cómo quieres que no me esponje si por salvar a un par de maricones terminé con un puñete ensartado en el estómago, a punto de contraer el sida, y de pilón señalado como sospechoso de asesinato!

—¡Bah!… No te preocupes, nunca te van a encontrar —me dijo el abogado de don Antonio, de visita en el hospital y ocupado en la labor de tranquilizarme.

—Eso lo sé bien, pero aun así estoy encabronado; yo qué necesidad tenía de meterme en este enredo y todo por el motociclista ese.

—A eso mismo vengo, te vengo a avisar que don Antonio te va a compensar por todo; tú sabes cómo es él de agradecido… Por lo pronto necesita que le hagas otro favor más.

—No.

—¿Cómo de que no?

—¿Realmente necesitas que te lo explique? —No.

—A mí solamente me interesa mi compensación; si me quiere correr por mí está bien.

—Espérate, espérate, cálmate… Para empezar quiero decirte que don Antonio te tiene fe. Tiene mucha fe en ti. Te ve como su mano derecha, dice que le caíste del cielo. Que eres un soldado. Que eres *su* soldado.

—Sí, sí, y eso qué.

—A él no le pesa tratarte bien. Ya me dijo. Y si le haces este último favor tú ya ni siquiera vas a tener que preocuparte por trabajar en la entrada todos los días. Es más, vas a tener suficiente

dinero como para regresar al sur con tu familia si quieres… Tú sabes…

—¿De cuánto estamos hablando?

—Diez mil ahora mismo, 20 000 ya que termines tu trabajo, y después lo que venga.

—Viene de ai. ¿Qué quiere que haga?

—Quiere que le encuentres al individuo que te hirió.

—¿El Duende?

—El que estaba dentro del departamento… Dice que tú vas a saber dar con él. Por lo pronto aquí te traigo unas copias fotostáticas que logré conseguir de un paquete de fotos encontrado en el departamento de Alfredo Medina el día de su asesinato. El departamento estaba patas pamba cuando llegó la policía; al parecer el asesino buscaba lo mismo que tú… De pura suerte la policía encontró el paquete escondido en el refrigerador… Como puedes ver, ésta es la foto de don Antonio besándose con Braulio. Es la que más llama la atención, por eso es que está detenido don Antonio, además de que la gente que te vio salir del departamento te identificó como su empleado… Tomás, ¿estás seguro de que tú no mataste a Alfredo Medina?

—Ya te dije que no, que fue un duende maldito el que hizo todo esto.

—Pudo haber sido Alfredo actuando en defensa propia.

—¡Pues no lo fue, cabrón!

—Está bien, está bien… Don Antonio sólo quiere que des con él y que me avises… Entonces qué, ¿le entras?

—Caite, cadáver… —le dije, con una sonrisa y mi mano derecha extendida hacia él. De inmediato el licenciado abrió su maletín, de donde sacó un sobre, el cual me entregó.

—Cuéntalo.

—No, está bien.

—Por lo pronto aquí te dejo este juego de copias; también te dejo este celular. Tiene crédito. Éste es el número de mi casa y este otro es el de mi celular. Necesito que me tengas al tanto… El doctor

me dice que en unos tres días más vas a poder salir.

—Antes de que se vaya, puede pasar por favor a un negocio que se llama Jugos y Tortas el Yucateco… Está sobre…

—Sé cuál dices… ¿Qué quieres que diga?

—Dígales que estoy aquí… Quiero que me venga a visitar alguien.

El abogado cerró su maletín y salió de la habitación. Tomé el paquete de copias y las inspeccioné. Éstas eran, como era obvio, a blanco y negro, opacas y difusas. La primera era la copia de la fotografía de Braulio besándose con don Antonio frente al pastel de cumpleaños de éste. De ahí le siguieron más fotos del cumpleaños de don Antonio. Después había una serie de retratos de lo que parecía ser un festival en una escuela para personas especiales. Por lo visto la festividad se había llevado a cabo dentro de lo que era un amplio salón, quizás una cancha de basquetbol. Los alumnos posaban junto a sus familias mostrando lo que parecían ser los frutos de todo un año en el taller de manualidades. Desde canastas de mimbre, manteles de algodón con bordados y lentejuelas, acuarelas, figuras de escayola, ollas de barro, sillas de madera, hasta diversos adornos de herrería. Siete fotografías en total, tomadas desde distintos ángulos, habían sido dedicadas a una sola mesa. Detrás de ésta una joven de aspecto lúgubre y demacrado, indiferente al evento y al mundo entero, aparecía acompañada de su familia. Su mesa exhibía una gruesa carpeta de estambre, la única en todo el lugar. La joven estaba acompañada por los que parecían ser sus padres y un hermano. La madre era obesa, con cara de polvorón y un falso semblante de madre abnegada. El padre era un tipo alto de bigote. El hermano tenía una gran cabezota blanca, dentadura de castor y mejillas amplias. Estuve un largo rato observando repetidamente este último grupo de fotos. Intentando capturar cada detalle. Retrocedí varias fotos hasta llegar a la que había sido tomada cerca del escudo escolar. Las siglas del instituto eran Cecate. Centro Especial de Capacitación Técnica. Hacia allá iría una vez que me dieran de alta.

Por la noche volví a soñar con Sandy, con su cutis terso y suave como una gardenia, su cabello color caoba y sus ojos de jade. Su voz, no dulzona, sino más bien seca y grave. De sus rasgos nada. No podía evocarla en conjunto, seguían llegándome sólo destellos de su belleza. Las ganas de volver a verla me impulsarían a llevar a cabo con tozudez la misión que se me había encomendado.

Al siguiente día, por la tarde, recibí la visita de Alma y el Yuca. Se dieron una vuelta al hospital luego de cerrar temprano. Me sentí obviamente halagado por el esfuerzo.

7

Fin de curso. Ya se anunciaban las inscripciones para el siguiente semestre. Me encontraba frente al centro de capacitación especial, el cual se hallaba cerrado. Al parecer tendría que esperar todo un mes si quería aspirar a la oportunidad de echar un ojo a las Estas de alumnos. Desilusionado, di media vuelta en dirección a la parada de autobús cuando vino a mí un silbido proveniente de las instalaciones de la escuela. Quien lo hacía silbaba *La cama de piedra*. Me acerqué al barandal y me asomé volteando en todas direcciones. No veía a nadie. Claro, no se podían ver en su totalidad el patio y la explanada, me los tapaba el primer edificio. De pronto pude escuchar una llave de agua abrirse y después el sonido de una regadera giratoria. Estaba seguro de que había alguien dentro.

—Disculpe… ¡Señor!… Buenos días… Buenos días.

En eso salió un anciano con cara de mal humor metido en un sucio mono color caqui.

—Buenos días —repetí.

—Buenas —contestó, con desconfianza.

—Señor, vengo a preguntarle: ¿usted conoce a los alumnos de esta escuela?

—Más o menos… A casi todos…

—Tengo que entregar unas fotos que tomé el día de la exposición, sólo que al parecer se me perdió la dirección y el nombre de una alumna.

—¿Qué exposición?

—Me refiero a la festividad.

—¿Cuál festividad?

—La graduación.

—¿Graduación?… Has de querer decir la fiesta de fin de curso.

—¡Ésa!

—Sí, sí… A ver, quién es, pues.

De la bolsa trasera de mi pantalón saqué las siete copias dobladas en cuatro partes todas juntas. Las desdoblé y las entregué al anciano.

—Es la misma familia —le aclaré.

—Son copias —dijo el viejo, mientras miraba las copias con desconfianza.

—Lo sé. Son para no maltratar las originales. ¿Los conoce entonces?

—Sí, sí; esta muchacha falta mucho. No la veo tanto pero sí la conozco. Se apellida Barbosa. Julieta Barbosa. Los conozco a todos, los llaman por la bocina cada que vienen por ella. De milagro que me acuerdo porque yo creo que ésta ha venido nomás unos 15 días en todo el año. Casi no habla tampoco pero se ve que es buena muchacha.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Julieta Barbosa entonces.

—Su papá se llama Wilfrido Barbosa.

—No debe haber muchos Barbosa en el directorio telefónico, ¿verdad?

—Yo creo que no.

Pasaban de las seis de la tarde. Había más hombres que de costumbre afuera de la puerta de mi cuarto. Permanecían callados, fumando, recargados sobre el barandal del pasillo. Supuse que tenían un pedido importante que entregar. Al verme, uno de ellos entró a su cuarto rápidamente.

Saqué mi llave y me dispuse a entrar. A los segundos alguien tocó a mi puerta. Abrí. Era el encargado de la pensión. Al parecer había salido del cuarto de enseguida. Era un tipo grande, con nariz de mono násico, cabello lacio, moreno y con una barriga que

colgaba fuera de su camiseta blanca.

—Estuvo aquí la policía —dijo, con tono seco y rostro inexpresivo.

—¿Ah, sí?… ¿Qué querían?

—Vinieron por ti… Nos estás dando problemas. Se supone que si estás rentando aquí es porque eres una persona tranquila.

—¿Qué me dices de los de enseguida?… Apenas se puede dormir con el ruido a todas horas.

—Está bien, está bien, pues; lo único que quiero es que no me traigas a la policía aquí. Hace dos días que vinieron, preguntaron por ti y los tuve que dejar entrar a tu cuarto. No preguntaron nada por el cuarto de enseguida, afortunadamente. Por lo pronto ya me obligaste a tener afuera de la pensión gente para que me eche aguas cada que venga la patrulla. Estos que están afuera del cuarto también me avisan. Ya tuvimos dos falsas alarmas en las que tiramos todo el producto. Vas a tenerme que pagar por los daños.

—¿Estás bromeando?

—Sólo te estoy pidiendo una compensación por los daños que tú provocaste.

—¿Por qué no pasas al cuarto a cobrármelos de cerquita?… Si quieres invita a uno de tus amigos de ahí afuera —evidentemente era gente desnutrida y desmoralizada; poco hubiesen podido hacer.

—Te la voy a dejar pasar por ahora, pero nomás espero que no te metas en más problemas.

—Una cosa más: si me llego a enterar de que alguien se vuelve a meter en mi cuarto sin mi consentimiento, juro que tu negocio se viene abajo. De eso me encargo yo, ¿sale?

—No te preocupes por eso —dijo el narigón antes de dar media vuelta e irse.

Inmediatamente fui en busca de mi ahorro, el cual colocaba enrollado dentro de una de las patas tubulares de mi cama. El rollo de dinero seguía ahí. Coloqué dentro parte del dinero que me había dado el licenciado, me di un baño, me cambié y salí otra vez.

8

Al día siguiente me encontraba temprano en el negocio del Yuca. Éste apenas iba subiendo la cortina de metal.

—Yuca, necesito el carro… ¿No lo van a usar hoy?

—Cálmate, cálmate, Sinaloa; ¿ya te dieron de alta?

—Ya. Tengo un encargo muy importante que hacer. Voy a ir al bote si no. Es urgente, Yuca.

—Sí, sí, está bien. Las llaves las tiene Alma, deja se las pido.

El Yuca fue con Alma y al cabo de un rato estaba de regreso con las llaves. Las tomé de su mano.

—No le va a pasar nada, hermano, te lo juro.

—Está bien, no te preocupes. ¿Estás en problemas?

—Más o menos. Luego te cuento, hombre. ¿Por cuánto tiempo me lo puedes prestar?

—Aquí tengo el de la Alma, no te preocupes.

—En dos días te lo entrego con el tanque lleno.

Toqué a la reja con una moneda de 10 pesos. No tardaron mucho en contestar.

—¿Sí?

Se asomó por la puerta la señora de la foto. Esta vez iba vestida con una delgada y calurosa bata de poliéster con motivos de jacarandas estampados. Llevaba su cabello húmedo, y una gruesa capa de maquillaje rosado se esforzaba por contener un inminente deslave de sudor que próximamente correría por todo su rostro. Se notaba que acababa de bañarse, y que sin embargo ya estaba sudando como un marrano. En fin, una de esas personas que mientras más se bañan, más sudan.

—Buenos días, señora.

—Buenos días —me contestó, con cara de ansiedad, mientras se limpiaba el sudor del bigote con un dedo.

—¿Se encuentra la señorita Julieta Barbosa?

—Yo me llamo Julieta, soy *de* Barbosa.

—No, no. Al parecer me refiero a su hija.

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo del Centro Especial de Capacitación Técnica. Me enviaron para buscar la manera de resolver el problema de ausentismo que impidió que su hija completara el curso de manera satisfactoria.

—Mi hija aprobó.

—Lo sabemos, es sólo que queremos buscar soluciones para que esto ya no se repita.

—Pase, pase, mi amor —me contestó de pronto edulcoradamente.

Entré a una pequeña sala tan recargada como la fachada de la casa. El lugar despedía un aroma cítrico proveniente del suelo. Podía ver mi reflejo en la loseta. Una amplia vitrina recargada contra una de las paredes exhibía una serie de figuras de resina y porcelana en los dos travesados inferiores, mientras que el que le seguía sostenía una colección de platos artesanales. En el último travesaño se encontraba una serie de portarretratos cuyo común denominador era el muchacho de la cabeza grande, hermano de Julieta Barbosa. En la mayoría éste era apapachado por una gran cantidad de muchachos de su edad, hombres y mujeres, presumiendo todos juntos a la cámara una felicidad desbordante por medio de traviesas muecas, sonrisas pícaras y poses juguetonas.

El resto eran fotos de familia en las que Julieta brillaba por su ausencia. En la pared opuesta colgaba una cruz con un cristo clavado en ella, enseguida se encontraba una fotografía enmarcada de Juan Pablo II y luego un reloj de pesas.

Me senté en uno de los sillones antes de que la señora me lo pidiera. Ésta había pasado de la evidente molestia posada en su rostro a un gesto lastimero y piadoso.

—¿Gustas un vaso de agua de limón, mi hijito lindo? —me preguntó la señora, con un tono cada vez más y más empalagoso.

—No, gracias.

—¿No tienes calor, amor?

—La verdad, no.

—Ay, yo mucho… Bueno, ¿me decías, corazón?

—Sí. Le comento que estamos pensando en abrir próximamente el turno vespertino y venía a ver si la opción no le interesaría. Como le digo, hemos visto el grave caso de ausentismo de su hija y he venido para ver si el turno vespertino no sería una posible solución… ¿Podría hablar con su hija?

—Ella no está.

—Pues necesitamos hablar con ella también —dije, siguiendo una corazonada.

—Creí que venían a platicar conmigo —me replicó, mientras algunas gotas de sudor provenientes de su frente comenzaron a surcar la torta de maquillaje en sus mejillas.

—¿Dónde está ella?

—Con su papá —respondió, presurosa. Los calificativos cursis habían desaparecido. La señora se encontraba visiblemente nerviosa. Decidí explotar este recurso, curioso de lo que pudiera derivarse de ello.

—¿Dónde está él?

—En su trabajo. Tenemos una cremería.

—Necesito hablar con ellos dos también; creo que voy a tener que regresar más tarde. ¿A qué horas irán a llegar? —pregunté. Definitivamente tenía el sartén por el mango. La señora se notaba hecha un manojo de nervios.

—Julieta no vive aquí.

—¿Cómo que no vive aquí? ¿Con quién vive?

—Sola —me contestó, soltando la sopa poco a poco.

—Señora, eso es imposible; Julieta no puede vivir sola… Usted lo sabe…

—Sí puede, nosotros le llevamos comida todos los días… Así es

como ella quiere. Así es como a ella le gusta. Así es como vive más a gusto. ¿No se lo dijo?… ¿Qué no es por eso que estás aquí?… Sé que es una visita sorpresa… —dijo la señora con tono altanero—. Sé que ella fue a quejarse con ustedes. Sabemos que se hace la víctima; ¿qué creen que no sabemos?… Le gusta hacerse la víctima.

—¿Podría darme la dirección, señora?

—No.

—¿Por qué no?

—¡No me la sé! —dijo, completamente molesta—. No sé por qué Dios me castigó con esa víbora, pero una cosa sí le digo: malos padres no somos, malos padres no somos —repitió—. Si no me cree hable con Héctor, el más chico. Él se acaba de recibir de la carrera de administración de empresas en el Tecnológico, nos quiere mucho a los dos, tiene amigos, es inteligente, no se droga… No se imagina lo mucho que me ha hecho sufrir ese alacrán, la de insultos y vergüenzas que me he llevado por ella… Es grosera, mala, viciosa, cochina… A Julieta nunca la voy a perdonar… No importa lo que ustedes me vengan a decir —y la señora comenzó a chillar a moco tendido.

—Cálmese —y la abracé, intentando tranquilizarla; sin embargo, la señora estaba inconsolable. Su espalda se agitaba por los sollozos mientras yo ponía mi brazo encima, el cual se empapó de sudor al contacto.

—Nosotros comprendemos que es difícil, lo sabemos; no me mandaron para denunciarla. Al contrario, queremos resolver las cosas —dije—. Necesito hablar al menos con su marido. ¿No sabe a qué hora llega él?

—No tarda en llegar. Viene a comer y se vuelve a ir —me informó la madre abnegada aquella, completamente ensopada en sudor, con un caldo color rosa escurriéndole de las mejillas y en medio de un ataque de hipo.

Inmediatamente después se abrió un silencio abismal entre los dos. La incomodidad de la situación hizo a la señora Barbosa levantarse en dirección a la cocina.

—Con permiso, tengo que ir a cocinar.

—Señora… —la llamé.

—Mande.

—Su hijo… ¿No está él?

—Él está arreglando lo de su titulación. Pobrecito mi hijo, está muy ocupado, lo traen a vuelta y vuelta al pobre.

—Ya veo.

Estuve cerca de una hora ahí sentado esperando no sé qué cuando de repente sonó el teléfono a mi lado. La señora Barbosa salió disparada de la cocina secándose las manos en su delantal. Pronto llegó a mi lado y cogió la bocina.

—¿Que estás en dónde? —gritó—. ¿Qué estás haciendo en los separos?… ¡Qué!… ¡Pero por qué!… No, no, no… ¿Por qué me haces esto, Wilfrido? ¡Me van a matar ustedes! —bramaba la doña —. ¡Ay, no!… ¿Qué quieres que haga?… Sí… sí… sí… Pero no sé cómo llegar… Está bien… ¡Ay, no!… ¡No me vengas con eso, Wilfrido!… Voy para allá —y colgó.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—¡Metieron a mi marido a la cárcel!… ¡Cuántos problemas! ¿Dios mío, qué voy a hacer?… ¡Dame fuerzas, Dios mío, dame fuerzas!… Ay, no, no, no.

Siempre he pensado que hay diferentes maneras de lidiar con los problemas; aparentemente una de ellas es ponerse a gritar como loco.

—¿Quiere que la lleve? —me ofrecí, diligentemente.

—Ay, chiquito, ¿no sería mucha molestia, mi vida? Es que no tengo carro, corazón. Iba a tomar un taxi, amor mío —y la miel regresó a sus palabras.

Subí al carro del Yuca y encendí el motor, en lo que esperaba a que saliera la señora Barbosa. Estuve esperándola unos cinco minutos hasta que apareció con un bolso de piel sintética color guinda y una nueva capa de polvo blanco y rubor.

—Al parecer se defendió de un asaltante… ¡Ay, no, Dios mío! —fue toda la explicación que la señora Barbosa me dio camino a los

separos. El resto del trayecto la señora Barbosa lo dedicó a bramar más palabras sin sentido dirigidas a Dios. Mientras tanto yo manejaba completamente aturdido. Hasta la fecha no he conocido vieja más teatrera y falsa, debo decir.

Por fin llegamos. Los oídos me zumbaban por los gritos de la doñita. Al pasar por la puerta de la comandancia aminoré la marcha, en busca de un lugar donde estacionarme, fue en eso que la señora Barbosa descendió del vehículo sin ni siquiera darme las gracias.

—¡Voy por ti, Wilfrido! ¡Voy por ti! —gritaba la señora, corriendo por la acera como un elefante asustado. Por mi parte, yo me encontraba en la boca del lobo, de eso no cabía duda. Me decidí a entrar, fiado en la máxima de don Leo: «Tú preocúpate cuando no la debas».

Una vez dentro, me esmeré en actuar de forma natural, sin temor de ver a las personas a los ojos. Pronto divisé a la señora Barbosa chillándole a una mujer policía parada detrás de un enorme buró de madera.

—No se dejen llevar por la apariencia, ¡somos pobres! De dónde vamos a sacar tanto dinero… ¡No porque me vean bien vestida crean que me sobra el dinero!

—¿De qué se le acusa? —intervine, y en eso el cuerpo de la señora Barbosa cayó sobre mí, abrazándome y reclinando su cabeza mojada sobre mi hombro. Podía sentir gotas de sudor escurriendo de su cabeza a mi espalda.

—Le clavó un cuchillo a un lado del corazón a un individuo de nombre… —y en eso bajó la mirada para leer el informe en sus manos— Benito Esparza López.

—¡Pero fue en defensa propia! ¿Que no entiende? ¡Lo tienen que dejar salir! ¡Él sólo se defendió!

—Eso no es lo que nos llegó a nosotros, señora. Aún estamos haciendo las averiguaciones, pero los testigos afirman que su esposo arrolló primero con su *pick up* al señor este que iba en su moto, y que de ahí se bajó, sacó su cuchillo e hirió de gravedad a esta

persona.

—Señorita, disculpe; una cosa más: podría decirnos, por favor, dónde ocurrió esto —pregunté.

—A ver… Sí, calle Cuautla, entre Valladolid e Izúcar, en la colonia Buenos Aires Norte.

—Muy bien.

—¡No puede ser! ¡No puede ser! —volvió a gritar la señora.

—Le sugiero que se calme, nada le va a pasar a su esposo; lo único que le queda a usted es hablar con su abogado. No hay nada más que hacer —advirtió la mujer policía.

—La señorita tiene razón —agregué—. ¿Ocupa que la lleve a algún otro lado?

La señora Barbosa no me contestó. Simplemente se quedó ida, situación que aproveché para liberarme de ella gradualmente hasta salir de ahí. Volví al carro y lo puse en marcha camino a la dirección indicada.

Era apenas mediodía. La tierra, suelta y seca por el sol, se veía impulsada por los aires con el paso ruidoso de los vehículos circulando a toda velocidad. Aquella colonia estaba compuesta por un grupo de cerros terrosos salpicados por los colores chillantes de los grandes anuncios de almacenes invitándote a endeudarte. Obras negras, rosticerías, carretas de tacos, talleres mecánicos y pequeños comercios esparcidos aquí y allá.

Estacioné el carro entre las calles mencionadas y me apeé en busca de alguien que me diera información acerca de esta persona de nombre Benito Esparza López. Cerca del lugar se encontraba una tienda de abarrotes. Entré a comprar una cajetilla de cigarros.

Era un local saturado de mercancía, el cual en otros tiempos había fungido como sala de una vivienda modesta. Aquel hogar se había tenido que replegar unos metros hacia atrás para ceder lugar al negocio de la familia. Detrás del mostrador se encontraba una señora curtida por los golpes de la vida, de rasgos antaño bellos, mirada dura y carácter ameno.

—Una cajetilla de Marlboro rojos, por favor. Ahí le va —dije,

deslizándole un billete de 50 por el mostrador—; quédese con el cambio… ¿Usted no sabrá dónde vive un tal Benito Esparza?

—¿Benito Esparza?… ¿El Duende? —sentí un paro en el corazón. Estas últimas palabras me cimbraron, dejándome sin habla por un momento.

—Sí… El Duende.

—Ése no tiene casa… Vive en un picadero que está aquí, a dos cuadras, pero casa no tiene… El que tiene casa es su mujer, la Ramona, el joto de enfrente. ¿Por qué?… ¿Para qué lo ocupa?

—Me debe un dinero.

—Ah, pues cóbrele a su nalga. Es el que lo mantiene. Cóbrele. Ahí debe de estar. El Duende está en el hospital. Precisamente hoy por la mañana se le andaba acabando el corrido por andar de mayate con un niño hijo de papis. El papá vino y le sacó un cuchillo. A un ladito del corazón se lo ensartó. Tiene siete vidas el cabrón. Ha recibido no sé cuántos cuchillazos ya.

—¿Ah, sí?… Cuénteme más.

—Sí. De eso vive, de andar picando maricones. Antes de que el Ramón se descarara, éste y el Duende eran uña y mugre. Incluso andaban con muchachas de por aquí. El Ramón anduvo con la Margarita, la muchacha que vive a dos casas. Los dos le ponían al cristal y tumbaban carros en ese tiempo, sólo que la Ramona cayó muy feo en el vicio cuando se le murió su mamá. Doña Chabelita, buena gente ella. Se le murió su mamá y la Ramona perdió el juicio. Andaba en calzones por la calle, con el culo cagado, tirado en la banqueta. Bien feo. Para ese entonces le comenzó a brotar lo joto. Creo que el Duende lo hizo joto una vez que se aprovechó de él mientras la Ramona estaba ido en el avión… El Duende está bien enfermo. Por ahí dicen las malas lenguas, y la mía que no es tan buena, que allá en Veracruz una marrana parió un cerdito con cara y manitas de bebé que dicen que era de él… Porque esa maña tenía en su rancho éste, de meterse con los animales… Hasta que un día la Ramona de pronto llegó bien vestido. Vestido de hombre, eso sí, con su bigote y toda la cosa, pero más amanerado que nunca.

Andaba tirando cristal, iba a una academia de belleza para aprender a cortar el pelo, comenzó a arreglar su casa, fue a clases de inglés. Quién sabe qué le pasó… El chiste es que así llegó. Regenerado. Ya después que hizo dinero tirando, puso el salón de belleza en su casa, la arregló, le puso todas esas molduras y mármol que ves ahí, y ahora hasta clases de inglés da, aunque ni sabe, nomás le inventa. Pero es buena onda la Ramona…

—Creí que este Duende era sinaloense.

—¿Quién le dijo eso?

—No, nadie, yo pensé. Por sus gustos musicales.

—Sí, ya sé, hasta se viste de botas y sombrero, pero en realidad es de Veracruz.

—Voy a ir a casa de este Ramón. No me queda de otra.

—Vaya, vaya, la Ramona es buena gente. Él le va a ayudar.

—Vuelvo en un rato más.

—Ándele, aquí lo espero.

Tan pronto salí a la banqueta, estaba ya marcando al celular del licenciado.

—Sí, ¿bueno?

—Licenciado, soy yo, Tomás.

—Sí, ¿qué pasa, Tomás?

—Necesito que deje de hacer lo que está haciendo y busque, internado en algún hospital, a un individuo de nombre Benito Esparza. ¿Ya lo tiene?

—Espérame… Ya.

—Muy bien, necesito que me lo encuentre por favor. Es lo único que le pido, yo estoy ocupado en estos momentos.

—¿Quién es esta persona, Tomás?

—¡Es el Duende! El Duende en la casa de Alfredo Medina.

—Pero ¿cómo lo encontraste? ¿Cómo diste con él?

—Por las copias. El Duende acaba de ser apuñalado por uno de los individuos retratados en el paquete de copias que me entregó. Esta persona se encuentra actualmente en los separos acusado de intento de homicidio con arma blanca. Su nombre es Wilfrido

Barbosa… ¿Ya lo apuntó?

—Ya.

—Es todo lo que tengo hasta ahora, licenciado. Eso y una corazonada, nada más. Por lo pronto necesito que me ubique a estas dos personas, yo todavía tengo unas cuantas cosas qué averiguar.

—Yo creo que ya te ganaste tu paga, Tomás; don Antonio se va a poner feliz cuando se entere. Si quieres yo me encargo de aquí en adelante.

—No, no se preocupe. Quiero dejar las cosas en claro. Quiero terminar lo que comencé…

—¿Y qué vas a hacer con el dinero?

—Voy a arreglar la casa de mis papás y de paso me traigo a mi novia, ¿cómo la ve?

—Te voy a recomendar, Tomás… vas a ver. Creo que ya tengo una serie de trabajos para ti.

—Nos vemos entonces.

—Cuídate.

La casa de Ramón Higuera era un castillo de betún de no más de tres metros de ancho. Con sus pilares de mármol, figuras de yeso y cúpula en el techo, parecía más tumba de narcotraficante sinaloense que casa. Afuera, en la banqueta, se encontraba un modesto anuncio de lámina soldado a un tubo de metal con un rin en el suelo como base. En el anuncio se leía: «Estética Unisex Excess».

Volví a sacar mi moneda de 10 pesos y toqué con ella el cancel de la entrada en repetidas ocasiones. No tardó en asomarse a la puerta un bigotón adamado, aún en bata de dormir, con pinta de uno de esos reporteros que se ven en los noticieros tercermundistas y que arrancan los suspiros de las señoras menopáusicas.

—¿Sí?

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—¿El señor Ramón?

—Ramón Higuera, a sus órdenes —me respondió cortésmente.

—Mi nombre es Tomás Peralta; vengo a hacerle unas preguntas

acerca de Héctor Barbosa. ¿Lo conoce usted?

—No —contestó después de un rato.

—Entonces no me deja más remedio que hablar con la policía acerca del asesinato del fotógrafo Alfredo Medina.

—¡Qué!… —gritó Ramón, como la loca que era—. ¿Mataron a mi Burbujitas?

—Su amante, el señor Benito Esparza, lo asesinó el pasado lunes 3 de julio en su departamento de la calle Mutualismo.

—¡No puede ser! —gritó, como preludio de un prolongado llanto —. ¡Maldito animal! ¡Voy a matar a ese desgraciado infeliz!… Pase, pase —dijo después de una larga pausa, aún llorando pero más tranquilo.

El salón de belleza estaba decorado con molduras de yeso, espejos, sillas de peluquero y fotos de peinados de la década de los ochenta. El lugar despedía ese olor a queso rancio, propio de los pies hediondos, mezclado con pintura para el cabello.

Ramón me ofreció una banca adosada a una de las paredes. Me senté. Él tomó asiento en una de las sillas de peluquero frente a mí.

—¿Qué me decía? —preguntó.

—Vengo en busca de información acerca de la familia Barbosa. Todo lo que sepas.

—Yo conocí al Panda en la escuela de inglés —dijo Ramón.

—¿A quién?

—Al Panda… Al Héctor, pues.

Era verdad, el gordo de la cabeza grandota tenía cabeza y cuerpo de oso panda.

—Tardó tres semestres para animarse a hablarme —continuó—. Un día se puso bien nervioso a mi lado en una de las escaleras de la escuela de inglés; de la nada me entregó su teléfono escrito en un papelito y después se fue sin decirme nada. Yo ya sabía que éste algo se traía, lo veía que se me quedaba viendo a cada rato dentro de la escuela cuando andaba junto a sus amiguitos del Tecnológico. Aun así me extrañó, porque yo eso lo detecto rápido; yo te puedo decir a kilómetros de distancia quién es jota y quién no, y yo sabía

que éste era jotísimo. Por eso me extrañó que se me acercara a mí, que era igual de jota que él. Pero luego me cayó el veinte. Lo que éste quería eran mis contactos. Quería que lo invitara a mis parís. Unos parís bien locos que yo hacía en ese tiempo. Pura gente desmadrosa venía a mi casa cada que hacía parís y éste, quién sabe cómo se enteró, pero al parecer quería que lo invitara. Total que de todos modos le marqué, porque me daba lástima verlo tan frustrado, y luego luego éste me contestó bien entusiasmado. N'hombre… Lo que pasaba era que siempre andaba rodeado de sus amigos del Tecnológico para todos lados que iba y con ésos no se animaba a alocarse… Andaba bien reprimido.

—Me imagino que sus papás no lo dejan ser joto.

—N'hombre, lo ponen por los cielos siempre que hablan de él, y si se enteran de que es puñal se le acaba la minita al Panda.

—¿De verdad le tienen tanta fe?

—¿Nunca los has escuchado hablar de él?… Es el orgullo del señor. Cuando le hablo por teléfono me dice: «Deja ver si está despierto, lo que pasa es que está desvelado porque ayer fue a hacer tarea de equipo hasta la madrugada». «Si supiera que el Benito estuvo montando ese culo pecoso de su hijo toda la noche», me quedo pensando.

—Tú no conoces entonces a sus otros amigos.

—N'hombre, ¡qué va! De hecho, si lo veo en la calle con sus amigos del Tecnológico y lo quiero saludar, no me contesta. Hace como que no me conoce. Una vez hasta se burló. Me tuvo que rogar después para que lo dejara pasar a mi casa otra vez.

—Entonces ellos no saben que el Panda es maricón.

—Para nada. Con ellos se carga un rollo muy cachún cachún. Muy *friends*. Con ésos se quiere hacer el buena onda, el querido por todo mundo. Y cómo no, si les paga todo. Por eso lo adoran. Les paga el desayuno y también pone la cerveza cuando salen.

—¿Pero por qué? ¿Qué se gana el Panda con eso?

—Dice que relaciones para su futuro profesional… El Panda y su familia creen que esa gente le va a dar trabajo al Panda cuando

salgan de la escuela.

—¿Pero de dónde saca todo ese dinero?

—Se lo quita a sus papás, y no creas que los señores son ricos… Son de clase media; el Panda es la adoración de los dos, no así la muchacha.

—¿Qué sabes tú de la hermana del Panda?

—Lo poco que sé es que a ella le dan ataques. Está mal de la cabeza no sé por qué. Sólo sé que algo le pasó y que cuando se acuerda se pone tan grave que hasta se agarra sus partes, se encuera, grita groserías, les escupe a los señores, le grita al Panda que es joto…

—Por eso no la quieren.

—La señora no la quiere. Se asusta con ella, no le gusta oírla, por eso la sacó de la casa. Compraron otra casa para ella sola y ahí la tienen.

—¿No sabrás dónde tienen esta casa?

—No sé. De veras le hemos preguntado eso el Benito y yo, sólo que el Panda no nos ha querido decir. Lo único que nos ha dicho es que está en las afueras de la ciudad, nada más… Y qué bueno que no nos dice.

—¿Por qué?

—Lo que pasa es que el Benito está bien enfermo, quién sabe qué haría con esa información… Aunque no lo creas, la familia cuida mucho a la chica. Me cuenta el Panda que le tienen que mandar fotos periódicamente a la abuela que vive en Guanajuato, porque creo que la tiene contemplada en la herencia. Es a la única que quiere la viejita. Al Panda lo detesta. Ella fue la que le dio el dinero al bueno para nada del papá del Panda para que pusiera su cremería.

—¿No sabrás por qué el señor atacó al Duende hoy?

—Benito ahora carga la motoneta del Panda. El Panda se la dio a cuenta de las cogidas sin pagar.

—¿Cómo?

—El Benito le cobra por cogida y el Panda ya tenía varias

acumuladas. A mí me salen gratis, pero qué chingados, yo le doy de comer al cabrón. Aquí vive. El caso es que el Benito le había estado cobrando, y como a él le vale, éste le grita en la calle cada que lo ve: «¡Págame, joto!». El otro día fue al mercado, ahí donde tienen el negocio, y le comenzó a gritar así al Panda delante de todos los conocidos del señor. Creo que éste ya sospecha algo porque castigó al Panda y dejó de darle dinero, pero como el Benito no dejaba de enfadar, al Panda no le quedó más remedio que darle su motoneta como pago. Seguro que cuando el señor vio al Benito en la motoneta de su hijo se fue sobre él.

—Alfredo Medina tenía unas fotos de la familia en su departamento. Creo que eso es lo que estaba buscando el Duende después de matarlo y antes de dejar su departamento hecho un desmadre. ¿No habrá sido por ese trabajo que el Panda le pagó con su moto?

—¿Cómo eran las fotografías?

—Fueron tomadas durante una fiesta de fin de curso en la escuela de Julieta.

—No creo. Benito ya tiene bastante tiempo con la moto del Panda, además de que las fotos de Alfredo no deben tener mucho, las clases acaban de terminar.

—Voy a ir a la escuela del Panda, a ver si lo encuentro ahí. Ocupo la dirección donde tienen a esa muchacha. Creo que le sería útil al licenciado de mi patrón.

—¿Por qué le serían útiles a él?

—Mi patrón está preso, acusado de la muerte de Alfredo Medina. Me contrataron para conseguir las pruebas necesarias para su liberación.

—¿Te acompaño?

—Claro que no.

—Yo te puedo ayudar a encontrar al Panda.

—Yo no soy ningún mañoso.

—Te digo que eso lo noto a un kilómetro de distancia, no te preocupes. Deja me cambio, ¿está bien?

—Ándale pues.

—¿Gustas algo?

—No, estoy bien.

Completamente emocionado por meterse en su papel de doctor Watson, el maricón entró deprisa al fondo de la casa. Saqué de mi pantalón la copia fotostática de la familia Barbosa. Observé con detenimiento la cara de Julieta. Si bien ésta se hallaba demacrada y muy descuidada, decía algo; es decir, tenía su propia fuerza. No tenía ese tipo de rostro blando y bofo de su mamá, lo cual nada tenía que ver con el paso de los años. Julieta tampoco tenía esa nariz afilada a la antigüita, propia de la señora Barbosa; su nariz era un poco más tosca y sin embargo elegante. Al parecer la señora había heredado la totalidad de sus rasgos al Panda, mientras que Julieta se parecía a quién sabe quién. Quizás esto le gustaba a la abuela. Julieta tenía ángel, algo en ella llamaba la atención. Por lo demás, cabe mencionarlo, era evidente cómo ésta había echado por la borda gran parte de su belleza en algún momento de su vida.

Justo ahí prometí que haría algo por esa muchacha. Sentía que era una noble causa en la que me hallaba metido.

Al cabo de un rato salió Ramón. Traía pantalón de vestir color gris, una camisa de manga larga color azul y zapatos negros bien boleados. Iba bastante discreto. Al parecer intentaba no incomodarme.

—Yo le presenté al Panda a Alfredo —me iba platicando Ramón camino al Tecnológico—. Él iba mucho a los paris que yo hacía. Alfredo también es maricón pero aun así le gustó al Panda… Quién sabe por qué.

—¿Conoces a don Antonio Valdez? El dueño de la disco Mondo Bizarro.

—Sí, creo que era amigo de Alfredo, ¿no?

—Él es mi patrón. Fue a él a quien culparon por el asesinato.

Subíamos y bajábamos más cerros polvosos de colonia popular hasta adentrarnos por una zona llana ocupada por fábricas y bodegas. Basura por todas partes, puestos de comida grasosa,

tianguis con mercancía china, talleres mugrosos. El asfalto descuidado de las calles nos jugaba malas pasadas con sus cráteres y depresiones, poniendo a prueba la fragilidad de nuestros vehículos de segunda mano adquiridos en Estados Unidos.

Al llegar al Tecnológico le pedí de favor a Ramón que me esperara en el carro. La escuela aún se encontraba abierta y con todo el personal administrativo en sus instalaciones, además de uno que otro alumno arreglando sus asuntos escolares en las oficinas, deambulando por los pasillos y otros en la cafetería. Entré al edificio administrativo pero ni señas del Panda. Salí y busqué por todo el campus y tampoco.

Una vitrina ubicada en uno de los pasillos del plantel resguardaba un cartel pegado sobre una superficie de corcho en el que se felicitaba a la generación egresada. En él estaban los nombres de los estudiantes graduados de las distintas carreras. Fui en busca de los de la carrera de administración de empresas. Ahí mismo se encontraba el nombre de Héctor Barbosa Osuna.

Unos metros adelante del primer cartel estaba otro con una serie de fotografías de una obra teatral. Una bola de mamones es lo que eran. Al parecer representaban *Vaselina*. Ahí estaba el cabezón de la foto con Héctor Barbosa interpretando a Danny Zucco. En estas fotografías aparecía radiante, con sus ojos llenos de vida, soñado con su chamarra de cuero y la coreografía ensayada. Un rostro a años luz de distancia de aquel en el festival de la escuela de su hermana.

—Se nos va el Panda, no puede ser… —dijo una voz a mi lado, al verme escudriñando a aquel Danny Zucco regordete.

—¿Lo conoces?

—Ps claro, yo soy éste —dijo orgulloso y señalando con su dedo a otro menso bailoteando con los brazos al aire, a unos cuantos centímetros del Panda en la fotografía—. No puede ser, yo no sé qué va a ser de esta escuela sin él —dijo el muchacho a mi lado, suspirando.

—¿Por qué? ¿Qué hacía?

—Cómo que qué hacía… ¿No lo conociste o qué?

—La verdad, no; solamente me quedé mirando su foto porque me llamó la atención.

—¿En qué planeta vives?

El deseo de estrangular al muchacho a mi lado me provocaba un cosquilleo en las manos.

—El Panda ha sido el más buena onda que ha habido en la escuela. Súper buena onda —recalcó—. Nos disparaba el desayuno a todos, no le importaba el dinero, estaba bien loco, nada le daba vergüenza.

—¿Tú conoces a su hermana? —pregunté.

—No tiene.

—¿Seguro?

—Seguro, ps si es de mis mejores amigos. No salgo de su casa.

Lo supuse desde el primer instante. La foto de Alfredo Medina jamás debió de haber sido tomada. El desvelamiento del misterio cayó como una bomba que expandía los límites de mi ego. Había sido así de fácil y lo había logrado por mi cuenta. Pronto vería a mi Sandy. Ahora sólo sería cuestión de relacionar al Panda con el Duende asesino.

Mientras caminaba de regreso al carro sonó mi celular. Era el licenciado, me había olvidado de él. Sólo hacía falta ponerlo al tanto de los últimos acontecimientos.

Contesté.

—Licenciado —dije.

—Tomás, ya localicé el hospital donde estuvo esta persona, Benito Esparza, sólo que ya se fue. Salió antes de que lo dieran de alta.

—¿No está?

—No.

—¿Hace cuánto que lo buscó?

—Tomás, estaba ocupado.

—Le dije que dejara de hacer lo que estaba haciendo.

—Lo sé, pero es que estaba ocupado…

—Está bien. Me tengo que ir, adiós.

Colgué.

Como dicen, si quieres que las cosas salgan bien, tienes que hacerlas tú mismo.

Muy obediente, Ramón seguía dentro del carro del Yuca, sentado en el asiento del copiloto. Al parecer había notado mi preocupación también desde un kilómetro de distancia.

—¿Qué pasó? ¿Lo encontraste?

—No… Esto no lo quería hacer, pero se me hace que vamos a tener que ir a casa del Panda a sacarle la dirección a la señora por la fuerza.

—No te la va a dar. No se la da a nadie, tiene miedo de que la denuncien por madre desnaturalizada.

En el camino nos topamos con vanos camiones que transportaban personal de maquiladoras de regreso a sus casas, luego de haber tributado su vida a cambio de un lugar donde dormir esa noche. Más adelante volvimos a descender hasta llegar a la parte baja de la ciudad, cruzamos uno de los puentes del río Tijuana y tomamos la avenida Díaz Ordaz, camino a casa de los Barbosa.

Al llegar a nuestro destino el sol iba perdiendo la batalla, y el clima, por fin, se portaba más amable con todos. Esperaba sinceramente que la transpiración en el cuerpo de doña Barbosa se hubiese contenido para entonces.

—Necesito que me esperes una vez más en el carro, Ramón. No te ofendas, pero la verdad es que no quiero que te vea. La señora se altera muy fácil y no quiero que la pongas nerviosa.

—Ya sé.

Volví a tocar el cancel con mi moneda de 10 pesos. Nadie contestó. Lo hice una vez más pero tampoco. La reja se encontraba abierta. Anduve por el caminito de baldosas en dirección a la puerta y toqué con fuerza, pero nada.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Ramón.

—Esperar. No queda más que esperar.

Marqué al celular del licenciado y lo puse al tanto de todo, haciendo hincapié en el beneficio que significaría para el caso de nuestro patrón conseguir el paradero de la chica Julieta. El licenciado pareció acatar de nueva cuenta mis instrucciones y nos despedimos.

Tres cuartos de hora más tarde un taxi se estacionó frente a nosotros, concediéndome el gusto de ver en persona a aquel polémico personaje conocido como el Panda. Éste iba acompañado de su madre, a quien ayudó a descender ofreciéndole su antebrazo como apoyo. La señora traía los ojos hinchados de tanto llorar. Al menos ya no sudaba tanto.

—¡Otra vez usted! —la mirada piadosa se le había vuelto a borrar del rostro de manera instantánea—. Lo ocupaba para que me trajera de vuelta a mi casa y se me desapareció.

—Lo siento.

—¿Ahora qué se le ofrece? —preguntó, altanera.

—Señora, ya le dije, la dirección de su hija.

Mientras yo decía esto último pude notar la palidez en el rostro del Panda, estático frente a la figura de Ramón Higuera. El Panda se quedó sin habla, con una cara de no saber qué sacar de la situación que se le presentaba.

—Esta persona, ¿quién es? —preguntó, señalando a Ramón, quien se encontraba recargado en el carro del Yuca y de frente al Panda.

—Amigo de su hijo —dije, con apenas una pequeña mueca de ironía contenida.

Las mejillas de la señora se encendieron, dando paso a una mirada fulminante. Pescó la indirecta.

—¡Lárguense! Yo no voy a soportar calumnias ni chantajes —gritó, antes de tomar a su hijo por el cuello de la camisa y arrastrarlo dentro de la casa, tal y como si hubiese visto venir un tornado.

—Hijo, tú no tienes idea de lo que pasa en esta casa —me espetó —. Tú no sabes nada, solamente te guías por chismes y calumnias,

así es como se manejan ustedes, ¿qué crees que no sé? Tú no conoces a mi hija. No sabes de lo que es capaz.

Madre panda e hijo panda se encontraban dentro de la casa y a punto de despedirse de un portazo. Ramón y yo nos quedamos de nueva cuenta solos frente a la casa de los Barbosa.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ramón, al salir de su estupor.

—Voy a hablarle al licenciado a ver si los de la jefatura le pudieron sacar la dirección al señor.

—Cómo me gustaría que esta vieja, que se las da de muy muy, viera las fotos que tengo de su hijo haciéndola de Shakira… —dijo Ramón, con aparente resentimiento e indignación.

—¿Que tienes qué?

—Fotos. Fotos del Panda haciendo su *show*.

—¿*Show*?… ¿De qué *show* hablas?

—El Panda es imitador. En los paris de la casa se aloca y le da por imitar a Shakira, a Thalía, a Paulina Rubio, a Madonna y a otras. Yo le presto los vestidos —dijo, con un ademán de desenfado. De cuando en cuando le brotaba lo maricón.

—¿Y dices que tienes fotografías que lo comprueban?

—Que sí.

—¡Pero por qué no me dijiste esto antes!

—No me lo preguntaste.

—¿Dónde están esas fotografías?

—Pues en mi casa, dónde más.

—Vamos por ellas ahora mismo.

Al sacar mi celular noté que se encontraba apagado. Debió haberse apagado accidentalmente dentro de mi bolsa, por la presión de mi muslo. Era posible que el licenciado hubiera intentado llamarme antes y no entrara su llamada.

De inmediato contestó.

—Lic.

—Tomás, te he estado llamando.

—Me lo imaginé. ¿Qué pasó?

—No le pudieron sacar nada.

—Esta gente es de lo peor… Licenciado, el caso ya está resuelto, tengo las pruebas, los nombres y las causas, ¿tiene usted mi dinero?

—Creo que sí.

—Necesito entonces que saque al señor Barbosa. Estoy con usted en dos horas, ¿cree que para ese entonces tenga fuera a Wilfrido Barbosa?

—Dame un poco más de tiempo.

—De todos modos voy para allá. Si no está, lo espero afuera de La Ocho.

—Bien.

El tráfico de unas horas antes se había diluido y ahora transitábamos con holgura, a pesar de lo cual casi chocamos, y esto por mi culpa, ya que al pasar por una frutería cuyo nombre, Sandy, se encontraba rotulado en la fachada, quedé completamente ido. El nombre de mi amada me había transportado a otro mundo, provocando que casi me estrellara contra el carro de enfrente. Por fortuna tenía a Ramón a un lado para advertirme oportunamente de mi distracción.

—¡Cuidado! —gritó.

—Ah… —alcancé a decir antes de corregir mi trayectoria.

—¿Qué te pasa?

—Nada… Es sólo que me acordé de alguien.

Leer el nombre de Sandy como marca de un jabón para ropa, o al pie de una fotografía en la sección de sociedad del periódico local, o incluso escucharlo a lo lejos, revuelto entre conversaciones ajenas, hacía que mi corazón dejara de bombear sangre por un instante.

—Apúrate —le dije a Ramón, al llegar a su casa.

—Sí, sí, voy corriendo.

Al cabo de un rato Ramón regresó con un paquete de papel amarillo. Dentro había un grueso fajo de fotografías, las cuales me dispuse a examinar una por una antes de echar a andar el carro. Ahí estaba la cabezota blanca y pecosa del Panda disfrazado de Shakira, luego de Thalía, luego de Paulina Rubio y luego de Madonna. En

todas, el Panda aparecía con un micrófono en la mano, supongo que conectado a una especie de karaoke.

Antes de llegar a la comisaría pasamos por el Mondo Bizarro, el cual se encontraba cerrado, con todos sus empleados de vacaciones, menos yo. Al estacionarme pude divisar la figura del licenciado parado en la banqueta, solo y con las manos en las bolsas del pantalón.

—Te estaba esperando, Tomás.

—¿Ya viene?

—Sí, ya mero. Ahora vuelvo. Voy a ir por él.

9

—¿Qué se le ofrece? —dijo el señor Barbosa, quien no detuvo su marcha al pasar frente a mí.

—La dirección de su hija.

—Ah, siguen con eso.

—Así es.

—¿Quién te crees tú que eres, eh?… Quién te crees tú que eres para venir a preguntarme acerca de mi familia como si tuvieras el derecho —dijo, entrando en personaje.

—¿Sabe usted qué es esto que tengo aquí? —le pregunté, blandiendo en el aire el paquete entregado por Ramón.

—Lo único que me interesa saber por ahora es cuánto te debo —contestó, igual de altanero que su mujer.

—De todos modos le voy a decir: esto que tengo aquí son pruebas del talento de su hijo una vez fuera del clóset. Lo tengo convertido en Shakira, Thalía, Paulina Rubio, Madonna… ¿Cuál quiere ver?… ¿Ninguna?… Bueno, quizá les interese este material a sus amigos de la carrera. Seguro que no le conocen esta clase de talentos. En una lo tengo sentado en las piernas de otro maricón, haciéndola de Alejandra Guzmán.

La cara de Wilfrido se encendió y, esperando tomarme por sorpresa, se me fue encima, titubeante, con un tontazo tan anunciado y lento que me fue imposible dejarlo entrar. Pude haber encendido un cigarro antes de evadirlo. Con todo su cuerpo absorbido por aquel monumental despliegue de fuerza, Wilfrido Barbosa salió trastabillando hacia una patrulla estacionada ahí cerca. Parecía tener dos encarnaciones enteras sin hacer ejercicio.

—¿Quiere las fotografías en la sección de espectáculos, sí o

no?… Si no, sólo dígame dónde está Julieta.

Dicho esto, sobrevino una pausa, la cual dio tiempo a Wilfrido para meditar. Mientras tanto, Ramón y el licenciado se encontraban absortos y sin perder detalle de la conversación, como un par de ancianas frente a su telenovela favorita.

—Necesito hablar con mi hijo a solas, necesito que él me diga de frente si es verdad que *es*. Ya es mucha la gente que me lo ha estado diciendo y yo estoy quedando como un pendejo defendiéndolo a capa y espada, además de que yo ya me metí en este problemón por su culpa. Necesito escuchar lo que él me tiene que decir al respecto —dijo el estricto—. Quizá no sea más que una broma, pero en caso de que sí sea *del otro bando* entonces no me importa lo que le pueda usted hacer con sus fotos, yo no tengo hijo, no me interesa. Me hago otro con mi señora, que al cabo para eso estamos, ¿o no? —preguntó el machote. No contesté—. Es más, le doy el dinero que le corresponde para que se largue de la casa. Pero eso lo quiero resolver yo, nomás deme tiempo.

—No tengo su tiempo, ¿me va a dar la dirección?

—Tú qué tanto interés en mi hija… ¿Te gusta?… ¿Te quieres casar con ella? —de nuevo desafiante.

—Creo que usted y su esposa son un par de viejos puercos.

—¡Con mi mujer no te metas!

—Mandilón tenías que ser, de pilón… ¡Qué cochinero!… Dame la dirección antes de que te pegue en toda tu madre, por favor —dije, tomándolo del cuello de la camisa y zangoloteándolo.

—¿Piensas ir con la policía si te la doy? —me preguntó, colgando aún de mi puño.

—No.

—¿Para qué quieres saber entonces?

—Dame la dirección y no me debes nada, ni por las fotos ni por tu fianza, pero dame la dirección antes de que me hagas perder la paciencia.

—Qué más da, pues. Es en la colonia Villa Bonita. Calle Geranios.

—Usted nos va a acompañar, si no quiere que llame a la policía.

Me sentí obligado a cumplir mi palabra. No di aviso a las autoridades. Simplemente hice subir al licenciado, a Wilfrido Barbosa y a Ramón al carro del Yuca. Yo manejaba.

—Éste de aquí es amigo de su hijo —le iba diciendo a Wilfrido Barbosa en el camino, refiriéndome a Ramón—. Seguro que no lo conocía, eh…

—No —contestó amulado.

Transitamos por la madrugada rumbo al este; tardamos más de hora y media en dar con la dichosa colonia, la cual se encontraba a unos pasos antes de llegar a Tecate. Villa Bonita parecía la antesala del infierno. La tierra roja y árida estaba habitada casi exclusivamente por piedras monumentales, dispersas por el terreno como elefantes perezosos. Una que otra casa se veía aún en proceso de construcción aquí y allá; sin embargo, era obvio que aquella colonia pronto se vería infestada por la siguiente tanda de emigrados chiapanecos, veracruzanos y sinaloenses, provenientes de la miseria sureña. Enfilé el carro por terreno hostil hacia la casa más aislada, indicada por el señor Barbosa como *la casa de su hija*.

Aquello era una obra negra sin fachada, simplemente una caja de zapatos hecha de bloques sin enjarrar, que como puerta tenía un cancel de hierro cerrado por medio de un candado. El lugar se encontraba iluminado exclusivamente por la luz de las estrellas, las cuales escaseaban aquella noche. Era obvio que la colonia también carecía de los servicios de drenaje y agua potable. Ése era el lugar donde aquella rata inmunda mantenía encerrada a su propia hija por orden de su esposa.

—Saque la llave —le ordené a don Barbosa.

—Sólo te quiero aclarar una cosa, muchacho: yo mismo me encargo de traerle comida todos los días, antes y depués del trabajo. Que quede claro.

Fuera de nuestras voces, el lugar se encontraba sumido en un silencio digno de la superficie lunar. El sonido de la llave del señor Barbosa abriendo el candado destacaba como un juego de ollas

estrellándose en el suelo, mientras que el murmullo del viento portaba un eco fantasmal.

—Hija… Soy tu papá… —susurró Wilfrido Barbosa, con voz paternalista.

No hubo contestación. La casa alojaba una oscuridad abismal, a lo cual intenté poner remedio con mi encendedor. El asunto me comenzaba a dar mala espina.

—Hija, ¿estás dormida?… Soy tu papá —insistió Wilfrido—. Por aquí ella tiene unas veladoras.

Tropecé con un escalón y trastabillé unos cuantos pasos hacia la negrura. Sólo el señor Wilfrido y yo nos encontrábamos dentro de la casa. Podía escuchar su respiración, podía escucharlo cerca. Luego escuché lo que parecía ser un palo de madera golpear el piso, rebotar y arrastrarse.

—Aquí está —dijo el señor Barbosa al palpar una mesa ubicada a su izquierda, pegada contra la pared—. Aquí tiene las velas. Pásame tu encendedor, por favor.

El palo de madera volvió a sonar contra el suelo.

—Venga usted por él. Yo no sé dónde está —contesté, petrificado.

En eso sentí su mano. Su cuerpo se encontraba fuera del radio de luminosidad emitido por la llama del encendedor. Alumbré hacia abajo y vi aquel rostro inolvidable. El palo de madera volvió a sonar con un leve redoble.

Se apoderó de mí un pavor descomunal y comencé a gritar llamando a mi madre, básicamente pidiéndole respuestas.

—¡Mamá!… ¡Qué es esto! ¡Qué es esto, mamá! —fue lo que grité, después de unos segundos de parálisis.

Aquello tenía el aspecto de la carne molida de las carnicerías con unos mechones negros y húmedos encima. Ramón cuenta que desde afuera alcanzó a escuchar el sonido blando de un cuerpo estrellándose contra el suelo, instantes después de mi alarido de terror. Para ese entonces la condición física del licenciado le había permitido desplazarse medio kilómetro de distancia lejos de la casa.

Julieta se desplazaba a rastras, agonizante, negándose a admitir la infame despedida que este mundo le hacía al morir alojando un palo de escoba dentro de una de sus cavidades… Aquél era sin duda el sello definitorio del vulgar e imbécil sadismo de su victimario.

Sobra decir que en una zona tan alejada de la civilización como Villa Bonita, la ambulancia llegó demasiado tarde, tanto para Julieta como para su padre, fallecido de un paro cardiaco a su lado, lo cual me pareció un raro despliegue de justicia divina, debo añadir.

Sucedió precisamente lo que había estado temiendo todo ese tiempo. Las huellas de motocicleta en la tierra aledaña a la casa de Julieta prácticamente me lo habían anunciado. Una tragedia. Quizá fuese esta previsión lo que me mantuvo en este mundo, encontrándome más preparado que el señor Barbosa para recibir una impresión como aquella que le costó la vida.

—¿Qué fue lo que pasó, Tomás? —preguntó el licenciado, jadeando, al regresar de su refugio.

—El Duende volvió a hacer de las suyas luego de que usted lo dejara escapar —le contesté en plan de reproche.

—Pero cómo sabes que fue él, Tomás… —respondió el licenciado, un tanto temeroso ante el cargo de culpabilidad que se le atribuía—. No me hagas responsable de esto, no es justo. No necesariamente tuvo que haber sido el Duende, pudo haber sido alguien más.

—No. Las huellas de su motoneta lo delatan. Además de que el cancel de la entrada no fue forzado. Ya se me había ocurrido a mí que el Panda, entre otras cosas, debió de haberle pagado por el asesinato de Alfredo Medina entregándole la llave y la dirección de la casa de su hermana al Duende.

—¿Pero por qué matarla?

—Al principio no dudo que el fin de todo esto era un poco de placer torcido; sin embargo, la urgencia de vengarse del señor Barbosa fue lo que lo impulsó a abandonar el hospital con tanta prisa. Su prioridad se volvió eso. Seguramente lo debió de haber

disfrutado también, no lo dudo.

—Tomás, vamos al grano, ¿cómo esperas que demuestre que este mentado Panda mandó asesinar a Alfredo Medina? —preguntó el licenciado, visiblemente sacado de sus casillas.

—Recuerda las fotos del Panda en pleno *show*, disfrazado de Shakira, de Madonna, de Thalía, etcétera. Seguramente el Panda le prometió al Duende que le terminaría de pagar a cambio de que éste fuera en busca de las fotos esas al departamento de Alfredo Medina, cuando en realidad quien las tenía era este señor de aquí —dije, señalando a Ramón—. Encima de eso están las fotos de Julieta, que ninguno de los amigos del Panda sabía que existía. Alfredo Medina no era más que un chantajista, eso tú lo sabes muy bien.

—¿Y ahora qué piensas hacer tú, Tomás?

—Necesito ir a Sinaloa…

Hasta nunca…, pollita

1

Con lo que me terminó pagando don Antonio Valdez por haberlo sacado del bote tuve suficiente para regresar a Sinaloa nada menos que en mi GMC Pick Up Sierra del 97, color rojo. Esta vez uno de los siete automóviles en todo el pueblo lo poseía yo, antiguo paria menospreciado por todos y cada uno de sus habitantes. Me sentía estúpido al no ser capaz de contener el rubor en mis mejillas. Mis orejas parecían estar a punto de estallar de lo coloradas. Aún era temprano, el sol apenas se hacía imponer sobre la neblina rastrera. Al entrar por la calle principal de mi pueblo y sentir el camino de grava crujir bajo las llantas, que para ese entonces ya eran una extensión de mi cuerpo, mi corazón se convirtió en un verdadero potro indomable tumbando a patadas su corral.

Finalmente sucedió lo inevitable. A mi paso, las señoras chismosas asomaban sus narices por las ventanas de sus casas, intentando captar la identidad de la persona tras los vidrios polarizados de mi camioneta. La gente en las aceras y comercios detenía su conversación con tal de no perder detalle del vehículo desconocido que transitaba frente a sus ojos. Por mi parte, yo me dirigía a casa de mis padres, situada al otro extremo del pueblo.

No quería acarrear sospechas. Más de alguno me habría seguido hasta allí, por lo que al llegar no bajé de mi camioneta, ni siquiera detuve del todo la marcha. Simplemente di vuelta en U, de regreso al pueblo.

Mi antigua casa, o lo que quedaba de ella, se confundía con el baldío de al lado. Sólo se hallaban sus cenizas y los cimientos. Nada más…

A lo lejos un escuálido niño se aproximaba en su bicicleta.

Limpié mis lágrimas. Justo antes de que me pasara abrí la ventana y saqué el brazo, blandiendo un billete de 50 muy en alto. Frenó a unos cuantos metros de distancia. El niño llevaba la cara cubierta de pecas y tenía un rostro extrañamente familiar.

—¿Y la gente que vivía aquí? —pregunté, asomando mi cabeza por la ventana.

—En el cielo; se quemaron con todo y casa —me respondió, con esa cómica seriedad de los niños—. ¿Me va a regalar ese billete?

Se lo extendí y el muchacho fue por él arrastrando su bicicleta.

Liberé el billete de mis manos y el muchacho desapareció a toda prisa. Aquélla era la manera correcta de conducirse. Incluso aquel niño lo sabía, cómo no lo fui a saber yo en su momento…

Regresé al pueblo, estacioné mi camión frente a la plazuela y entré en la tienda La Colmena por un tonicol.

—Joven, ¿qué edad tiene usted? —preguntó doña Ramona, sentada del otro lado del mostrador y sin reconocerme.

—¿Yo?

—Quién más.

—Treinta y dos.

—¿Usted de quién es nieto?

—No soy de aquí.

—¿De dónde es usted, joven?

—De Tijuana.

—Ah… ¿Y a qué se dedica? —preguntó, con aquella ligereza propia de las señoras en mi rancho.

—Paso coca, mota y goma para el otro lado.

—¿Dice que tiene 32?

—Así es.

—Espéreme tantito, eh, no se me mueva. Ahora vuelvo.

Doña Ramona pronto dio la vuelta al mostrador, pasó a mi lado y desapareció, abandonando su propio negocio. Esperé dentro con el tonicol en la mano, sin tener por dónde escapar. Seguro que no habría ido lejos, y de cualquier forma sabía que no habría de qué preocuparme.

—Aquí está —dijo doña Ramona al volver, minutos después, arrastrando a doña Vicky y a su hija—. Éste es… ¿Qué tal?… Pasa coca, mota y goma, y ésa es su camioneta… ¿Qué tal?… —inmediatamente después se dirigió a mí—. ¿No le gusta la muchacha?… Es siete años más chica, es trabajadora, limpia y buena pa guisar —me aclaró, señalando a la hija de la señora Vicky, una muchacha de tez rosada, complexión media y pinta de menonita.

—Es muy bonita. Pero…

—Es casado… ¡Qué tiene! No es celosa… Usted con que la mantenga bien atendida… ¿Verdad, hija? —ahora dirigiéndose a la muchacha. Al parecer hija y madre permitían a doña Ramona hablar por las dos.

—No, no es eso, es sólo que…

—Está muy vieja para usted… ¡Hay otras!… Ni modo, comadre, déjeme ir por la de la comadre Sofía. Ésa acaba de cumplir los 13 y está bien chula, va a ver —dijo, al pasar a mi lado de nuevo.

—En realidad estaba buscando a una amiga que es de aquí. Se llama Sandy. Sandy Zamora —le aclaré, tomándola del brazo.

—¡Esa hedionda!

—No le llame así, por favor.

—Qué tiene. Eso es lo que es, una hedionda.

—Lo que pasa es que está enferma de sus riñones, pero es limpia.

—Será lo que sea, pero la muchacha apesta. Antes nadie le sabía ese detalle, pero ahora que se hizo pobre y se tuvo que poner a trabajar, pues ya todos le conocemos sus secretos.

—¿No sabe dónde puedo encontrarla?

—Se casó y se la llevaron a Houston a operarla de los riñones.

—¿Cómo?

En eso se escuchó un amarre de llantas sobre tierra suelta anunciando la llegada de un *jeep* frente a los abarrotes La Colmena. Dentro había dos hombres, uno al volante y el otro a su lado con una escopeta en las manos, mientras que en el asiento trasero iba el

niño con el billete de 50 y su bicicleta.

—¿Éste es? —preguntaron los dos hombres al bajarse de su vehículo. Lo de la escopeta me pareció un gesto bastante ostentoso, incluso en mi pueblo. ¿Me habrían destrozado la cabeza ahí mismo en caso de haberme negado a ir con ellos?

—Ése —contestó el muchacho, apresurándose a bajar del *jeep* su bicicleta.

Se referían a mí.

—Salga de la tienda, amigo. Usted va a venir con nosotros —me avisó el desarmado.

—Me acaba de preguntar por la muchacha Sandy… Algo se trae —aclaró doña Ramona, puntualmente.

Pude haber armado un zafarrancho ahí mismo, pero me abstuve. Esos dos no eran competencia; sin embargo, preferí seguirles la corriente sólo para ver hasta dónde me llevaría todo aquello. Además, seguía aturdido por la noticia de Sandy como para acertar a hacer algo en ese momento.

—¿Anda armado? —preguntó el de la Winchester, mientras su compañero me registraba palpando mi cuerpo de abajo hacia arriba.

—No.

—Súbase al *jeep*.

—¿Dejo mi camión aquí entonces?

—Nadie le va a robar su camioneta, aquí todos nos conocemos.

—Está bien. ¿Adónde vamos?

—Con mi patrón.

Me hicieron sentarme en el asiento del copiloto y tomamos el camino a la extinta casa de mis padres, pasamos al lado de sus ruinas y nos seguimos de largo en dirección a la presa. Me preguntaba si la pila de cadáveres arrojados en ella ya habría sobrepasado el nivel del agua. En ese momento se me ocurrió que quizá debí haber opuesto mayor resistencia a la voluntad de aquellos señores.

Para mi sorpresa, tan sólo unos metros adelante apareció nuestro destino. Fincado en medio de las primeras hileras de pinos se

encontraba un caserón recién construido, con muros de ladrillo visto, tejas esmaltadas, piso de cerámica y toda una flota de *jeeps* y camionetas frente a él. Nos estacionamos junto a los demás vehículos e ingresamos en la casa, la cual tenía la puerta abierta.

Al entrar al vestíbulo, y proveniente del patio trasero, se podía escuchar el vaivén de brazos femeninos tallando con vigor las prendas enjabonadas sobre el lavadero.

A mano izquierda se encontraba una puerta de nogal que daba a un enorme despacho desprovisto de libros y decorado con pieles de venado, sillas de montar, retratos de familia y distintos trofeos de cobre y latón. Un enorme escritorio de roble en el centro de la sala, y tras él otra puerta. Pronto noté sombras detrás de ésta, desplazándose bajo el bastidor, indecisas, y alguien entró a la estancia abriéndola sólo lo necesario para permitirse el paso, cerrándola inmediatamente tras de sí. Pude ver que las sombras seguían presentes del otro lado.

La persona que se había animado a entrar a la estancia resultó ser un individuo unos cuantos años mayor que yo, de vestimenta casual, cabello castaño, bronceado y de hombros y espalda anchos.

—Germán Escobar, para servirle —dijo, aproximándose con la mano extendida y ánimo jovial.

—Mario Moreno, mucho gusto —contesté, completando el saludo.

—¿Te cambiaste el nombre, Tomás?

—¿Cómo me conoce?

—Te estábamos esperando —dijo, con una sonrisa de mejillas encendidas.

—¿A mí?

—Siéntate… —así lo hice, mientras Germán se colocó detrás del escritorio. El de la Winchester tomó la silla a mi lado, aún con la escopeta recargada en su brazo y con el cañón discretamente apuntado hacia mí.

—Gracias a ti liberaron a mi padre, aunque tú perdiste a los tuyos, y lo siento, de verdad.

—¿Quién fue?

—Pues don Agustín Zamora —respondió, con un incómodo titubeo.

—¿Don Agustín liberó a tu papá después de eso? —pregunté, incrédulo.

—Antes de que te quebraras a su hijo te quebraste también a la Parca de un balazo en el estómago, si mal no recuerdo, que era el que tenía a mi papá encerrado en su casa. Qué puta carnicería, hasta a los sobrinos de don Agustín te cargaste… Por eso te hice venir a punta de pistola, porque te tenemos miedo, cabrón… Esa misma noche le vino una embolia a don Agustín que lo dejó paralizado de medio cuerpo. De ahí se fue para abajo. Ya nomás a nosotros nos tocó entambar a sus hermanos —esto último sonó más artificial que la bondad de un predicador.

—¿Pero ustedes qué hacen aquí ahora?

—Nos tuvimos que venir para acá. Intentamos trabajar por lo derecho en San Miguel sembrando legal por muchos años, pero no nos dejaron. Nos traían fritos, secuestraban a mi papá, nos robaban, nos amenazaban… Por eso mejor aprovechamos la decaída de don Agustín y le quitamos el negocio de una buena vez; alguien de todos modos lo tenía que hacer, así que qué mejor que nosotros, que mi familia no es tan mala como las otras, y eso lo sabe el jefe, y le gusta, a él tampoco le gustan los problemas, mientras podamos mantener todo tranquilo aquí nosotros, para él mejor, no… —no existía soberbia ni fanfarronería en sus palabras, lo cual, debo decir, era extraño en un verdadero mafioso.

Fue en eso que entró corriendo por la puerta a mis espaldas el niño de la bicicleta y el billete de 50. Su rostro me seguía pareciendo familiar, mientras que por su vestimenta, desgastada, deduje que no podía ser miembro de la familia Escobar.

—¿Y mi papá? —preguntó agitado.

—No está, muchacho, ¡vete de aquí! —respondió Germán, visiblemente molesto. Hubo algo raro en la forma en que Germán Escobar pronunció la palabra *muchacho*, como si jamás se hubiese

dirigido a él de esa manera. El chico hizo el intento de cruzar la habitación hacia la puerta frente a mí.

—¿Adónde vas? —preguntó Germán, alterado.

—Al patio —contestó el niño, mientras intentaba cruzar la habitación en dirección a la puerta frente a mí.

—¡No, regrésate! —le ordenó.

—¿Qué pasó con la hija de don Agustín? —pregunté, luego de que el niño desapareciera corriendo por donde había entrado.

—También eso te queríamos explicar… Todo le quedó a Sandy, por lo que tuvimos que casarla con mi hermano, para que todo se diera bien, tú sabes… Al principio la muchacha no quiso, pero luego que le comenzó a ir mal y que se preocupó por su enfermedad, hicimos el trato de que si se casaba con mi hermano él se la llevaría a Houston a que la operaran de sus riñones… Tú debes saber de lo que te hablo.

—Sí… ¿Ahora están allá?

—Así es, y pobre Martín, la operación salió bien y dice que la muchacha está que no se aguanta de engreída, anda por los cielos con su nuevo olor a gardenias, así que más vale que te olvides de ella, Tomás.

—¿Quién quemó la casa de mis papás? —pregunté de repente.

—Este… No sé, la verdad, me parece que… —leí la respuesta en sus ojos.

—Otra pregunta: ¿este amigo no va a dejar de apuntarme con su antiaéreo?

—No, para nada. Eliseo, deja el arma ahí, contra el escritorio, por favor.

De inmediato Eliseo acató las órdenes de su patrón, tan sólo momentos antes de recibir tremenda patada en el pecho de mi parte, la cual lo mandó de espaldas al suelo, dándome tiempo de ir por su arma y apuntarle en la cara a su patrón.

—Familia Escobar… Sinceramente yo no sé cómo esperan sobrevivir en este negocio… —le decía a Germán mientras le apuntaba con su propia escopeta—. Supongo que ahora les creo

completamente eso de que ustedes siempre se habían dedicado a sembrar por lo legal, eh… Ahora, y si no quieres que decore ahora mismo esa pared con tus sesos sobre ella, vele diciendo a mi tío que salga por esa puerta.

—¿Pero de qué hablas, Tomás?

—Yo sé quién está detrás de esa puerta. Mencionaste a los hermanos de don Agustín pero jamás nombraste al Canelo —comencé, pausadamente—; además, el niño es su vivo retrato. Cuando le pregunté acerca de la casa de mis padres, seguro que notó mis ojos llorosos y entonces vino corriendo a avisarle a su papá, quien ahora trabaja para ustedes… En fin, ustedes lo necesitan… Haz que salga ahora mismo o… —y en eso abrió la puerta el Canelo.

—¡Papá! —gritó el niño con el billete de 50, que en ese momento cruzaba la estancia de una entrada a la otra, pasando a mi lado para encontrarse con el Canelo, a quien abrazó con desesperación.

—Hazte para allá, hijo —le ordenó mi tío al Canelito, empujándolo a un lado—. No pude hacer nada por mi hermano —ahora dirigiéndose a mí—. Yo me encontraba aún buscándote cuando los mataron a ellos, te dejé que te subieras a aquel tren, y entonces después de eso yo me alié con los Escobar, les ayudé a liberar a don Germán y a controlar los negocios de don Agustín. Te lo digo por si quieres creerme, cabrón; si no, pues estoy a tu disposición, nomás no lo hagas enfrente del muchacho, por favor. Es lo único que te pido.

Me mantuve por un rato con la mira puesta sobre el rostro de mi tío Canelo; finalmente bajé el arma y dije:

—Díganle a Sandy por favor que cumplí con mi promesa de volver… Ah, y por cierto, ahí le traigo una caja de herramienta nueva, a cuenta de la que le perdí —dije justo antes de partir y dejar la escopeta en su lugar.

2

A mi regreso de Sinaloa conocí a Marcela. Y es que, debo aclarar, existe algo en el hecho de regresar a tu tierra natal sólo para enfrentarte con la muerte de tus padres, lo cual te hace desplazar a segundo término tu interés por cualquier muchacha apestosa. Además, yo he sabido lo que es un atardecer de verano con el sol hundiéndose en el mar y el cielo estallando de hermosura; he visto gatitos recién nacidos, de pelo esponjoso y dorado, jugando entre sí y revolcándose sobre mis pies; he disfrutado del paso de las líneas de la carretera en la noche, mientras recorro mi país de punta a punta… Nada de esto se compara con un trabajo oral, de campeonato, hecho por una perfecta desconocida y por el único costo de 16 dólares.

Así fue como conocí a Marcela. Aquello fue perfecto, sin dientes, bien articulado y, lo más importante, sin preservativo, y por sólo 16 dólares… Eso es a lo que yo llamo un buen trato… Como la Coca-Cola y las plumas Bic, otros dos ejemplos de buenos tratos… Cómo no aprovecharlos… Está ese instante en que tu mente se deja engañar al palpar unos pezones rígidos, y de pronto notas una completa ausencia de pulcritud de la otra parte y una destreza en el acto muy parecida al amor, sólo que mejor, y piensas: «A esta chica realmente le gusto».

Eso significa que has conectado. Y no es algo que suceda muy a menudo. Literal y figurativamente has dado con una pepita de oro. Aquello deja de ser una fría transacción para convertirse en algo más.

El único problema es que ese tipo de negocios luego suelen ser adictivos… Logras dar con esa mujer capaz de hacer tu cabeza

estallar y es un descubrimiento similar al de cuando eres niño y quieres gastar cada moneda que cae en tus manos en esa máquina de videojuego que te propones dominar… Te vuelves su esclavo… Fuera de eso, todo son beneficios… Nada de perfume, rosas, cenas, entradas y palomitas en el cine, lo cual suma unos siete salarios mínimos por noche, que yo no gano… Todo a cambio de un beso, si la muchacha se da a respetar… O resulta que simplemente no le gustó tu conversación… Quién tiene tiempo… Ahora bien, siempre estarán los aguafiestas… «Yo prefiero una muchacha limpiecita», o aquello de que «quién quiere una vagina pública, sentiría como si me estuviera cogiendo a un mingitorio», o la otra de «yo no pago por sexo» (esta última está de risa).

Esa chica a la que eres capaz de pedirle matrimonio, se convierte para ti en uno de esos cisnes que pasan por el pantano sin manchar su plumaje, y vaya que reconozco que hay patanes asquerosos por ahí… Sin embargo, ella sólo se ensucia contigo; los demás no la lograron manchar con sus tenazas repugnantes… Qué puedo decir, si no lo ves así simplemente no te diviertes… El paraíso definitivamente son estos rinconcitos negros.

Esperaba a que Marcela saliera de dos privados que tenía pendientes para poder encontrarme con ella, como lo hacía cada lunes, martes, miércoles y jueves, cuando recibí una llamada del licenciado, confirmándome que ya habían retirado los cargos en contra de don Antonio. Seguían muy agradecidos conmigo.

—A todo esto, Tomás, tengo otro encargo para ti… Otro cliente mío está en apuros, la paga es buena, además de que don Antonio ya te dio permiso… ¿Qué onda?… ¿Le entras?

—Licenciado, por qué no me habla mañana, aquí está muy ruidoso, además de que ya mero me toca mi turno de pasar con Marcela.

—Muy bien, Tomás, nos vemos. Que te diviertas.

Efectivamente, al día siguiente recibí la llamada de mi nuevo cliente, aclarándome las condiciones de mi siguiente encargo, las cuales acepté gustoso.

Me gustaba Tijuana, me estaba adaptando muy bien.

3

Martes, 6 de febrero. 7:30 PM.

Es temprano otra vez. Los tragos están al dos por uno aún. El pitido que se escucha es el de la cuenta regresiva del microondas, la cual ha llegado a cero. El cantinero oriental lo abre y saca el plato con los burritos. Una a una las mujeres se van acercando a la barra. *Estos son de huevo con carne, aquéllos de frijoles puercos, estos otros de carne adobada*. Las mujeres desaparecen con los burritos en las manos, rumbo a esa especie de camerino que tienen en la parte de atrás. Más tarde regresa cada una con la barriga caliente porque han apurado el bocado.

Ha salido Marcela. Me saluda de beso. Lo nuestro es ya una relación. No soy de los que se avergüenzan por besar a una fichera en público. Sí me preocupaba por la muchacha. El riesgo que corría al exponerse. La diferencia entre dejarse tocar y verdaderamente entregarse. Los demás clientes decrépitos no lograban tocarla con sus billetes. Era como una barrera que no podían traspasar pero que yo abría, dejando una ranurita por la cual ellos sólo se asomaban para darse cuenta de que la muchacha, después de todo, era de carne y hueso. Así lo podría poner.

Incluso por aquellas fechas estábamos a punto de irnos a vivir juntos, como dicen, la iba sacar de jalar, y aclaro que a mí me sobraban mujeres por aquel entonces. Y no digo que fuese totalmente inmune a los celos. A veces, al pasar por su trabajo camino del mío, me torturaba a mí mismo contando la cantidad de carros en el estacionamiento esa noche.

«Como treinta y tantos carros… Pero ella es tan sólo una

fichera», me decía a mí mismo; «no está obligada a hacer nada a menos que ella así lo desee y por ahora se encuentra enamorada de mí…».

¿Sí me explico?

Me llovía todo tipo de mujeres. Como todos, también tengo en mi haber mi larga fila de Mujeres de Baja Autoestima en Espera del Ultimo Tren. Recurso de todo hombre. Vicio de nadie. Al final termina siendo como dispararle a un cadáver. Un blanco demasiado fácil. Nada más que eso. Reses extraviadas en la oscura autopista esperando el amor, con aquella inocencia… Una tras otra llegan a tu paso siguiendo el mismo programa, tal cual si fuese su primera vez: primero la obsesión, luego la obsesión con inseguridad, para terminar con obsesión, inseguridad y, por último, los infalibles celos feroces que nunca tardan en llegar. Y, sin embargo, a veces uno las recoge, simplemente para pasar el rato, dejando que le chupen a uno la vida por un tiempo, hasta que la cosa se pone en verdad demencial. Te armas de coraje, terminas y vuelves a empezar desde cero con la siguiente. No hay más.

Y qué decir de las Lolitas trepadoras con un *ticket* al botellón. Malditas, con esa corta edad y tan largo alcance, juro que he conocido a varias con la sabiduría de más de mil reencarnaciones aquí en la Tierra. No quiere decir que con la edad se vayan haciendo más tontas, para nada, sólo digo que es como si ya nacieran hechas unas lagartonas. Más largas que el mes de mayo. Conocí a una empleada de una zapatería, 17 años, la invité a salir, a los tres días me había despelucado todo mi dinero. Tenía que moverme de ahí.

Miércoles, 7 de febrero 2:30 AM.

La saturada fragancia con aroma a cerezas en el cuerpo de Marcela servía para sofocar el rastro de los hombres previos. Entre cliente y cliente, Marcela debía salir corriendo a darse una retocada rápida de perfume y aceitarse el cabello, si es que esperaba pasar por una chica limpia.

—Pero ya no leo la mano, mi amor, eso lo dejé de hacer hace

mucho. Primero fue mi prima; le dije: «Aquí dice que te vas a morir en tres años». Así pasó, la carraquearon en una camioneta cuando paseaba con un amigo, y me asusté mucho. Luego un novio que tuve cuando tenía nueve; le dije: «Tú te vas a morir a los 18». Se rió nomás. Cuando fui a visitarlo a su lecho de muerte me gritaba bien feo: «¡Fue tu culpa! ¡Fue tu culpa!...». Bien feo. Y mi hermana me dijo: «Ya no andes haciendo esas cosas, Marcela».

—¿Qué dice mi mano?

—No te puedo decir.

Se encendió la lámpara de la *suite* VIP, lugar reservado para clientes especiales y de confianza; lo común eran las pequeñas cabinas ubicadas a ambos costados del pasillo que daba al bar. Supuestamente sólo yo entraba a la *suite* VIP con Marcela. Ahora se nos acababa el tiempo.

—Me tengo que ir —dije.

—No te vayas, mi amor. Don José no va a decir nada si compras otra cubeta para que la traigan aquí adentro —comentarios como éste frecuentemente me hacían dudar del sincero amor de Marcela —. Así podemos estar a gusto aquí otras dos horas sin que nos enfaden... No ves que están haciendo fila allá afuera...

—Ya no me queda nada, Marcela. Lo siento. Pero no importa, a los otros señores tú sólo los tocas. Nada de fluidos.

—Claro que no, pero de todos modos me da asco, ¿qué no los ves?

—Yo siempre veo a los mismos señores, Marcela, pero por mí salte y vente conmigo —en efecto, Marcela tenía una clientela fija.

—¿En qué quedamos?

—Te estás quejando...

—¿Vas a mantenerme a mí y a mi hijo?

—No me quedaría de otra.

—No te conviene, *papá*, entiende que tengo muchos gastos, tengo a mi hijo y a mi mamá enfermos, pero ya mero, ya mero, sólo déjame unas semanas más, por favor.

—Me tengo que ir, Marcela, no me gusta que nos abran la puerta

por la fuerza —y comencé a vestirme.
3:00 AM.

Una vez satisfecho mi compañero, a mis lombrices les tocó el turno de hablar. Me decidí por el elotero. Al llegar con él, éste se encontraba ocupado enviando un video de Shakira por celular. Me enfadé de esperar y me pasé a la carreta de perros calientes.

—Tú también con celular.

—No, paisano, para nada, ahora mismo me lo guardo… Qué, ¿cuántos va a querer?

—Dos con todo.

—Estaba nomás checando cómo va mi dinerito… Sí, yo veo más allá… Siempre checando mi dinerito. Lo tengo en varios sitios de inversión. Cuarenta dólares en una y 20 en otra… Por eso me compré este celular con internet satelital. De aquí mismo compro y vendo… Sí… Poco a poco, no hay de otra… Esto es temporal. Así se empieza, ¿no?… Yo no quiero que mis hijos vayan a escuelas públicas, ahí se ve luego luego cómo están, yo por eso quiero superarme, por mis hijos, ¿sabe?… Sí, la gente nunca está a gusto, pues por eso yo les digo: «Crecimiento sostenido, crecimiento sostenido», más vale paso que dure y no trote que canse, no se me desesperen, ahí están los datos en el Instituto Federal de Acceso a la Información, por si quieren ver: las tasas de interés, el crecimiento económico, los índices macroeconómicos… Más vale paso que dure y no trote que canse… Este gobierno me dio mi casita, me dio mi negocito… Ai la llevamos… Para adelante… Poco a poco, no hay de otra… Más vale paso que dure y no trote que canse… Así es… Ya se vio que hay que ver al país como una empresa que necesita ser competitiva, pues no hay de otra… Pero poco a poco, sí señor, no hay de otra, ¿o sí?… Mire, a como yo la veo, definitivamente hay dos formas de enfocar la política económica: por el lado de la oferta o por el lado de la demanda. Promoviendo la inversión y el empleo, o con populismo. El problema de esta segunda opción es que genera inflación y desequilibrios macroeconómicos para México. Esto fue lo que hicieron los gobiernos del pasado. El resultado de esas

políticas fue endeudamiento, devaluaciones del peso y, finalmente, crisis económica… Lo mejor es una política fiscal responsable, porque más vale paso que dure y no trote que canse, ¿o no?

Lo interrumpí antes de que se contestara solo:

—Podría comportarse como hotdoguero, por favor, y dejarme comerme esta madre, por favor… Le juro que no sé de qué me está hablando.

En eso estalló una riña a tan sólo unos metros. Los puños de un albañil caían con fuerza sobre la nuca de su oponente, quien se mantenía encorvado lanzando golpes a sus costillas. Las patadas del otro le respondían y luego más puñetazos en la nuca. Una mujer de huesos anchos, sin cuello, velluda de la espalda hasta los brazos, y como de un metro 90 de altura, intentaba separarlos. Era por ella que se peleaban.

8:15 AM.

Me levanté de mal humor. No había obrado en días. Cargaba un pedazo de chicharrón adherido a mis tripas.

—¿Sí?

—Con Tomás Peralta…

—Él habla.

—Sí, mire —gritando del otro lado de la línea, una señora de unos 45 años de edad, seguramente hablando desde alguna calle, a juzgar por la algarabía y el sonido de los carros—, me dio su teléfono el licenciado Zepeda, ¿lo conoce?

—Sí.

—Estoy aquí afuera de su domicilio, es una especie de vecindad color hueso con el número 44 en la pared, ¿verdad?

—Sí…

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—¿Cómo?… ¿No le dijo el licenciado de un trabajo?

—Ah, sí… Pase.

Me vestí rápido. A los pocos minutos se escuchó la puerta. Allí estaba ella. Rosa Henderson era una mujer grande… No grande:

enorme. No gorda tampoco, sino alta, de espalda ancha y de estructura pesada. Vestía ropa para trotar: *pants* y sudadera de algodón gris; una banda amarilla sobre la frente; un termo plateado en su mano derecha y pesas amarradas a los tobillos y las muñecas. Su cabello era rojo, reseco y maltratado, tanto que parecía recién haber recibido una fuerte descarga eléctrica. Se notaba alterada.

—Mucho gusto, Rosa Henderson, para servirle —dije mientras sus ojos inspeccionaban mi estancia con ferocidad—. Tomás Peralta.

—Como le dije, me dio su celular y dirección el licenciado Zepeda porque requiero sus servicios para un asunto personal —dijo, mientras abría y cerraba uno de los cajones de mi cómoda—. Es que estaba mal cerrado.

—¿Mis servicios?

—Esta muchacha, qué bonita, ¿quién es? —había tomado el portarretrato con la foto de Marcela y su hijo en el parque.

—Mi novia.

—¿Cómo se llama?

—Marcela, ¿por qué?

—Por nada. Es sólo que se me hace muy bonita.

—Gracias.

—¿Me presta su baño?

—Lo comparto, se encuentra a la salida. Por este pasillo, antes de llegar a las escaleras. No sé si está ocupado ahora.

—No se preocupe, puedo esperar.

Los cocineros del cuarto de enseguida seguían trabajando a marchas forzadas. Iban y llegaban hombres de rasgos indígenas y corta estatura, los cuales se apoyaban en el barandal del pasillo esperando la llegada de su turno mientras hablaban en su idioma. La actividad era la misma a toda hora; sin embargo, aquellos rechinidos metálicos se magnificaban en el vacío de la noche para luego terminar perdiéndose entre el bullicio matutino, que era cuando yo dormía, por lo que en realidad su mido no me molestaba gran cosa. Desde tiempo atrás había notado que el boticario estaba metido en tratos con ellos. Siempre entraba un rato al cuarto de

enseguida al llegar de su trabajo y también antes de irse, seguramente ocupado surtiendo pedidos de Sudafed o de algún antigripal por el estilo. Ese día, mientras Rosa se encontraba aún en el baño, recibí la visita del boticario veracruzano. Se notaba nervioso.

—Hola, vecino, qué tal… —casi temblando.

—Qué pasa —contesté, seco.

—Tiene visita, ¿verdad?…

—Así es.

—Este, pues… Nomás le venía a pedir, pues, que de favor, pues, que tenga mucho cuidado con sus visitas, la verdad es que, verá, los compañeros del cuarto de enseguida no se animan a decirle porque dicen que usted se acelera muy pronto y no quieren problemas, pero pues, como yo me llevo bien con usted, ya sabe, pues me pidieron que le viniera a decir esto, es que, verá, ellos, pues su patrón es de cuidado ¿ve?, y entonces más vale llevar las cosas en paz, ¿no cree?…

—¿Estás diciendo que no tengo derecho a traer visitas a mi propio cuarto?

—No, no es eso, la verdad. Es sólo que ya una vez vino la policía por usted y por eso los puso nerviosos a los vecinos, por eso, y ahora que vieron a la señora que rápido se ve que es de dinero, pues tienen miedo de que pase algo que llame la atención… Usted sabe, esa señora no tiene nada que estar haciendo por estos rumbos, usted sabe, le llegan a robar el carro, o a robarla a ella, y pues, usted sabe… La verdad que esta gente es muy paranoica, es por lo que se meten, jaja… —y se rió; yo no lo hice—. Usted no les haga tanto caso, nomás le digo para que lo tome en cuenta un poco nada más, verdad…

—¿Ya terminó?

—Este… Pues, no, realmente venía por otro asunto también… Este, vengo a invitarlo a una fiesta que voy a dar aquí el próximo lunes con motivo de mi cumpleaños, ya incluso contraté a una banda que viene desde Sinaloa para que toque aquí en el edificio,

vamos a poner mesas y sillas en el patio, para que nos juntemos los vecinos, no…

—Ya veremos.

Se fue el boticario y encendí el televisor. Sintonicé un churro de gobierno. No hacía falta mucho para entenderle a la trama. El agente de la CIA experto en asuntos del Medio Oriente trataba de advertirles a sus compañeros del peligro que representaba un fulano líder árabe. Lo tildaron de paranoico al principio, le dijeron: «Vamos, Jack, creo que necesitas unas vacaciones», no le hicieron caso. Ahora él tenía que pelear solo, arriba de un avión, en lancha, en helicóptero y, por último, en la azotea de un edificio, solo contra todos los terroristas involucrados en la trama, con tal de salvar a su país y a su familia. Por su parte, Rosa Henderson regresó como a la hora. Nerviosa.

—¿Sabe qué? No me atrevo a pedirle el favor que venía a pedirle. Mejor me voy.

—Está bien —no sé si esperaba que la detuviera.

Y desapareció así como así. Creí que ése quedaría como el encuentro más bizarro de aquel día, cuando en eso, cosa de dos horas más tarde, se presentó a mi puerta un personaje aún más peculiar: Rubén, el chico Malaestrella. Incluso para referirme a él me decidí por ese mote basado en el mío. Era así de grande la afinidad que sentía por aquel infeliz.

Había comenzado a llover a cántaros, por lo que el chico Malaestrella se presentó a mi puerta completamente ensopado. Tocaba de una manera tan cautelosa que no lo llegué a escuchar sino hasta minutos más tarde. Le abrí. En apariencia el muchacho más común y corriente que uno pudiese imaginar. Era como si todo en él fuese promedio pero, repito, sólo en apariencia. Veinte años, estatura media tirando a baja, complexión media tirando a delgado, piel blanca tirando a moreno. Sus rasgos no eran ni demasiado suaves, ni tampoco toscos, sí falto de ángel quizá, pero con una mirada rencorosa que lo hacía memorable. Su manera de vestir, a pesar de todas sus penurias, no era en absoluto descuidada; sin

embargo, tampoco le alcanzaba para ser definido como una persona del todo pulcra.

—Rubén Cervantes, mucho gusto… Hasta que lo encontré, llevo días preguntando por usted… Fui a donde trabaja y me dieron esta dirección —dijo, triunfante.

—Eres de los que consiguen lo que se proponen —le dije, con una dosis de sarcasmo, la cual no fue recogida por él, mostrando en lugar de vergüenza cierta jactancia en su rostro. Sentimientos como la vergüenza, luego descubriría, actuaban en él de una manera muy selectiva. Era capaz de verse envuelto en las peores desfachateces sin siquiera notarlo, sólo para terminar inhibiéndose ante la menor frivolidad.

—Así soy yo —me contestó, con aquella modestia, y luego me espetó:

—Tú eres éste —mostrándome un recorte de periódico a la altura de mis ojos.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Léelo.

Era la nota donde se relataban los hechos ocurridos en la colonia Villa Bonita, tan sólo unas cuantas semanas antes, la cual recogía de manera muy breve mi testimonio de lo sucedido ahí:

—Esto lo hizo un cabrón con cuerpo de duende.

—Yo también lo estoy buscando —me dijo, con una convicción enternecedora.

—Te felicito, pero es muy temprano todavía. Es mi último día de descanso, te agradecería si vinieras con tu cantaleta en otra ocasión, por favor —yo, a punto de cerrarle la puerta.

—Entonces no te interesa.

—¿Tienes con qué me interese?

—¿Quieres que te pague?

—Lo tuyo suena a trabajo.

Terminé de pronunciar esto último y presencié por primera vez uno de los ataques delirantes del chico Malaestrella.

—Ya sabía, ¡ya sabía! ¡En esta ciudad nadie da un paso sin

huarache! Pero eso me pasa por pendejo, por andar esperando todavía algo de la gente. Las demás personas no son como uno, que trata de ayudar, de preocuparse; hay que jalar parejo. Uno le echa ganas, pero aun así no doy una —y fue por su cartera, de la cual extrajo una imagen del tamaño de una tarjeta de presentación—. Aquí traigo este San Juditas desde que llegué a esta ciudad, para ver si así me conseguía un buen jale, pero no, puras malditas derrotas… ¿Pues qué chingados estoy haciendo mal? No sé —y es que el muchacho estaba tan loco que, lo juro, se contestaba solo—, por eso no me quería poner estos tenis hoy —refiriéndose a los tenis blancos que llevaba puestos—, por eso, porque estaba nublado, pero dije: «Así, para verme bien con el compa, que al cabo que siempre está nublado y nunca llueve». Nuevecitos estaban, no ha llovido en todo el año, pero tenía que llover hoy, y ahora qué, ya me los chingué, y todo por venir con este pendejo. Nomás me los había puesto una vez con Lupita… —al decir esto se le cortó por primera vez la voz—. Pero es que yo no sé qué tengo que no doy una —incontenible, una lágrima escapó de su ojo. Aplastándola inmediatamente con la mano, Rubén me miraba rencoroso. No chillaba. Aquello era simplemente producto de la sangre que le hervía por dentro.

—Ya, ya, ya —le dije, absolutamente conmovido, mientras ponía mi mano sobre su espalda. No estaba asustado, como sería de esperarse en un caso de ésos. De hecho, hacía demasiado tiempo que no presenciaba una explosión de frustración y sinceridad semejante, y quizá la última vez que había visto yo algo así hubiese sido frente al espejo, en aquellos días en que yo mismo era un recién llegado en la ciudad. La escena me remontó a aquellos días. Eso fue lo que terminó por ponerme de su lado de manera instantánea. Qué puedo hacer, también tengo mi corazón—. Sabes qué, eres simpático —agregué—. Ya me ganaste, qué te puedo decir. Vámonos, de todos modos no tengo a nadie que me siga hoy, vamos por unas birrias y allá me cuentas.

Su rostro se le iluminó, recuperó su postura y me dijo:

—Me dio raite una compañera del trabajo. Trabaja de cajera conmigo. Está allá afuera esperándome. Quedé en que la acompañaría hoy a las seis a recibir a un grupo de música vaquera que llega de Sinaloa. Es que es la presidenta de su club de fans. Se llaman los Mister Zorro Musical. ¿Los conoce?

—Sí, creo que ya me dijeron de un grupo que llega hoy de Sinaloa.

—¿En serio?… Porque la verdad todavía no son muy conocidos aquí. ¿No la quieres conocer a ella?

—¿A quién?

—A la presidenta del club de fans de Mister Zorro Musical —y lo dijo el chico Malaestrella con aquel entusiasmo.

5:45 PM.

Muy risueña, la presidenta del club de fans de Mister Zorro Musical bajó de su Geo Metro modelo 89 y me extendió la mano. Con una de sus piernas afectada por el virus de la polio, Amparo era, por lo demás, una muchacha simpática y de mucho ánimo, de mejillas encendidas y ojos verdes.

—Amparo Sánchez, para servirle —con una risa nerviosa.

—Amparo, yo me voy a quedar aquí, te veo mañana —dijo Rubén.

—¿Sí le va a ayudar? —me preguntó Amparo, emocionada.

—Vamos a ver qué podemos hacer —dije, y Amparo desapareció quemando llanta.

—Ya se le estaba haciendo tarde, traía prisa —me explicó Rubén.

—Está bien, no te preocupes.

En el camino a pie rumbo a la cantina El Espolón, Rubén pisó dos diferentes mojones de excremento ubicados en puntos distintos. Primero íbamos de un lado de la calle, donde pisó la primera plasta, y de ahí nos cruzamos al otro lado sólo para encaminarse directo al segundo premio.

—¡Me lleva la chingada! ¡Ni siquiera iba distraído, cabrón! No me chingues, mis tenis, velos nomás —parecía que en ese momento

su conversación era con Dios, quien parecía no darle tregua—. Te juro que aquel hijo de su puta madre de arriba me odia.

—No lo digas así, por favor, te vas a salar más.

—Que se vaya a la chingada, ya me chingó demasiado, te juro que un puto rayo que me aviente el cabrón me pela los dientes.

Rubén mantenía su orgullo trabajando tiempo extra en todo momento. Éste y su infinito coraje eran los encargados de levantarle el espíritu luego de cada derrota. Simplemente no se daba por vencido, concediéndose siempre a sí mismo una estima alta, sin importar los tropiezos en el camino. Es por todo esto que el chico Malaestrella fue por su cartera al arribar la cuenta de la primera ronda. Rubén siempre llevaba el dinero de la renta consigo, exacto, y sin embargo prefería sacrificarlo antes que declararse en banca rota.

—No te preocupes, yo te invité —dije, y luego agregué, dirigiéndome a la mesera—: Señorita, ¿nos podría hacer mejor una cuenta?

—Yo tengo dinero —me aclaró Rubén.

—Yo sé, pero te repito, fui yo quien te invitó. Y a todo esto, ¿tú también descansas entre semana, o qué?

—Sí, me toca ir… Falté… Traigo problemas con mi jefe.

—¿Qué clase de problemas? —le pregunté desinteresadamente, sólo para hacer conversación.

—No sé pero te juro que no sé qué tengo pero es como si me detestara, ¿me entiendes? Como cuando tú ves a un cabrón que nomás de verlo te cae como patada en los huevos y se te revuelve el estómago, y ni lo conoces, sólo que tiene esa cara de mamón que te revienta las bolas y no sabes ni por qué. Es como si así me viera mi jefe a mí. Es por eso que lo entiendo. A lo mejor yo soy eso para él, ¿me entiendes? Porque a veces incluso le veo deseos de tratarme mejor pero no le nace, pues, y ve que le echo ganas pero ni así. Quizá me parezco al cabrón que se terminó cogiendo al amor de su juventud o algo así, digo, eso sería suficiente para que yo detestara a un hijo de su puta madre, te lo digo sinceramente, eh… Con

decirte que el puto no me da permiso ni para ir a cagar, cabrón… Amparo, la muchacha que me dio raite a tu casa en su carro, también me lo dice, que el ruco hijo de su puta madre se ensaña conmigo. Pero es siempre mi puta mala suerte la que me lleva a los peores lugares. Y así me pasa con las putas, igual, excepto con Lupita, que es distinta.

—Supe de un niño en Puerto Rico que quedó tuerto luego de estar jugando con una amiguita sobre un árbol. Mientras jugaban, la punta de una de las ramas fue a dar directo en su ojo y se lo sacó en el camino de vuelta. Llega el fin de año, el niño tuerto se encuentra acostado en su cama, muy tranquilo, cuando en eso una bala perdida atraviesa el techo y cae directo en el otro ojo. Eso sí que fue mala suerte. Yo vi al niño mientras lo entrevistaban y no tenía el mismo humor que tú. Luego, cuando estuve haciendo fila el otro día, mientras aplicaba para un trabajo de ventas por teléfono, junto a mí se encontraba un tipo parapléjico en su silla de ruedas. Había quedado así por estamparse con la parte trasera de un autobús mientras él iba a toda velocidad en su bicicleta de carreras. Resulta que mientras manejaba, alguien llamó su atención gritando su nombre para saludarlo. Él volteó, saludó al inoportuno aquel, y cuando se percató del alto del camión frente a él, éste ya se encontraba a dos centímetros. «¿Y sabes qué es lo peor?», me dijo, «que el tipo que saludé ni siquiera me caía bien».

Se requirieron sólo siete rondas más de cervezas ligeras para que el chico Malaestrella purgara todas y cada una de sus frustraciones en un modelo de confesión que se extendió de ahí hasta la mañana del día siguiente.

La historia de Rubén era una de medianas y bajas. Una línea interminable de descalabros con periodos intercalados de respiro diseñados sólo para mantenerlo con vida. El mundo inicialmente le dio una buena acogida, recibiéndolo en buena cuna, todo con el único propósito de acostumbrarlo a lo bueno y así verlo resentir con más ahínco las carencias por venir.

Rubén nos llegó de San Blas, Nayarit, lugar que lo vio nacer en

el seno de una familia de clase media. Contaba con apenas ocho años cuando sus tías por fin convencieron a su padre, capitán de un camaronero y, hasta ese entonces, único sostén de la familia, de que había cometido el error de casarse con una mujerzuela que lo engañaba durante sus ausencias, negando de paso el vínculo sanguíneo que lo unía al pequeño Rubén. La insistencia había sido demasiada. Y entonces Rubén padre desapareció. El chico Malaestrella se despidió de sus estudios para entrar por vez primera a un tipo de trabajo que lo perseguiría de por vida: el trabajo en el supermercado. Comenzó de paquetero y se mantuvo ahí hasta el día en que su madre se unió en concubinato con el director de una escuela cristiana, viudo y varios años mayor que ella. Contrario a su naturaleza rebelde, parece ser que Rubén, de 12 años en ese entonces, dio la bienvenida más gustosa a aquel extraño, en quien veía representado su acceso a un merecido periodo de descanso. Las cosas se compusieron a partir de ahí para Rubén, incluso a pesar de la cotidiana frialdad con que su propia madre seguía dirigiéndose a él. Tan sólo una octava parte del inmenso repertorio de anécdotas comúnmente barajadas por Rubén luego de varias cubetas de cerveza, en las que se ejemplifica la clase de desprecios que su madre vertía sobre él, basta para convencerse de que, definitivamente, a este pobre ni su madre lo quiso.

Rubén regresó a la escuela. Por lo que me cuenta («el ruco era a toda madre»), el muchacho le agarró buena estima a su padrastro, a quien no le regateó ninguno de los respetos otorgados de manera natural a la figura paterna. Al final todo esto sirvió para inflar a plenitud la bomba que reventaría el día en que sorprendió a un nuevo extraño cabalgando a su mami en la sala de su nueva casa, cierta ocasión en la que el señor director había dejado a Rubén en su cama con calentura sin que su pareja lo notara. La abrupta alteración del comportamiento de Rubén a partir de entonces, incluso a los ojos de su padrastro, resultó demasiado riesgosa para su madre, quien optó por acusarlo de drogadicción y robo. Pruebas destinadas a reforzar el argumento de la señora fueron sembradas

en el cuarto de Rubén al más puro estilo judicial. Alhajas del señor aparecieron de pronto en los cajones del chico, al igual que distintos tipos de sustancias ilegales. Viendo este escenario puesto en su contra por su propia madre, Rubén decidió quitarse del camino de una vez por todas. Pronto se encontraría de vuelta en los supermercados.

—Mi padrastro era buena persona, nomás era cuestión de darle por su lado con lo de la religión, y me ponía a llorar y a patalear igual que todos cada domingo, porque tú sabes, el hambre es dura y pues uno trata de no regresar a los tiempos difíciles, verdad. Total que así lo tenía contento y me pagaba todo, la escuela, los libros, la ropa, por lo que yo seguía llorando y pataleando cada domingo.

Entre sus múltiples delirios, Rubén también vivía convencido de que pertenecía al primer mundo, dado que su papá verdadero era un europeo. Supongo que todos estos delirios de grandeza son tan sólo uno de los tantos daños ocasionados por la ausencia de una figura paterna en su vida.

—Sí, yo también trabajé desde morro, pero yo soy huevón, a mí me gusta leer, aprender, usar el cerebro, pues. Tampoco soy de esos que se enorgullecen de ser bien trabajadores trabajando para un cabrón que te negrea, bola de asalariados con el cerebro lavado. Creen que se van a hacer ricos así. Te digo, cómo es la gente, pues, envidiosa, muerta de hambre, pues… Dale dinero a uno de esos cabrones y sabes qué hacen, les ponen unas llantotas gigantes a sus camionetas, te lo juro. Yo lo he visto. Y luego las viejas, no puede ser, llegan bajadas del cerro a tamborazos: les deberías ver las fotos que traen en sus credenciales de cuando apenas iban llegando del sur, y resulta que nomás les dan un hueso y esas mismas mujeres que llegaron aquí con una mano atrás y otra adelante, de pronto se convierten en estos seres déspotas y enfermos de poder que no los aguantas. Y a eso le llaman superarse. A pintarrajearse todas y llenarse de pupilentes, aretes y anillos como prostitutas… Porque te digo que el poder enferma, pero dale poder al indio, pues, ya ves… Yo no estudié, pero sé que hay que estar preparado para mandar y

que no se te suba con el primer hueso que te den, no… Pero así es el tercer mundo, y todo por la culpa de la puta de mi jefa, que quiso amarrar a un pescador en vez de contactar a mi verdadero papá, que es un europeo, cabrón. Cómo la ves… Eso es lo que decían mis tías, que a mi mamá se la habían cogido muchos europeos del hotel en el que trabajaba, y que uno de ellos era mi papá. O sea que yo soy de primer mundo, cabrón, y sin embargo, aquí estoy batallando con esta bola de perros. Chingada madre, perra mi suerte, carnal.

Un manjar de estudio psicológico, Rubén creía que todas las mujeres eran tan promiscuas como su madre, de hecho vivía atormentado por ello. Era como si su razón de existir fuese encontrar por fin a esa santa capaz de rescatar del descrédito el concepto que él mismo tenía de las mujeres.

—La verdad yo sí era un poco celoso con Lupita —me dice Rubén, con aquella franqueza que lo caracterizaba—. Nomás no lo puedo evitar, cabrón. La verdad es que a mí me ha ido muy mal con mis mujeres. Por eso me vine de allá, porque tuve problemas con una ruca con la que estaba viviendo. Bajita, piel morena, cabello lacio, ojos hermosos, grandotes pero no saltones, ¿me entiendes? Con unas pestañotas largas que no ocupaban de nada para ondularse solitas, cabrón. Yo la quería mucho pero ella todo se lo tomaba a la ligera, ¿me entiendes?

—No.

—¿Cómo explicarte?… Hazte de cuenta que no era muy cariñosa, pero tampoco era mala persona, no, para nada. De hecho nunca hablaba mal de nadie, ni era envidiosa, ni celosa, ni posesiva, ni nada de eso. Era sólo que era fría, ¿me entiendes? Entonces que le digo: «Vente a vivir conmigo». Y me dice: «Ah, está bien». Pero, tú sabes, ella nomás en las nubes.

—Era distraída entonces…

—No, para nada, no sé cómo explicarte…

—¿Tenía mal humor?

—No, eso menos que nada… Ni tampoco depresiva… Mira, yo la quería mucho, sólo que yo nomás no sabía qué hacer para llamar su

atención, ¿me entiendes? Por más que me esforzaba no veía que ella se entusiasmara mucho por nada que viniera de mí, en cambio cuando íbamos al mercado juntos y veía a cualquier hijo de su puta madre haciéndose el gracioso, entonces a ella se le encendía toda su carita de una manera que nunca lo hacía cuando estaba a solas conmigo. Y no se diga cuando salíamos a bailar. Ni siquiera me volteaba a ver… Te repito, no era que me hiciera mala cara, ni nada, era sólo que…

—No te quería —le dije finalmente.

—Sí, eso era, pero entonces por qué se fue a vivir conmigo, así como así, a la primera, sin pensarlo dos veces… No tenía problemas en su casa, eso era seguro. ¿Entonces por qué?

—Mujeres…

—Así es. El caso es que yo nomás no me quise hacer a la idea de eso que tú dices, y entonces me comencé a poner muy maniaco; te repito, yo la quería mucho, me pasaba todo el día oliendo sus camisas sucias porque me encantaba el aroma de su sudor, y sus calcetas y hasta su ropa interior, y entonces nomás llegaba de su trabajo y la comenzaba a chingar, tú me entiendes, era mi desesperación: «¿Quién te trajo esta vez? Llegaste muy temprano hoy, puta, no te creo que te hayas venido en camión… ¿Quién te regaló este broche? Andas de puta, ¿verdad?, me estás viendo la cara de pendejo, cabrona»… Y así y así, pues… No lo podía evitar, la cagaba y la cagaba y embarraba todo a mi paso. Pero lo peor era en la cama; yo me volvía loco de tener a la vieja más hermosa conmigo, tan cerca, y a la vez tan lejos, ¿me entiendes? No la podía hacer mía, carnal. De hecho, en el mejor de los casos ella nomás fingía, y de la manera más falsa… No era muy buena actriz. Fría en la cama como no tienes una idea. Total que a mí ya ni se me paraba. Era mucha la humillación. Sentía que me iba a volver joto en cualquier momento con esta vieja traumatizándome a tal grado, y ella ni se daba cuenta de lo que me provocaba. No se daba cuenta de lo que me hacía al no hacer nada. Me estaba volviendo loco de la desesperación, cabrón. Entonces pasó lo que tenía que pasar: se fue

con otro cabrón de su trabajo. Y no creas que un tipo guapo, bien parecido, elegante; para nada, eso me consta, era un feo y mugroso hijo de la chingada, hasta se me quitó un poco el coraje cuando lo vi. Feo, pero feo con F de culo, el cabrón. Y deja tú lo feo, más muerto de hambre que yo, pero eso sí, un hijo de la gran puta, eso sí. Se la llevó a la muchacha y le comenzó a poner sus putazos y la otra pendeja encantada, y así hasta que el cabrón se enfadó y se fue con otra vieja todavía más culera que él. Para ese entonces este cabrón ya le había hecho un hijo a Brenda. Eso sí, la muchacha no vino conmigo a pedirme que volviéramos ni nada… A mí nomás me dio mucha tristeza todo aquello y mejor me vine para acá para empezar de cero, y me traje esta estampita de San Judas que dicen que es buena para encontrar trabajo y entonces conocí a Lupita y todo se me arregló por un tiempo. Te juro que hizo que me olvidara de Brenda por completo y entonces pasó esto por lo cual vengo contigo a pedirte que me ayudes, ayúdame por favor, cabrón, yo te juro que te voy a pagar, me corto un huevo si no…

—Por un momento creí que ya se te había olvidado a lo que venías conmigo.

—Cómo se me va a olvidar, es lo que he esperado toda la noche para decirte, pero no sé cómo…

—¿Por qué?

—Es que quiero matar al Duende yo también. Tiene secuestrada a mi vieja y no sé dónde está, cabrón, tengo un chingo buscándola, ya no sé ni qué hacer, carnal. Me estoy volviendo loco. Te digo que me voy a suicidar si no la encuentro. Ahora sí. Te lo juro.

—Pero por qué no me lo dijiste desde un inicio, cabrón.

—Tú no me quisiste ayudar, luego me invitaste aquí y yo vine con tal de convencerte de que me eches la mano en esto. «Capaz de que nos hacemos compas», dije, «y te convenzo».

—La muchacha es especial para ti.

—Lupita es diferente a todas las demás putas que he conocido. Te juro que es en la única mujer en la que yo he podido confiar. Nos contábamos todo, cabrón. Tenía problemas en su casa, yo la

estaba ayudando. Le daba apoyo, pues… ¿Sabes cómo la conocí? Una vez que ella iba saliendo con sus papás del templo de los testigos de Jehová que queda por la casa. A la otra semana yo estaba también ahí. Así fue, cabrón, amor a primera vista. La vi así, seriecita, con sus papás, y luego esa mirada, como con una paz, carnal, indescriptible, cabrón. Yo iba para el trabajo, en la tarde, escuché violines la primera vez que la vi, de verdad… Mariposas sentía en el estómago, carnal. Melena castaña y ondulada, arribita de los hombros, piel cremosita, ¿sí me entiendes? No lechosa. Cremosita. Así, nomás tantito tostada, pues, para darle ese toque como de vainilla… Y con su nariz recta y muy elegante, no creas que una de esas narices que se pierden sin pasar sin pena ni gloria. No, elegante… Amor a primera vista. Me fui con todo. Averigüé cuál era su congregación, a qué grupos de estudio ella iba, hasta me tuve que cambiar de trabajo para ello, pero todo de una manera muy disimulada, que ahí luego luego se las huelen, porque al final son igual de calientes que uno, y la misma Lupita tenía como doscientos changos detrás de ella. Pero yo era el mejor parecido, eso que ni qué… Me fui con todo, como no tienes una idea. Dejé de tomar, dejé de usar palabras que no se deben usar ahí… La ropa no había problema, yo siempre me he vestido bien, eso también me ayudó mucho. Bien rasuradito como siempre. Y otra vez a leer el libro sagrado todos los días para ponerme al corriente con los demás, y así me le fui acercando poco a poco.

—¿Pero entonces cómo desapareció, Rubén?

—Eso es lo que me tiene más desesperado, carnal, que me quiero matar. No lo puedo creer, fue frente a mis narices. No sé qué pasó. Me estoy arrancando los pelos de la desesperación. Por eso te pido que me ayudes a buscarla ahora mismo y nos dejemos de pendejadas, por favor… Vámonos ya.

—Te digo que me cuentes primero.

—Fue en la Morita, a mí me acompañaba un anciano, don Fermín, que lo hacía ir para donde yo quisiera, y por eso siempre íbamos detrás de Lupita y la señora Elena. Para cuidarlas, tú sabes,

y sin embargo, ese día en la Morita me distraje y Lupita desapareció frente a mí. No lo puedo creer. Don Fermín se esmeraba en hacerle ver los claros y evidentes signos del Apocalipsis en el mundo a un ama de casa con cara y cerebro de tejón, obligándome a sacar de su maletín uno tras otro los diferentes folletos que validaban su argumento. Me distraje. En eso escuché a doña Elena a mis espaldas gritando que se habían llevado a Lupita en una *van* manejada por el Duende… Sus papás le pusieron así, Lupita, como la Virgen, cuando ellos todavía eran católicos. Su nombre provocaba muecas en toda la congregación. No tenía otro. A mí se me hacía chistoso —y Rubén se quedó pensativo.

—Ya vámonos —dije yo—. A partir del lunes por la mañana vamos a buscar a ese hijo de su puta madre hasta que lo encontremos.

Veo la hora, son casi las cuatro y media. Están a punto de cerrar.

—Está amaneciendo, por qué no me acompañas a la Cagüila, orita está saliendo mi vieja de trabajar.

—¿Es una broma?

—No.

—Ah, está bien.

—Vamos, allá te disparo un champurrado de ciruela y un tamal de elote que venden afuera. Están buenos. Se antoja con este frío. ¿Tienes hambre?

—Mucha.

Jueves, 8 de febrero. 4:30 AM.

La gente en las paradas de autobús rumbo al trabajo. Despertadores sonando por todas partes como navajas destazando sueños. Bomberos intentando bajar del barandal de un balcón de hotel de varios pisos a un gringo encuerado que amenaza con arrojarse al vacío en medio de un viaje psicotrópico. Cada vez menos prostitutas. El periodiquero. Más gringos fumigados. Llegamos al estacionamiento. Marcela aún no sale. Pago mi champurrado y mi tamal, más el champurrado y los cuatro tamales que Rubén se devora en un segundo. Percibo un fuerte olor a cereza

artificial. En efecto, es Marcela. Para esa hora la concentración de perfume barato en su cuerpo es tal, que casi te hace llorar los ojos cuando se acerca. Hago las presentaciones: «Marcela, él es Rubén», y viceversa. Está enojada. Me dice que me ha esperado toda la noche. Me justifico. Quedo en verme con Rubén el lunes. «Desde temprano», me advierte. Accedo. «Mucho gusto», se dicen. Me voy con Marcela en taxi. La dejo en su casa. Se encuentra cansada. Quiere bañarse y tirarse a dormir conmigo en su cama sin más demora. Me despierta mi celular. Rosa Henderson. Salgo del cuarto de Marcela rumbo a la sala para tomar la llamada. Dice que es urgente. Nos quedamos de ver en un estacionamiento contiguo a la línea fronteriza, tan sólo a unas cuatro cuadras de distancia de la casa de Marcela. Me baño ahí mismo. Le aviso a Marcela que vuelvo en un rato más.

2:45 PM. A 300 metros de la línea fronteriza.

Allí está Rosa Henderson, de nuevo vestida como trotadora, recargada sobre su sedán japonés del año, color dorado, con quemacocos y asientos de piel, el cual piensa dejar en el estacionamiento para cruzar a pie la línea fronteriza. Necesita comprar un regalo para un beibi chágüer.

—Buenos días… Ay, quiero que me disculpe por lo de ayer.

—No se preocupe. ¿Qué se le ofrece? —la cabeza me daba vueltas.

—Sí, mire, ¿conoce usted a doña Chayito Valdez? Es la que organiza los desayunos Madre Teresa de Calcuta en la Ciudad de los Niños.

—No.

—¿No me diga que no la conoce?… Usted no es de aquí, ¿verdad?… En fin, es una persona que ha hecho muchas cosas buenas por la ciudad. La quieren mucho aquí.

—¿La secuestraron?

—No, no, ni Dios lo mande, no. Nada de eso. Es sólo que ella es hermana de don Antonio Valdez… Tu patrón, muchacho.

—Por ahí debió haber comenzado.

—Pues verás, el otro día, en el té canasta que organizamos en beneficio de las víctimas del huracán Katrina, nos encontramos todas con la sorpresa de ver a doña Chayito de vuelta en sus actividades altruistas. Todas le preguntamos por Toñito. Nos contó que había salido libre gracias a un muchacho que trabaja para él. Me fui a la casa bien cansada ese día y azoté en la cama. Al otro día que me levanto temprano y hojeo el periódico me topo con este mensaje…

En eso me extiende una hoja de periódico doblada varias veces.

—Lea éste de aquí.

Se refería a un anuncio en específico. No pude contener la risa al leerlo:

«Me llamo Kitzia y estoy buscando a un chico roquero que odia el pop y la música de banda, igual que yo, lo conocí el viernes 16 de octubre en la plaza… lo único que sé es que su nombre es Roberto y tiene 29 años… es alto, de hombros anchos, tiene su barba bien delineada y es moreno claro… está estudiando la carrera de diseño gráfico y tocaba antes la batería en un antro de atrás de la Comercial Mexicana que ya cerró… necesito encontrarlo… favor de escribirme si lo conocen o díganle que Kitzia lo está buscando por favor… gracias mi correo es darkitzia@redwire.com…».

Dios los hace y ellos se juntan.

—En cuanto lo leí supe que ése era mi hijo, ¿sabe?… Verá, es que nos da miedo que se nos quede; por más que le hemos ayudado su papá y yo, nomás no… Ya una vez le trajimos desde Guerrero a una muchacha que conoció por el internet, se gustaron porque les gustaban los mismos grupos de rock, ya ve cómo son los muchachos de ahora, pues le pagamos el boleto de avión a la mocosa. Por eso le dijimos: «Hijo, ponte a dieta, ponte a dieta, no quiero que la muchacha se asuste, acuérdate de que ya no estás como en la foto que pones en tu computadora. Tito, yo te aconsejo que te pongas a dieta». Pues no, no nos hizo caso, vino la muchacha y se asustó. Tampoco creas que la muchacha era la gran cosa. La trajimos, le pagamos el boleto de avión y resultó que se pasó todas las

vacaciones en casa de su prima y siempre le decía que no podía verlo que porque ya había quedado de ir a otro lado con su familia. Ésa fue una. Total que le llevo este periódico a Tito y se le ve luego luego la emoción en la cara. Le escribió y toda la cosa y a los días me pide el carro. «Adelante, matador», le digo, y se lo lleva. Ya en la noche nos regresa con la cara toda golpeada, la ceja cortada, el ojo hinchado, la cabeza partida y de pilón con el vidrio de este carro todo estrellado. «¡Qué te pasó, mi hijo!», yo le digo. No nos quiso decir nada. Lo llevamos al hospital para que lo curaran pero no nos dijo nada allá tampoco. Se emberrinchó. Por eso se me ocurrió contactarlo a usted, para saber qué fue lo que le pasó. Estoy preocupada, no sé si se metió en problemas, no sé… Quizás algo pasó con la muchacha… No me interesa lo que nos cobre, queremos que Roberto esté bien. Yo tengo una corazonada, siento que esta muchacha no hizo nada malo, se ve por este papel que se entiende con mi hijo, como te digo, es sólo una corazonada, pues, pero el caso es que Roberto dice que no quiere saber nada de ella, y yo le pregunto: «Hijo, ¿ella te mandó golpear?». Me dice que no, que fue otra cosa, pero yo ya no sé si creerle.

—Yo puedo madrear a los que le pegaron a su hijo, nomás con que él me diga quiénes fueron.

—No le va a decir.

—Cómo quiere que le haga entonces.

—Espéreme aquí tantito.

Fue hacia la cajuela de su carro. Sacó de ahí un enorme costal, el cual me entregó.

—Todo esto lo compré de segunda, pero le va a servir. Con esto se va a ganar su confianza. Hoy va a haber un concierto de rock en el estacionamiento del hipódromo, usted va vestido con esto y le comienza a sacar plática. Así de sencillo, también está falto de amigos. Todos sus compañeros del grupo ya están casados, todos menos él, que quiere seguir a fuerzas con el rollo de la música.

—Hoy trabajo.

—No se preocupe, eso yo ya lo arreglé. Hable con el licenciado

Zepeda, por si no me cree. Ya sacamos cuentas; le doy 3000 pesos por contactar a mi hijo y otros 7000 más por solucionar todo el problema de la mejor manera… ¿Qué me dice?

6:00 PM. Colonia Libertad.

Regresé a casa de Marcela con el costal que me entregó Rosa Henderson. Dentro del costal había toda clase de porquerías ridículas que yo jamás me iba a poner: pines con logotipos de conjuntos musicales, camisetas negras con estampados violentos, botas mineras, esmalte negro para uñas, anillos con forma de esqueleto, etcétera.

Por su parte, Robertito era todo un caso. Caderas anchas, amplia estructura ósea, rapado a coco, con una barba de chivo como de 10 centímetros de largo y hombros caídos y busto caído también. Al principio creí que sería fácil reconocerlo, hasta que llegué al estacionamiento del hipódromo y me encontré como con 1000 muchachos idénticos. Todos vestidos con camisetas negras. Me comencé a preocupar. Su madre no me había advertido de esto.

El programa de la noche incluía grupos con nombres como Escorbuto, Cirrosis Hepática, Hemorroides y Vasca Humana, pero lo más bonito de todo era la tierra seca que se alzaba para mezclarse con la pirotecnia del escenario, mientras los chicos de negro bailaban debajo de ella. Sudor y mugre por todos lados.

Lo que no entiendo es por qué asocian esta música con la rebeldía. Rara vez me ha tocado ver a un muchacho jodiendo a todos sus vecinos con metal a todo volumen a las dos de la mañana. No, estos roqueritos regularmente son la mar de prudentes. Luego tienes a los vaqueros norteños con sus camionetotas y su música vaquera cagándose en la tranquilidad de todo el mundo y valiéndoles un cacahuate las demás personas. ¿El rock, música de rebeldes? ¡Bah! No en mi diccionario. Más bien, música de gatitos. Sí. Gatitos.

Por fin lo encontré. La situación resultó ser aún peor de lo que me imaginé. A Robertito lo rodeaba un grupo de muchachos, quienes lo animaban a empinarse una cerveza tras otra. Tenía que

ser él. Yo, por mi parte, no estaba dispuesto a hacer el ridículo, así que me fui vestido con la misma camisa de seda plateada que traía desde la noche anterior, mis Wrangler y mis botas de avestruz. Sin sombrero. Nunca uso. No me gusta.

Quité a los chicos frente a mí y me fui sobre Robertito con toda mi fuerza. Estrellé mi hombro contra su seno derecho. El pobre gelatinoso salió volando varios metros. Fue como mover un enorme globo lleno de agua. Mis manos se zambulleron dentro de su estómago flácido por unos instantes. Comencé a atizarle puñetazos en la cara y luego lo llevé a rastras camino a la salida.

—Embarazó a mi hermana —me tomé la molestia de aclarar.

Ninguno de seguridad por ningún lado, como ya lo había yo confirmado horas antes. Mientras tanto el chico metalero seguía sin decir una sola palabra. Ni siquiera me preguntaba: «¿Pero yo qué te hice?». Probablemente era la confusión, probablemente sentía que se lo tenía bien merecido. No sé. Lo único que sé es que todo ese tiempo los demás chicos barbones y con las imágenes violentas estampadas sobre sus ropas se comportaban como gatitos indefensos, observando cómo me llevaba a uno de sus hermanitos. Por fin me preguntó:

—¿Qué está pasando? Me confundes.

—Es muy probable. Todos se parecen. Aun así, tú eres el caso más grave, chico gelatinoso. Tienes que despertar, tu madre me pagó una buena lana para rescatarte de aquí y yo vengo decidido a hacer un buen trabajo, rápido y a mi manera, dado de lo crítico de la situación. Y ahora vámonos a conseguirte una hembra con quien procrear, que tu familia ya te quiere fuera de su casa. Ya tienes 31 años, pendejín; si todo esto no lo entendiste por las buenas, ya es hora de que lo entiendas por la mala. Veme como tu salvación. Por lo pronto nos vamos a ir a la segura; necesito que me lleves con la puta que te escribió en el periódico. Tu mamá no me pagó exactamente por esta clase de servicio, lo que pasa es que tengo prisa, muchacho, necesito salir de esto pronto.

—Ya sé de quién hablas. Mi mamá bien que enfada. Vive en una

colonia que se llama Terrazas, yo te llevo, pero tú la buscas solo, si es que para eso te pagó mi mamá. Tú haz tu trabajo. A mí déjame en paz. Ni me gustó la muchacha, que al cabo.

Dos, tres bofetadas para que reaccionara, y luego:

—¿Pero qué te pasa, pues? —me preguntó una vez más, cada vez más despierto.

—Cómo te voy a dejar hoy es poco comparado con cómo voy a dejar a esos que te madrearon, pero primero necesito que me digas cómo fue.

—Kitzia y yo nos habíamos quedado de ver en la plaza. La verdad es que sí nos caímos bien, igual que la última vez que nos vimos. A ella también le gusta el death metal y los mismos cómics que a mí: el *Venom*, el *Iron Man, Thor, The Punisher*, el *Silver Surfer*, el *Capitán América, Calabozos y Dragones*. Además de que los dos odiamos a Superman por puto. Esa noche fuimos a ver una película de terror, de ahí fuimos a las nieves, platicamos un rato y luego la llevé a su casa. Queda por esta colonia que te digo que se llama Terrazas. Nunca había ido yo para allá. Era de noche, así que voy lento porque hay un chingo de baches por todos lados. La colonia esa está aún sin pavimentar. Y en eso que ya vamos llegando a su casa cuando se me cuartea todo el vidrio de enfrente de un rocazo. Kitzia se asustó. Me bajo a ver qué es lo que pasó y veo una piedrota sobre el cofre y entonces salen como cuatro muchachos con pinta de cholos, de la nada. De volada se me echa uno encima: «¿Qué traes con mi carnala, puto?», me dice, y yo nomás les decía: «Cálmense». «¡José! ¡Ponte en paz, José!», gritaba Kitzia, y a mí me decía: «Ya vámonos, Roberto». Voy al carro, abro la puerta, saco unos poemas de William Blake que traigo, y les digo: «Lean esto y expandan su percepción; ustedes y yo no somos más que parte de un engranaje podrido», y les estoy dando las hojas que te digo cuando, madres, se borra todo. Recibí un batazo en la cara. Aquí nomás. De ahí me comenzaron a agarrar a patadas y ya no supe más. Afortunadamente no se llevaron el carro. Mi jefa me hubiera agarrado más feo a chingadazos. Es su adoración ese carro.

8:45 PM.

Le pedí a Robertito bajarme dos cuadras antes de llegar al domicilio de su chica. Yo lo arreglaría todo desde ahí. Quería verme a solas con José, el temible hermano de Kitzia. Ahora Roberto se podía ir tranquilo a dormir a su cama con la seguridad de que al día siguiente amanecería con una nueva perspectiva de vida al lado de su media naranja.

4

Tomás, yo he visto lo que es la muerte en la cara de las personas que no vivieron como ellos hubiesen querido. Es lo peor. Es lo más horrible. Se me pone la carne de gallina nomás de pensarlo. Por eso no te queda de otra más que aprovechar tu juventud, ahora que puedes. Nunca te dejes atar por nadie. El día de tu muerte ninguna vieja te va a reconfortar por el dolor de no haber hecho lo que quisiste. Ya de viejo qué, nomás le queda a uno esperar. Entiende que creces, agarras la onda, y ya nomás te quedan unos 30 años más en los que ya no puedes hacer gran cosa. No dejes que nadie te haga güey. Tú no le debes nada a ninguna vieja. Es lo que le digo a mi hijo. Me tiene muy preocupada el cabrón porque él es muy bueno. No quiero que me lo hagan pendejo.

El altísimo grado de importancia conferido a estas sabias palabras volvía extremadamente difícil rechazar la oportunidad de saciar de una vez por todas mis deseos de revolcarme con una joven y gorda pelirroja, como la que en aquel momento se me insinuaba de la manera más descarada en la misma cafetería a la cual yo la había invitado con la noble intención de discutir el asunto de Robertito.

Desde la primera vez que puse un pie en este nuevo oficio en el que ahora servía, me planteé la necesidad de ejercerlo de una manera profesional y digna, todo con el fin de mantener cierta reputación sobre mi trabajo; sin embargo, tan pronto como ahora, apenas en mi segundo caso, ya caía yo de lleno en las garras de la tentación.

—No, pero cómo quieres que vaya con él. Estás loco.

—Kitzia, no te comprendo, tú misma te tomaste la molestia de

escribir en el periódico una nota, buscándolo. No me hagas ahora quedar mal.

—Sé que escribí esa nota, Tomás, pero te repito que me encontraba con mi autoestima por los suelos, me estaba haciendo daño a mí misma buscando a otro fracasado. Aquel otro inútil me acababa de mandar a la goma y yo seguía bien idiotizada por él, así que vi a este otro tonto que se le parecía, y luego con los mismos gustos, y pues de ahí me quise agarrar, tan siquiera como premio de consolación. No lo entiendes… Pobrecito, no se merecía que mi hermano le pegara de esa manera, pero es que él mismo lo confundió con Israel, entiéndelo. Israel me hizo mucho daño, me pegaba, me hizo abortar tres veces, me engañaba de la manera más descarada, y ahora el pobre Roberto pagó los platos rotos. La verdad es que están casi idénticos para el que no los conoce bien. Incluso hablan igual. Yo acepto que todo esto fue mi culpa.

Recuerdo la vez que hice aquel tonto comentario frente a Marcela. Dije algo así como: «Con esta gente adónde vamos a parar», o algo por el estilo. «Pues a mí me gusta el mundo tal y como está, Tomás. A ti también debería gustarte; no ves que mientras todos los demás andan pendejeando, como dices tú, pues a ti te toca de a más… ¿no?».

«Pues sí», qué más le podía decir. Tenía razón.

5

Viernes, 9 de febrero. 2:30 AM.
Fraccionamiento Terrazas.

Intenté por todas las maneras posibles convencerla, más no hubo modo de que la muchacha accediera a darle una segunda oportunidad a Roberto, así que unas horas más tarde Kitzia y yo nos revolcábamos ya más resignados en su propia cama individual. La parte del poscoito y el cigarro me sirvieron para pedirle de favor que al menos le diera alas a Roberto, tan sólo el tiempo necesario para permitirme cobrar el total de mi comisión. Era todo lo que le pedía. Sonaba sucio pero sólo sería por esta vez. Al final accedió. Al día siguiente yo llevaría triunfante a casa de Rosa Henderson tanto a Kitzia como a su hermanito, listos para disculparse con aquella familia a la que habían causado tanto daño debido, nada menos y nada más, que a un malentendido.

José, el hermano de Kitzia, era un chamaco de 17 años de lo más simpático, envuelto en una trama de canción de reguetón con uno de sus primos, con quien compartía una mujerzuela:

—Te digo, Chepe, la ruca quiere contigo pero adora mi pene todavía. Es lo que le dije: «Morra, qué andas haciendo mamándomela si ya andas con mi primo».

—¿Y qué te dijo? —preguntaba José, no muy consternado, mientras colocaba las agujetas a sus tenis nuevos.

—No podía hablar, ja.

Por lo demás, José era un muchacho completamente sano, arrepentido de sus actos y con la mejor disposición de remendar sus errores, cooperando conmigo en aquella farsa que estábamos por

montar en casa de Rosa Henderson. Hacia allá nos dirigimos los tres juntos en un taxi pagado por mí —mi camioneta seguía con el mecánico—, atravesando la lluvia tétrica de aquel viernes por la mañana. Doña Rosa misma nos abrió la puerta de su hogar. Se le notaba su asombro al ver que Kitzia era mucho más de lo que ella esperaba para su hijo: llevaba un sencillo y discreto vestido primaveral de una sola pieza, el cual hacía mucho por su figura, debo decir. Robertito, por su parte, y contrariando mis advertencias telefónicas hechas tan sólo unas horas antes, en un último intento por llevar las cosas a buen puerto, seguía disfrazado de adolescente inadaptado a pesar de sus 31 años.

—*What are you doing here, John? I told you I didn't want you around, now go upstairs!* —gritó irreconocible Rosa Henderson, como quien le grita a un perro desobediente, en este caso su esposo, quien leía el periódico muy tranquilo en uno de los sillones de la sala.

El tal John era un cincuentón caucásico, de cabello ralo, complexión delgada y postura encorvada, con un rostro sorpresivamente familiar, el cual no lograba ubicar dónde lo había visto antes, consiguiendo con esto un sentimiento de ansiedad que no me dejaría en paz por el resto del día. Igual de extraño fue para mí notar que el esposo de Rosa, a su vez, escudriñaba mi rostro con la misma curiosidad mientras se levantaba de su sillón camino a las escaleras.

—*Get the fuck out, John!* —volvió a gritar Rosa, cada vez más alterada—. Es el tonto de mi marido, como siempre metiendo sus narizotas en donde no debe. El papá de Robertito falleció en un accidente hace ya tiempo, y entonces yo me casé con este papanatas, que lo quiero mucho… ¡Pero qué bonita está tu novia, hijo! —exclamó Rosa, cambiando nuevamente de tema.

—Gracias, mamá —contestó Robertito desde atrás, separado varios metros de Kitzia, quien se encontraba pegada a mí y completamente aterrada.

—Aquí viene José también, a disculparse por lo del vidrio de su

carro —dije yo, acercando a José con mi mano sobre su espalda—. Ven, José.

—Perdón, señora, es que…

—Ay, no te preocupes, hijo, al fin de cuentas estabas protegiendo a tu hermana, ¿no? Ya me lo explicó todo Tomás —dijo Rosa.

—No te preocupes, cuñado —agregó Robertito.

Me reservo más detalles de aquella reunión destinada al desastre debido a lo bochornoso del asunto, pero el caso fue que la señora pagó ahí mismo y muy contenta, por lo que yo salí volando antes de que se me cayera el teatrito.

6

Ese mismo viernes por la noche me presenté a trabajar en el Mondo Bizarro. Llevaba dos días sin ir a mi casa ni ver a Marcela. Lo bueno era que guardaba mi uniforme, mi rastrillo y mis lociones en el casillero del trabajo. Sabía que un baño ruso me dejaría como nuevo otra vez. Llevaba una agenda muy apretada ahora con mi nuevo oficio. Cada vez me volvía más solicitado. Era tiempo de independizarme. Lo había decidido así, aquélla sería mi última noche laborando en el Mondo Bizarro. Pensaba independizarme poniendo mi propio despacho en un local ya vislumbrado por mí sobre la avenida Díaz Ordaz. Don Antonio me había ascendido a coordinador de operaciones, un puesto con más de 30 personas a mi cargo, el cual incluso me permitía disfrutar con más holgura de las atracciones del lugar. Sin embargo, aún me encontraba insatisfecho. Uno siempre se enfada de lo mismo, por más que el ambiente al principio se presente excitante. Mi propio empleo se me antojaba vulgar, prácticamente indigno, mientras que la perspectiva de sucumbir, ahora sí por completo, a la arrogancia inherente al desempeño de mi nuevo cargo me parecía por lo menos asquerosa.

Ese viernes me avisaron por radio de un alboroto que estaba sucediendo en la entrada. Al parecer la situación no había podido ser controlada por mis muchachos, y requería de mi intervención. A simple vista no parecía mayor el problema, tan sólo un grupo de vaqueros que se veían muy mal en bola intentando entrar con mucho escándalo en un establecimiento completamente extraño a su respectivo hábitat. Aun así yo iba decidido a explicarles, de la manera más razonable, las condiciones de nuestro derecho de admisión a estas personas.

—Ahí viene Tomás —dijo uno de mis muchachos.

—Hey, hey —dije—. Ya fue suficiente de jaloneos —agregué, con la situación supuestamente bajo control—. ¿Qué está pasando aquí?

—Ese es —dijo una voz conocida en la oscuridad, y en eso un cachazo desvió de por vida mi tabique, triturando parte del cartílago de mi nariz, mientras mis manos eran fuertemente sujetadas por dos vaqueros de cada lado. Luego nada.

He leído en el *Selecciones* suficientes testimonios de personas que afirman haber sido abducidas por platillos voladores mientras se pasean inocentemente por sus campos de maíz. Eso mismo me pasó a mí en mi último día de trabajo en el Mondo Bizarro, de donde fui succionado con todo y mis 85 kilos de peso por una camioneta modelo Suburban llena de vaqueros norteños, la cual arrancó de la avenida Revolución quemando llanta y a toda velocidad.

—Ahora sí que la cagaste, hijo de tu reputa madre —me venían diciendo—. Si no te matamos en tu jale es porque tú vas a terminar con la cabeza puesta sobre tu culo y con tu propia verga dentro de tu garganta.

7

En efecto, suena a cliché pero para mi vergüenza ésa era la situación en la que me encontraba yo mismo: metido en una película de los Almada, rodeado de mensos fantaseando con Al Pacino en *Cara Cortada*. Yo, Tomás Peralta, envuelto en una letra de narcocorrido. Ni más ni menos. Así de miserable me sentía aquella noche al verme apuntado por nada menos y nada más que cuatro metralletas tipo cuerno de chivo, mientras era conducido al este de la ciudad en el suelo de una ridícula camioneta modelo Suburban retacada de vaqueros norteños. «Dios mío», me dije, «esto no puede acabar así, yo me he educado, me he superado, ahora soy más sabio… Regreso a mis orígenes, ni hablar, la sangre me llama».

Y entonces, justo cuando quise preguntar a los vaqueros acerca de la razón de mi captura, uno de ellos dejó su metralleta en la parte de atrás y sacó un oxidado picahielos.

—Esto no te mata al instante, es lo que queremos, que no te nos mueras rápido. El piquete con esto no te abre, la sangre no sale, se queda adentro, nomás te produce una hemorragia interna que te infla el estómago hasta reventar —claramente, este personaje destacaba sobre los demás como el cerebrillo de la pandilla, a juzgar por semejante despliegue de conocimientos y facilidad de palabra—, así que si se te ocurre abrir el hocico durante el viaje comenzamos de una vez, ¿entendido?

Asentí con un movimiento de cabeza.

Por el tipo de alumbrado reconocía nuestro avance por calles como la vía rápida en dirección oriente, el bulevar Simón Bolívar, la avenida Insurgentes, la salida a Tecate. Los dos vaqueros de adelante iban muy callados, con el estéreo sonando a todo volumen,

mientras que los cuatro que me acompañaban en el asiento de en medio con sus botas y metralletas encima de mí me seguían amenazando.

—Pero te tengo una buena noticia después de todo: el cuchillo que traigo está bien filoso, como lengua de suegra, así que va a cortar como mantequilla tu pito antes de que te lo comas, ni lo vas a sentir, te lo aseguro; ésa es la buena noticia. De ahí nos vas a cuidar dentro de tu cola estos tubos y ya luego con el serrucho te mochamos esa cabezota. No debiste haberte metido con mi hermana. Lo que le hiciste a ella vas a pagarlo con intereses, de eso nos vamos a encargar yo y mis hermanos.

—¡Marcela! —grité, y el picahielos vino hacia mí, hundiéndose en mi estómago. Era verdad: casi no salía sangre. Gemí por el dolor mientras el picahielos salía de mi cuerpo con la intención de volver a ser introducido en él una vez más cuando de pronto, desde el techo de la camioneta, una estampilla comenzó a descender meciéndose en el aire. Los vaqueros detuvieron su ataque y comenzaron a observar la dichosa estampilla caer sobre mi pecho. La tomé con tranquilidad, aprovechando la pausa. Era San Judas Tadeo.

—Rubén —alcancé a decir, justo antes de sentir aquel viraje drástico que nos llevó directo al vacío. Era el momento de actuar. Mientras la Suburban rodaba por la Rumorosa, los disparos erráticos de los vaqueros perforaban todo a su paso, con mis manos en un principio intentando desviar aquellos cañones lejos de mi cuerpo. Esto dejaría de ser necesario tan sólo un instante después, luego de que uno a uno los tripulantes de aquel vehículo íbamos saliendo expulsados durante su espantoso descenso.

8

Luego de su actuación en el centro de espectáculos Las Pulgas, y de manera por demás imprevista, el conjunto de música norteña Mister Zorro Musical agregaría una fecha más de trabajo a su agenda laboral, al ser contratados para tocar el viernes 9 de febrero en el velorio de Marcela García por los hermanos de ésta, quienes provenían del mismo pueblo sinaloense que los integrantes de la mencionada agrupación. El clima era hostil aquella tarde, las lluvias y el frío estaban de vuelta en Tijuana; sin embargo, la presidenta del club de fans de Mister Zorro Musical mantenía su fidelidad y compromiso con su cargo acompañando a sus ídolos en todo momento durante su visita a Tijuana. Fue en ese mismo velorio a ritmo de banda donde Amparo Sánchez, la amiga de Rubén, por primera vez escuchó mencionar mi nombre en boca de los hermanos de Marcela, entre disparos al cielo y apasionados juramentos de venganza. Yo no había tenido oportunidad de leer los periódicos, a diferencia de Rubén, quien le había hecho llegar a Amparo esa misma mañana la noticia del cruento asesinato de una fichera de la zona centro llamada Marcela, relacionada sentimentalmente conmigo. Amparo ató cabos ahí mismo, sintiendo la necesidad de advertirle inmediatamente a Rubén del peligro que corría su nuevo amigo. Fue durante esta misma llamada telefónica que Rubén logró convencer a Amparo de que lo presentara con la familia García como voluntario en el atentado contra mi persona.

Rubén estaba agonizando. Había dado la vida por mí y ahora yo lo sostenía entre mis brazos, con su pecho perforado por balas calibre 7.62 mm, a medio camino de aquel despeñadero que había intercambiado mi vida por la de los tres hermanos de Marcela, mi

amigo Rubén y cuatro sicarios más.

—Licenciado Zepeda, con la novedad de que una vez más me encuentro en un lío en el que usted mismo me metió…

Antes de mandarme a un patrullero de Mexicali conocido suyo, el licenciado Zepeda me preguntó qué tanto sabía acerca de las cuatro cabezas arrojadas esa misma noche a la pista del Mondo Bizarro, tan sólo unos minutos después de mi rapto.

Yo no sabía nada al respecto.

Tenía cosas que hacer.

Con nada más que dos costillas, una pierna, la clavícula y la nariz rotas luego de semejante caída, me quedaba claro que Dios me había retenido en este mundo con un propósito. Era eso o el San Juditas había terminado por funcionar después de todo.

9

Sin lugar a dudas, la falta de originalidad era un rasgo común entre los vaqueros de la droga en México, lo cual inmediatamente me hizo recordar aquella escandalosa noticia acerca de un saco lleno de cabezas humanas vaciado sobre la pista de un centro nocturno en Michoacán tan sólo unos meses antes. Ahora, por lo visto alguien más había mimetizado aquel acto en el Mondo Bizarro, y precisamente el mismo día de mi secuestro por parte de los hermanos de Marcela. Cabezas decapitadas arrojadas a la pista del lugar donde trabajo, por tipos que llegaron disparándole al techo y preguntando por mí.

—Sinceramente, no sé quiénes puedan ser esos que aventaron las cabezas en el negocio de don Antonio, pero tengo a un sospechoso de la muerte de Marcela.

—Ante los ojos de la ley, el único sospechoso eres tú, Tomás.

—Ésa debería ser suficiente evidencia para indicarle a usted que yo soy inocente.

—Tres de los muertitos en el accidente eran hermanos de tu novia; los otros cuatro eran integrantes de un conjunto musical de nombre… Déjame checar… Ah, sí… Mister Zorro Musical.

Nada más esperé a que se secara el yeso que envolvía casi la mitad de mi cuerpo y me di de alta de la clínica en la que me hallaba metido en Mexicali. Iba en busca de Rosa Henderson, el Duende y Lupita, tan sólo con la ayuda de un bastón, mi nueve milímetros y mi estampilla de San Judas Tadeo.

10

Afortunadamente, Amparo se encontraba en su descanso, sola, con el rostro demacrado por la tristeza, engulléndose una sopa instantánea y una Coca-Cola en las jardineras del centro comercial. La imagen por sí sola sugería una enorme soledad. Amparo y su pierna corta colgando de la jardinera con su comida chatarra y su Coca-Cola por un lado. Llegué y me senté junto a ella y Amparo pegó un brinco. No me había visto venir.

—Yo lo amaba —me dijo, al tiempo que se reclinaba sobre mi pecho, llorando. Aquello casi me hizo llorar a mí también—. No paraba de hablar de usted —agregó—. Nadie de aquí sabe lo bueno que él era.

—Amparo, le prometí a Rubén que encontraría al Duende; ahora quiero que me digas dónde vive la familia de Lupita.

—La verdad no me sé la dirección exacta, pero si quiere le dibujo un mapita. ¿Qué le parece?

—Perfecto.

Amparo sacó una pluma y un recibo de compra de su bolso, sobre el cual pensaba dibujar el mapa, cuando en eso se detuvo, pensativa, y me contó toda la historia de cómo Rubén fue a dar a la Suburban que me levantó del Mondo Bizarro, así como lo del funeral de Marcela y la contratación de su conjunto musical favorito. Agregó:

—Y hay una cosa más, muy importante, que todavía no le he dicho, señor Tomás, pero que debe saber cuanto antes.

—Qué es eso, Amparo.

—Lo que pasa es que yo también acompañé a Mister Zorro

Musical en la gira de 2002, y la verdad es que eran tipos completamente distintos…

—¿Te refieres a que les cambió el ánimo?

—No, me refiero a que eran otros…

—Por eso…

—¡No! Otras personas… No son los mismos… Nuevos integrantes, quiero decir… Ya no queda ninguno de los que estaban. Nomás el puro nombre queda… Y luego, antes me encantaba cómo le salían del corazón las baladas románticas a su otro cantante… Cantaba bien bonito, y ahora vino este señor que tiene cara de matón y que canta puros corridos que ni se sabe bien, porque siempre se le está olvidando la letra… Y lo que le quiero decir es que casi estoy segura de que hoy mismo ellos tocan en la noche en la pensión donde usted vive… Casi estoy segura, por la dirección que les dieron para tocar y todo, y porque es la única pensión en esa calle… Los contrató un señor delgado, con acento y pinta de veracruzano…

—Sí, lo conozco.

—Además, cuatro de ellos murieron en el accidente de la Rumorosa junto con los hermanos de la muchacha muerta, ¿lo sabía?

—Sí, me acabo de enterar.

—¿Qué andaban haciendo unos músicos de banda en un secuestro?, te pregunto… Además, ni siquiera he visto que les guarden luto a sus compañeros fallecidos, sino que ya piensan tocar así hoy por la noche, sin saxofonista y sin los tres clarinetes. Todo esto se me hace muy extraño, Tomás… Los otros muchachos que estaban en esa banda eran bien buenos, bien corteses, bien educados, y éstos no, sino que son puro señor bien grosero, que nomás hablan de narcos y de asesinatos y de pistolas y metralletas y cosas de esas de narcos, por lo que yo pienso que…

—Realmente no son músicos —terminé yo.

—¡Exactamente!… La verdad yo ya no pienso seguirlos… Déjame apuntarte mi teléfono abajo del mapa, para cualquier cosa

que ocupes…

11

Era de noche. Llevaba horas esperando a la familia Henderson escondido detrás del matorral de la entrada con mi pistola desenfundada. No me podía mover demasiado, no quería que los vecinos detectaran nada sospechoso. Estaba cansado. Comencé a componer un corrido en mi mente. Se trataría de Marcela y Rubén. Aquello me sonaba como un tema interesante. Para ese entonces yo ya había terminado dos versos y el coro. Luego pensé en mi cinturón de piel de víbora. Comenzaba a dudar de su autenticidad. El sedán japonés dorado se encontraba en una de las cocheras de la casa; sin embargo, la vivienda de los Henderson estaba sola. Eran cerca de las nueve de la noche cuando unos faros alumbraron potentemente la entrada de la casa de los Henderson. Éste era otro sedán japonés de cuatro puertas, color negro, distinto modelo que el dorado pero también de año reciente. Robertito iba al volante, con ese tipo de soberbia característico de ñoño al volante en el carro de mami; sin embargo, aquella soberbia también se debía a algo más… En efecto, una muchacha que parecía ser Kitzia viajaba a su lado. En eso se abrieron las puertas traseras y de pronto salieron John y Rosa Henderson muy contentos. Caquis el señor y seda color rojo la señora Rosa Henderson. Detrás de ellos venían Robertito y Kitzia agarrados de la mano. Kitzia de nuevo bien vestida, mientras que Robertito, disfrazado esta vez como Keanu Reeves en las películas de *Matrix*: un Neo regordete, grasoso y barbón, con todo y su gabardina negra y sus Doctor Martens. No podía creer lo que mis ojos registraban. Esperé a que se aproximaran un poco más y salté a la vista con pistola en mano. Rosa y Kitzia gritaron, por lo que le solté un cachazo en la frente a la primera.

—¡Perra asesina! —grité—. ¡Entren a la casa, todos, rápido!

Una vez dentro, John me preguntaba una y otra vez: «What's going on?», en lo que su esposa recuperaba el sentido luego de semejante chingadazo.

—Tu mujer mató a mi Marcela. O debiera decir: a *nuestra* Marcela…

—¿De qué chingados hablas, pendejo? —se levantó Rosa, encabronada.

—No se haga, señora, no crea que soy tan tonto como para no atar cabos… Usted no le pidió mi teléfono y mi dirección al licenciado Zepeda con la intención de conseguirle una novia al pendejito de su hijo; usted fue a buscarme en un inicio porque quería liquidar a la mujer que le estaba dejando incompleto el dinero de la pensión que recibe su marido. Usted sabía muy bien quién era ella y a qué se dedicaba, por eso aquella primera vez que nos vimos en mi casa usted se quedó helada al ver el portarretratos con la foto de Marcela conmigo, y entonces supo que no podía pedirme eso para lo que había ido hasta mi casa, por lo cual salió corriendo, asustada… Sin embargo, más tarde le entró el temor de haberse delatado frente a mí, con toda aquella escena rara del portarretratos y su salida repentina, tan sólo días antes del asesinato de Marcela. Fue por esto que regresó al día siguiente y aprovechó mis servicios para un asunto de menor importancia para usted, con el cual pretendía distraerme mientras mandaba asesinar a Marcela, a la vez que con ello borraba la impresión de su primera visita, todo lo cual usted casi lograba con éxito, debo admitir, si no es por un grave error que cometió al hacerme venir con Kitzia hasta su casa, no sin antes asegurarse de que su marido no estuviese cuando yo llegara… Por alguna razón las cosas no salieron como usted planeaba, y tuvo que correr a su marido de mi vista de una manera muy poco cortés, exhibiendo su desesperación frente a mí y saliéndose del personaje de mujer bondadosa y considerada que me había mostrado hasta ese momento. Y luego ocurrió lo que tenía que ocurrir: su esposo y yo nos reconocimos inmediatamente de

estar haciendo fila todos los días para entrar en un privado de 15 minutos con la mejor ramera de todo Tijuana, quien además se encontraba en una situación difícil, manteniendo por su cuenta a su hijo y a su madre enfermos, por lo cual ocupaba del dinero de su marido… —y así, yo pensaba continuar con mi sarta de pendejadas cuando en eso Rosa Henderson, quien se había puesto de todos colores, me arrebató mi muleta en un solo movimiento y comenzó a golpear con ella a su esposo de manera frenética, en lo que yo caía al suelo.

—¡Hijo de tu pinche madre! Así que mientras a mí me tienes haciendo ejercicio y corriendo todos los días como loca, con tal de seguirte gustando, pendejo, tú te gastas mi dinero con cualquier puta, ¿no es cierto?, infeliz, desgraciado, cochino —y yo caí en la cuenta de que lo más probable era que había cometido un grave error de cálculo al elegir a Rosa Henderson como mi primer sospechoso en el asesinato de Marcela—. Y tú, grandísimo pendejo —esta vez dirigiéndose a mí—, ¿no te parece que has visto demasiadas películas? ¿Regularmente obras así? Golpeando antes de preguntar… ¡Pero levántate! Ni creas que le tengo miedo a tu pistola.

—Señora, es que…

—Ni madres, este pendejo no recibe ninguna pensión de ningún puto lado; de hecho, yo soy la que lo mantiene como padrote, al huevón… Lo que se está gastando el cabrón es mi dinero, y todavía vienes tú a darme un chingadazo en la frente nomás por tus huevos…

—Lo siento, la verdad es que…

—Está bien, muchacho, está bien… Dices que alguien asesinó a tu novia —recapacitó Rosa; John, mientras tanto, estaba muerto de miedo, expectante y boquiabierto, al igual que los nuevos tortolitos.

—Así es…

—De verdad que lo siento, no sé cómo te sentirás en estos momentos, me dolió el chingadazo pero te comprendo, estás desesperado… Como detective eres un pendejo, pero al menos

tienes huevos… Espero que tengas suerte encontrando al que le hizo eso a tu chica, porque aquí no lo vas a encontrar, te lo aseguro… Ahora necesito que me respondas algo… ¿Seguro que has visto a este pendejo que tengo por marido entrando con las putas de ese lugar?

—Señora, me tengo que ir…

—Yo te acompaño a la salida…

Me despedí de Kitzia, quien se notaba incluso más apenada que yo. Me disculpé con John, por haberlo delatado y todo, y salí de ahí acompañado de Rosa Henderson.

—Oye, cabrón, la verdad es que a pesar de todo te quiero decir que estoy muy agradecida por lo que hiciste por mi hijo.

—La verdad es que hasta a mí me sorprendió, señora, yo creí que la muchacha no…

—Ja, creíste que no le iba a hacer caso a Robertito, verdad, cabrón…

—La verdad es que…

—Por eso quería que te la trajeras para acá. Sabía que así la pensaría dos veces antes de mandar a la chingada a mi hijo… Ya ayer le compramos ropa, la hemos sacado a cenar; me está saliendo cara…

—Me alegra que al menos algo haya hecho bien, pero ¿no sería tan amable de hacerme un último favor?

—Depende.

—¿Podría prestarme la gabardina de su hijo?…

12

No hay nada como un grupo de asesinos con instrumentos musicales. Lo juro. Se escuchaba rebonito aquello. Faltaban instrumentos, sincronización, destreza; sin embargo, el resultado era refrescante, singular y hasta revelador. Uno descubría nuevos recovecos sin explorar dentro de aquellas melodías tan repetidas al pie de la letra todo el tiempo. En fin, que era esto lo que pensaba a dos cuadras de llegar a mi edificio, desde donde salía aquella música, con tal de no pensar en lo otro que me esperaba ahí adentro.

Me aproximaba con cautela; había toda clase de vehículos estacionados alrededor de la cuadra. Yo sabía que en más de alguno había gente esperándome, armados hasta con metralletas, lo más seguro, por lo que llegué apropiadamente disfrazado de Robertito, por más que me doliera en el alma. Me escurrí por entre las sombras, colocándome a un lado de los cilindros de gas. La banda tocaba en el centro del patio y a su alrededor había mesas y sillas de plástico donde se hallaban sentados los trabajadores chiapanecos de la empresa de enseguida de mi cuarto, tan sólo a un paso de ser abandonados del todo por su conciencia para quedar de manera exclusiva al comando de la metanfetamina producida por su propia mano de obra. Por ningún lugar veía al supuesto cumpleañero, el boticario veracruzano. En eso, uno de los invitados, otro morenito de corta estatura, a quien reconocía como el capataz y encargado del turno de noche, comenzó a gritar y a insultar al vocalista del conjunto Mister Zorro Musical, quien al principio pretendía no hacerle mucho caso.

—¡Quiero *La clave privada*, puto! ¡Pendejo, canta la de *La clave*

privada! —le gritaba el capataz al vocalista con cara de matón, empujándolo también, mientras éste cantaba la de *En qué trabaja el muchacho*. Otro empujón y después otro, y luego el capataz fue por un palo de madera que se hallaba tirado en el suelo, con el cual comenzó a azotar al vocalista en la espalda mientras le exigía su complacencia una y otra vez, luciéndose frente a sus trabajadores. Un garrotazo al vocalista, luego otro, luego otro y luego el micrófono desapareció de la mano del vocalista, ocupando su lugar un enorme cañón de pistola, muy cerca del ahora pálido rostro del capataz, y entonces la detonación. De ahí las exclamaciones en dialecto y uno a uno los instrumentos fueron cayendo al suelo, la tuba, las trompetas, la tambora, la tarola, y en su lugar fueron apareciendo uzis, AK 47 y pistolas, y de pronto la masacre… El boticario veracruzano había vendido a sus amigos, los cocineros de cristal, quienes iban prácticamente desarmados. Yo, por mi parte, instintivamente corrí a esconderme detrás de lo primero que vi: el cilindro de gas junto a la pared del cuarto 106… Los disparos salían en todas direcciones, algunos incluso golpeando contra la superficie del tanque que me resguardaba. Era sólo cuestión de tiempo el que una bala de mayor calibre penetrara de lleno en la estructura del cilindro. Debía moverme de ahí. La luz de mi cuarto se hallaba apagada y adivinen qué: en efecto, hacía allá me dirigí, franqueando el fuego cruzado y corriendo por la orilla de la pensión rumbo a la escalera. Metí la llave y entré a mi cuarto. Al menos los músicos asesinos no estaban enterados de que yo vivía precisamente junto a los piratas chiapanecos del cristal, eso era una ventaja; sin embargo, al encender la luz de mi habitación me sorprendió una señora gordita, de cabello castaño y ondulado, y con la cara toda manchada de paño, sentada sobre mi cama.

—¿Qué se le ofrece?

—Hasta que te encontré, cabrón —me dijo la gorda, ahora apuntándome con su 38—. ¿Qué?, ¿no me reconoces? Supongo que no me han tratado muy bien los años… En todo caso ya me curé de mi problemita, por si te lo preguntas… ¿Aún no?… Soy Sandy

Zamora, pendejo, y vengo a darte en tu madre —temblando de la excitación—. Arriba las manos.

Así hice… Aquello parecía la abuela de la Sandy Zamora que yo había conocido en mi rancho.

—Halcón, adelante —le dijo Sandy a su radio, sin dejar de apuntarme—. Ya pueden subir… Cómo me gustaría hacerte lo mismo que le hicimos a tu novia antes de mocharle la cabeza, pero supongo que con este desmadre no hay tiempo para eso ya… —ahora dirigiéndose a mí—. Halcón, adelante. Ya suban con la herramienta —otra vez dirigiéndose a su radio—. No sé si te dieron mi recado en tu trabajo —otra vez a mí, la muy listilla, haciéndose como que no oía los sonidos de la masacre que estaba ocurriendo en la planta baja, donde caía una auténtica tormenta de plomo—, ahí te dejé un recuerdo de tu tío Canelo, de tu novia, y dos cabezas de los Escobar, por si te servían de algo también… Por tu cara supongo que ni te enteraste. Alguien más te levantó antes que nosotros ese día… En fin, antes de matarte sólo quiero que sepas que tu novia, a pesar de que le gustó lo que hicieron mis muchachos con ella, quiero decirte que sí se lamentó de haber dado su vida por culpa de un puñal como tú… Pero, en serio, lo que todavía no me cabe en la cabeza, y es donde me di cuenta de que a ti jamás se te iba a quitar lo pendejo, es cuando recibía aquellas cartas tuyas de amor, y peor aún, cuando me enteré de que habías ido a buscarme… Me dejaste sin familia y ahora pretendías casarte conmigo… No lo puedo creer, Malasuerte, en serio… A menos que hayas regresado por nuestro hijo… Aunque no lo creo, porque eres tan pendejo como el idiota de tu padre, que ni te diste cuenta de que era tuyo el chamaco. Me cuentan que desde el primer momento en que lo viste tú solito te tragaste el cuento de que el muchacho era el hijo del pendejo de tu tío. Es lo que les tuvimos que decir mi madre y yo a todos los del pueblo, que el Canelo y yo habíamos tenido que ver… Qué asco… Luego me tuve que casar con aquel otro pendejo… Pero bueno, hice bien en hacerle caso… Al final ella y yo solas nos chingamos a todos… Al Canelo también, por culero. Nomás crecieron y mi mamá

se trajo desde los Caporales a los hermanos de la Parca para volver a poner las cosas en orden allá… Precisamente son los que están abajo esperando nomás que cayeras en la trampa. En verdad que tienen muchas ganas de verte. Es más, orita mismo les hablo —los disparos no cesaban en la planta baja y de pronto Sandy perdió la compostura—. ¡Halcón, hijo de tu chingada puta madre! ¡Qué no piensan subir!

—Tu gente está muerta. ¡Qué no oyes los tiros!… Están disparándole a todo lo que se mueva allá abajo.

—Sí, sí los oigo —por fin reaccionó—; ¿se están matando? ¿Qué no están festejando?

—¡Qué no oyes los gritos! Elegiste un muy mal día para venir a visitarme, Sandy.

—¡Pero quiénes son! ¡Qué clase de ciudad es ésta!

—Son amigos de Marcela.

—¿Van a subir para acá también? —me preguntó aterrada, como si hubiese sido más importante haberme soltado todo ese discurso que traía memorizado antes de comenzar a preocuparse por el furioso tiroteo que no terminaba de acabar.

—No lo creo… A menos que acciones tu pistola —dije, aún con las manos alzadas—. O a menos que yo no apague esta luz —lo cual hice, dejando el cuarto a oscuras, para luego tirarme al suelo, muy cerca de la cama, pero del lado opuesto a Sandy.

—¡Dónde estás, hijo de tu chingada madre! —chilló, con cierto pánico en la voz.

Dos, tres disparos erráticos en la oscuridad y de pronto la sorprendí por la espalda, tomé la mano con la que sostenía su revólver y la llevé directo a su quijada, donde hice que su dedo accionara el gatillo.

—Hasta nunca…, pollita.

Era hora de lavarme la cara.

13

Ningún músico asesino subió a mi cuarto. Aun así, cuando se calmó la cosa bajé con cuidado antes de que llegaran las patrullas y caminé rumbo a la casa de mi amigo Sergio Álvarez, el Yucateco, pidiendo asilo sólo por esa noche. Sabía lo peligroso que sería para su esposa y para él tenerme ahí, por lo que a la mañana siguiente llamé a Amparo, quien inmediatamente fue por mí. Le pedí de favor que me llevara a su casa por el momento, comentándole que tenía con qué pagarle por las molestias causadas. Por su modo de vida, o quizá por alguna otra razón, siempre me había parecido que Amparo vivía sola y en un departamento pequeño y triste, en lo cual había acertado con precisión. El edificio era parte de un bloque de departamentos ubicado sobre uno de los tantos cerros de la colonia Villas de Baja California. De día, la pequeña sala era atravesada diagonalmente por una luz mortecina proveniente de una de las ventanas, la cual delataba imprudentemente la atmósfera plagada de polvo que predominaba en aquel lugar, donde se respiraba el aire estancado de meses atrás, dado el frío de la zona y la escasez de ventilación.

Amparo me instaló, me mostró el baño, me prestó un pijama de algodón más o menos limpio, me ofreció leche y galletas de chocolate y salió rumbo a su trabajo. Dormí toda la tarde para despertar hasta la mañana del día siguiente rodeado de muñecos de peluche, no advertidos por mí hasta ese momento. Junto a la cama se encontraba un pequeño buró, y sobre éste una nota en la que se leía:

«Buenos días, Tomás. Me volví a ir al trabajo. Hice sopa seca, agarra del refrigerador. También hay Tang de mandarina. Hoy

como a las doce llega mi tía Teresa, que es enfermera, a curarte. No te preocupes por nada, cualquier amigo de Rubén es amigo mío, eh… Besos».

14

Más o menos lo mismo que me había dicho Amparo momentos antes de salir de su departamento era lo que venía escuchando del taxista que me transportaba a la colonia donde había vivido el Duende: «Oiga, amigo, a mí no se me hace que usted esté en estado de andar saliendo a la calle». Luego yo le expliqué que iba en busca de un violador, asesino y secuestrador de mujeres y el taxista paró en seco su vehículo. Nos encontrábamos en la colonia Buenos Aires. Yo viajaba en el asiento del copiloto. El taxista giró su torso hacia mí, y con un semblante serio y voz grave me dijo:

—Me quebré con mis propias manos a un cerdo que se metió con mi hija… Ni siquiera hice la denuncia… Ya sabía yo quién era, les hablé a unos compañeros y fuimos por él a su casa. Un medio hermano de mi esposa…

Aquel día volví a visitar la estética de Ramón Higuera, quien en pocas palabras me dijo que seguía sin saber nada del Duende. Por su parte, Doris, la dueña de los abarrotes Güiny Pu, quien anteriormente me había comunicado información valiosa acerca del pasado del Duende, seguía sin actualizarse en el tema. Yo ya había realizado diversas excursiones hacia aquella zona, las cuales habían resultado igual de infructuosas: nadie sabía nada del Duende.

El sol estaba en su apogeo durante el viaje de regreso a casa de Amparo. Don Carlos, el taxista, comenzó a hacer corajes durante un embotellamiento causado por una larga fila de automóviles transitando a vuelta de rueda. Al frente de la caravana se podía distinguir a una gorda embutida dentro de un vestido azul de quinceañera, sentada sobre el techo de un estrafalario vehículo diseñado para cantantes de música negra.

Frente a nosotros, el último coche de la caravana, un sedán japonés decorado con calcomanías que simulaban agujeros de bala sobre la carrocería, transitaba con su conductor pendiente de la pantalla de cristal líquido que colgaba del techo de su coche, la cual transmitía un video de música vaquera. A su lado, otra mujer con exceso de maquillaje peleaba con su celular al tiempo que se enchinaba las pestañas frente al espejo.

—Veo a estos simios y no me cabe la menor duda de que este mundo se está pudriendo en vida —le digo a don Carlos.

—Sí… ¡Ira nomás! —luego agregó—: Encima de todo ahí viene este huevón a pedirnos dinero nomás porque trae una Biblia en la mano.

Dicho y hecho, junto a su ventana se plantó un individuo con un enorme tatuaje en la frente, donde se leía «JESÚS», dentro de lo que parecía ser un pescadito tatuado con una sola línea. Les juro que no miento al asegurar que aquel tatuaje abarcaba toda la frente del tipo que comenzó a gritarle a mi amigo:

—Buen día, hermanos; ustedes saben, vengo aquí trayéndoles las buenas nuevas del reino del Señor, tú sabes que yo fui drogadicto asaltante vicioso pandillero y fui salvado gracias a la palabra de Jesús y ahora vengo pidiéndoles una modesta cooperación para el centro de rehabilitación Salvación Cristiana, el cual da ayuda a hermanos que actualmente se encuentran presos dentro de los tentáculos de Satanás que los somete con alcoholismo, drogadicción, lujuria…

El Duende.

Era el Duende, sólo que con el tatuaje del pescadito en su cara.

Algunos no me creen todavía que así fue como hallé al Duende, muy quitado de la pena en plena calle, con su tatuaje del pescadito en la cara.

—Ése es el Duende —le susurré al taxista.

—¿Quién?

—El Duende. Ahora es bróder —dije, mientras sacaba la pistola de mi pantalón.

—¡No, aquí no! —me dijo el taxista, también sobresaltado—. Mejor nos lo llevamos. Súbelo, aquí te espero.

Así hice. Bajé del taxi, fui por el violador, ratero y asesino, ahora convertido en ovejita obediente, sorprendiéndolo por la espalda. Lo tomé del cuello con mi mano derecha, mientras que con la otra le apuntaba con mi arma, indicándole que se metiera al taxi conmigo, al tiempo que en el carril de enseguida los carros pasaban zumbando a toda velocidad. Los vehículos detrás del taxi habían dejado de accionar sus bocinas al percatarse de la escena. Y muy estoico, el Duende me dice:

(Hay que admitirlo, lo que sea de cada quien, el Duende al principio no lloraba de miedo, simplemente seguía con su cantaleta, completamente metido en su papel de paria regenerado).

—Hermano, te traigo buenas nuevas. Jesús me dio un chance a mí cuando yo estaba metido en delitos y pecados viviendo en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne y cuando era hijo de la ira lo mismo que los demás pero Dios que es rico en misericordia por su gran amor con que nos amó, me dio vida juntamente con Cristo…

—No dudo que todo este numerito ya te lo tenías planeado, cabrón… Meterte en tu personaje de pandillero que cierra el círculo arrepintiéndose al final…

—¿Adónde nos lo llevamos?

—Al mismo lugar donde me recogió.

—No, ahí hay mucha gente. ¿Qué le parece si mejor lo llevamos al salón del sindicato?

—Perfecto… Aquí tengo con qué pagarle.

—No te preocupes…

—Ahora dime, ¿dónde está Lupita? —dirigiéndome al Duende, con el cañón de mi pistola sobre su frente.

—¿Cuál Lupita? —dijo el Duende.

—¡No te hagas pendejo! —en lo que le tumbaba dos dientes con la cacha de mi pistola.

—¡No, yo no le hice nada a ninguna Lupita! Te juro que no sé de

qué me hablas. Lo de la muchacha enfermita, sí, la violé, la maté, pero es que andaba bien loco… —y lo hice callar con un puñetazo.

—Quizás este putazo te refresque la memoria… ¿Dónde estás viviendo actualmente?

—En el centro de rehabilitación Salvación Cristiana.

—¿Ahí tienes a Lupita?

—No…

Y luego otro cachazo, y luego otro, y luego otro más.

Tan pronto llegamos al sindicato de taxistas, a don Carlos le brotó su lado más sádico, buscando por todo el lugar objetos que funcionaran bien como herramientas de tortura. Luego de merodear como por 15 minutos alrededor del salón, don Carlos regresó con una soga, una silla, un pedazo de madera, un martillo y un puñado de clavos de pulgada, todo lo cual fue colocando en el suelo, para luego dedicarse a instalar en su lugar al Duende, quien ya le había parado a su cantaleta cristiana y ahora rogaba por su vida con palabras mucho más mundanas.

Don Carlos se mostró meticuloso en su labor, exhibiendo una técnica muy bien afinada a la hora de amordazar y atar al Duende a su silla.

—Ahora sí, pregúntele por la muchacha —me dijo, con una sonrisa satánica.

Así hice. El Duende negó con la cabeza, y lo que siguió fue que el taxista sádico se arrodilló junto al Duende, colocó la punta de uno de los clavos de pulgada sobre su muslo izquierdo y lo hundió hasta adentro de un solo martillazo.

La cosa duró hasta la noche, con las piernas del Duende saturadas de metal oxidado como chispitas de chocolate en una galleta de chocochips, cuando en eso don Carlos me dice:

—Yo no creo que este mierda vaya a soltar la sopa acerca de Lupita…

—Yo tampoco lo creo —dije yo.

—Oye, ¿cómo dices que este cabrón mató a Julieta? ¿Con un palo de escoba?

Ése fue el fin del Duende.

Don Carlos y yo estábamos exhaustos. Había sido una larga jornada. Le di 3000 pesos al taxista ahí mismo. Luego nos lavamos las manos con una manguera que se encontraba enrollada y conectada a una llave ubicada en el patio del lugar.

—Hoy mismo mando que lo recojan y para mañana lo tenemos diluido en ácido… Tengo popó de este cabrón hasta en los codos —dijo don Carlos.

15

El mapa que hizo Amparo era bastante acertado. Llegué sin problemas a casa de los padres de Lupita, toqué a su puerta y quien me abrió fue una joven de unos 20 años, de facciones rectas y elegantes; cabello hasta los hombros, castaño, brilloso y ondulado; de piel firme, suave y del color de la vainilla, sólo que con un toque de bronceado.

—Hija —dije en tono paternal, con tal de no delatar mi entusiasmo ante semejante belleza—, ¿no estarán tus padres en casa?

—Sí —me contestó la muchacha, antes de ir por ellos.

Apareció un señor delgado, alto y avejentado, acompañado de cerca por quien parecía ser su esposa. Atrás de ellos venía la joven de bonitas facciones que me había abierto la puerta.

—Buenos días, mi nombre es Tomás Peralta —me presenté, al tiempo que le extendía mi mano al señor.

—Buenos días, Felipe Acosta —me contestó el papá de Lupita, un poco preocupado, luego de leer la angustia en mi rostro.

—Este… Pues creo que les traigo malas noticias… Ciertamente… Pues yo… Sólo vengo a decirles que he fracasado en mi promesa hecha a su yerno de encontrar a Lupita y regresarla con los suyos.

—¿De qué hablas, muchacho? ¿Cuál Lupita?

—Su hija…

—Lupita está aquí con nosotros, de hecho te acaba de abrir la puerta —dijo el papá de Lupita—. ¿Quién dices que te envió?

—No me envió nadie, señor —le respondí confundido—. Yo le prometí a su yerno que encontraría a su novia y…

—¿Pero de qué yerno hablas, muchacho? —me interrumpió el viejo.

—Pues, de Rubén… —y la familia entera, Lupita, su mamá y el señor, todos al mismo tiempo, de pronto lanzaron un suspiro.

—Ay, este muchacho… —exclamó don Felipe con cierto pesar—. Pobre… Nosotros jamás lo quisimos engañar, él solo se inventó ese mundo en el que vivía, en el que mi hija era su novia, sólo porque venía al estudio bíblico aquí a mi casa… Luego nosotros ya no lo podíamos sacar de aquí. Al principio todos le ofrecimos nuestra amistad y la palabra de Dios, pero luego el pobre se obsesionó a tal grado con mi hija que le comenzaba a reclamar cosas de manera violenta. Le hablaba a su trabajo todo el día, iba por ella a la escuela, se peleaba con todo aquel que platicara con ella. Todos estábamos muy asustados aquí en la casa por esta situación, y como no nos gusta la violencia, mandamos a Lupita un tiempo a los Estados Unidos con su tía, pero sin avisarle a Rubén, porque temíamos que la fuese a buscar hasta allá también. Estúpidamente se nos ocurrió la idea de esconderla de él, que fue cuando la recogimos de la calle aquella vez que iba predicando en la Morita, para llevarla de ahí al aeropuerto, con las maletas listas y toda la cosa… En todo caso admito que fue una estupidez y una cobardía de mi parte.

—¿Entonces el Duende no fue quien se la llevó?

—Algo así de un Duende recuerdo que el muchacho nos decía cuando venía para acá, pero eso fue algo que se le metió a él. Creo que había leído una noticia en el periódico de un criminal suelto con cara de duende y de ahí se convenció de que ese mismo se había llevado a su novia… Rubén tenía muchos problemas, ¿sabe?, necesitaba de mucho cariño… No sé si le contó de su familia…

—Él creyó haber dado la vida por Lupita. Murió en la búsqueda del mentado Duende ese, ¿lo sabía?

—Sí, nos enteramos de que falleció, y hemos orado por él, se lo aseguro, mas no sabíamos cómo había ocurrido… Era un muchacho de buenos sentimientos, no digo que no, pero qué podíamos hacer…

Lupita, quien para ese entonces tenía lágrimas en los ojos, se disculpó cortésmente y se adentró en la casa, afligida, no de una manera cursi ni dramática, quizá sólo asustada por su relación en la muerte de Rubén.

Aquélla era una buena familia después de todo. Hacían bien en cuidar de su hija. Nada tengo que reprocharles ni a ellos ni a Rubén, quien de algún modo me ha hecho ver que la única vida está al ras de las calles y de las avenidas de la ciudad.

Ahora más que nunca me queda claro que el verdadero héroe se encuentra peleando solo y en el anonimato, sin miedo al fracaso y con la suerte en su contra, sin depender de nadie y viviendo bajo sus propios términos. Gente como Rubén y Marcela son auténtica poesía en movimiento; a ellos les pertenece este mundo, simplemente lo hacen girar, ellos son los que hacen enojar a Dios cada que en su honor se siguen componiendo los mejores versos y las más potentes melodías.

Me he despedido de la familia Acosta y ahora me dirijo en un taxi de ruta hacia la central camionera, donde pienso tomar un camión que me lleve hacia mi hijo, cuando en eso me viene a la mente el recuerdo de Marcela, mientras paso por un congal recién inaugurado sobre la avenida Insurgentes, y me pregunto: «¿Se encontrará ahí el amor de mi vida?».

Quizá sea cierto que la gente no cambia. Yo seguiré por siempre buscando a las estrellas en los congales y en las pensiones de mala muerte; supongo que otros más seguirán buscándolas en el cielo de la televisión, de la religión y del *rock and roll*.

Bueno, sólo espero que este mundo tampoco cambie… Me gusta tal y como está… Como decía mi querida Marcela, así nos seguirá tocando de más.

FIN

Quiero agradecer por todo su apoyo a Karla Quezada y al Geney.



HILARIO PEÑA (Mazatlán, Sinaloa, 1979) vive con su esposa y su hija en Tijuana, donde labora como capataz en una maquiladora de capital asiático. Es autor de las novelas *Los días de Rubí Chacón* y *El infierno puede esperar* (Mondadori, 2010) [2010].

Índice de contenido